



---

# Universidad de Valladolid

Facultad de Derecho

Grado en Derecho

## La Guerra y la Paz en Maquiavelo

Presentado por:

*Maria Tazo Tapia*

Tutelado por:

*Jesús Luis Castillo Vegas*

*Valladolid, septiembre de 2021*



## **RESUMEN**

En el presente Trabajo de Fin de Grado trataremos de reflejar y analizar el papel que tiene la guerra y la paz dentro del pensamiento político de Maquiavelo. A través de la reflexión sobre *El Príncipe*, los *Discursos* y *El Arte de la Guerra* mostraremos la importancia que Maquiavelo otorgaba al poder militar y su conexión con el poder político y la forma de gobierno republicana. El valor de la obra de Maquiavelo reside en haber sido capaz de advertir que la crisis política que envolvía a Italia a finales del siglo XV y principios del siglo XVI tenía como efecto una crisis militar que la situaba en clara dependencia de potencias extranjeras que ansiaban hacerse con su poder. Para ello, atendiendo al realismo político que le es característico y alejándose de una moral convencional, Maquiavelo se dedicará a dejar por escrito las reglas necesarias para hacer frente a la situación política en la que se encontraba Florencia y poder así construir un Estado fuerte que garantice la libertad de sus ciudadanos y no se encuentre a merced de Estados extranjeros.

## **ABSTRACT**

In the following end-of-degree thesis we will try to reflect and analyze the role of war and peace within Machiavelli's political thought. Through the reflection on *The Prince*, *Discourses on Livy*, and *The Art of War* we will show the importance that Machiavelli gave to military power and its connection with political power and the republican form of government. The value of Machiavelli's work lies in having been able to warn that the political crisis that engulfed Italy at the end of the 15th century and the beginning of the 16th century had the effect of a military crisis that placed it in clear dependence on foreign powers that yearned to take over. with his power. To do this, attending to the political realism that is characteristic of him and moving away from a conventional morality, Machiavelli will dedicate himself to writing down the necessary rules to face the political situation in which Florence was found and thus be able to build a strong State that guarantees the freedom of its citizens and is not at the mercy of foreign states.

## **PALABRAS CLAVE**

Maquiavelo, guerra, Razón de Estado, política, ejército, maquiavélico, gobierno republicano, *ius ad bellum*, *ius in bello*.

## **KEY WORDS**

Machiavelli, war, Reason of State, politics, army, Machiavellian, republican government, *ius ad bellum*, *ius in bello*.



## ÍNDICE

<b>1.- VIDA DE MAQUIAVELO Y CONTEXTO HISTÓRICO.....</b>	<b>7</b>
1.1.- VIDA Y OBRA DE MAQUIAVELO.....	7
1.2.- CONTEXTO ITALIANO EN TIEMPOS DE MAQUIAVELO.....	17
<b>2.- CONCEPCIÓN DE LA GUERRA EN EL CONTEXTO DE UN MODELO DIFERENTE DE SOCIEDAD.....</b>	<b>23</b>
<b>3.- RAZÓN DE ESTADO EN MAQUIAVELO.....</b>	<b>55</b>
<b>4.- <i>IUS AD BELUM</i> Y <i>IUS IN BELLO</i>. ANTIMAQUIAVELISMO EN ESPAÑA .....</b>	<b>75</b>
4.1.- <i>IUS AD BELLUM</i> .....	75
4.2.- <i>IUS IN BELLO</i> .....	81
<b>5.- LA RELACIÓN ENTRE LA GUERRA Y LA FORMA DE GOBIERNO REPUBLICANA.....</b>	<b>91</b>
<b>6.- CONCLUSIÓN .....</b>	<b>113</b>
<b>7.- BIBLIOGRAFÍA.....</b>	<b>117</b>



## **1.- VIDA DE MAQUIAVELO Y CONTEXTO HISTÓRICO**

Hoy en día, el nombre de Maquiavelo es habitualmente asociado a la astucia, la duplicidad y el ejercicio de la mala fe en los asuntos políticos. Su pensamiento ha sido objeto de ataque por todo autor moralista, considerándolo un elemento hostil a los fundamentos morales de la vida política.

El papel político de Maquiavelo en la Italia del Renacimiento ha oscurecido su obra para la posteridad<sup>1</sup>.

Por lo que se refiere al tema que nos ocupa, la paz y la guerra en Maquiavelo, es evidente la recurrencia en sus obras a la guerra y al conflicto.

Ello es así porque Maquiavelo tuvo la capacidad de extraer y poner por escrito las prácticas políticas habituales en la Europa de su época y, entre ellas, se sitúa la guerra, la cual se conceptúa como un hecho inherente al fenómeno político.

Con la finalidad de entender la doctrina de Maquiavelo, en primer lugar, debemos analizar los aspectos centrales de su línea vital que serán determinantes en su pensamiento. Posteriormente, conviene analizar el contexto histórico en el que fueron desarrolladas sus obras, así como el contexto intelectual de la filosofía clásica y renacentista y el contexto político de la vida de la ciudad-Estado italiana de comienzos del siglo XVI.

### **1.1.- VIDA Y OBRA DE MAQUIAVELO**

Comenzamos esbozando la vida de nuestro autor. Maquiavelo nació en Florencia el 3 de mayo de 1469; sin embargo, no será hasta 1498 cuando se tengan noticias sobre Maquiavelo como figura pública tomando parte activa de los asuntos de la ciudad.

Esta fecha es relevante en la historia de la ciudad italiana de Florencia puesto que es el año en el que fue depuesto el régimen republicano controlado por Girolamo Savoranola. Girolamo Savoranola (1452-1498) era natural de Ferrar, originalmente llegó a Florencia en 1482, después de estudiar en la Universidad de Bolonia, y allí permaneció hasta 1487. Fue llamado por Lorenzo de Médici en 1490, y elegido prior del priorato dominico de San Marcos al año siguiente. Rápidamente cobró fama como predicador reuniendo a gran cantidad de oyentes, pero fue sólo después del golpe contra los Médici, en 1494, cuando finalmente fue reconocido como profeta y defensor de los valores políticos republicanos. Desde ese

---

<sup>1</sup> NAVARRO SALAZAR, María Teresa, “Estudio Preliminar”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *Escritos políticos breves*, traducción de María Teresa Navarro Salazar, Madrid: Tecnos, 1991, p. XLII.

momento y hasta su juicio y posterior ejecución cuatro años después, fue uno de los partidarios más influyentes de la restaurada República florentina y uno de los más poderosos voceros de las libertades tradicionales de la ciudad<sup>2</sup>.

El fracaso del dominico en su intento de reforma político-religiosa dejó huella en Maquiavelo, lo que explica su desconfianza hacia los “profetas desarmados”<sup>3</sup>. Así lo explica Maquiavelo en el Capítulo VI de *El Príncipe*: el gobierno de Savoranola no pudo conservar sus instituciones por mucho tiempo al haber estado desarmado.

Como resultado de su caída, el consejo que gobernaba la ciudad, la *Signoria*, procedió a retirar del mismo a los discípulos de Savonarola, y fue en ese contexto en el que el nombre casi desconocido de Maquiavelo, que por aquel entonces contaba con 29 años, surgió como posible candidato para ocupar el puesto de jefe de la Segunda Cancillería, siendo confirmado en dicho cargo por el Gran Consejo el 19 de junio de 1498.

Uno de los requisitos para el reclutamiento de los oficiales mayores en la Cancillería era la posesión de un alto grado de competencia en las denominadas “disciplinas humanas” (*studia humanitatis*) consistentes, a grandes rasgos, en el dominio del latín, la práctica de la retórica y el estudio profundo de la historia antigua y de la filosofía moral, es decir, valores considerados básicos para la vida política. Esta cuestión es de especial relevancia en lo que respecta a nuestro autor dado que explica cómo Maquiavelo, a una edad relativamente temprana, fue designado para un puesto de tal responsabilidad. En el mismo sentido, a pesar de no pertenecer a una familia rica ni aristócrata, su familia se encontraba estrechamente vinculada a los círculos humanistas de su ciudad, de manera que fue educado en estas disciplinas. De hecho, se conoce a raíz de un diario que llevó su padre, Bernardo, entre 1474 y 1478, que su predecesor se tomó muy en serio la educación de su hijo en los *studia humanitatis*, gracias a lo cual habría recibido formación de importantes maestros como Paolo da Ronciglione o Marcello Adriani<sup>4</sup>. Cabe considerar que muy probablemente el patronazgo

---

<sup>2</sup> Cfr. SKINNER, Quentin, *Los fundamentos del pensamiento político moderno: El Renacimiento*, traducido por Juan José Utrilla, México: Fondo de Cultura Económica, 1985, I, pp. 183-184.

<sup>3</sup> TRUYOL, Antonio, “Maquiavelo. (En el centenario de Maquiavelo)”, *Revista de Occidente*, XXVII, n.º 81, 1969, p. 265.

<sup>4</sup> El libro de su padre, Bernardo Machiavelli, titulado *Libro dei ricordi*, fue editado por C. Olschki, Firenze, en 1954.

de éste último, al haber sido él mismo promovido al cargo de primer canciller a principios de 1498, habría sido decisivo para impulsar la carrera política de Maquiavelo.

Uno de los cometidos inherentes al cargo de Jefe de la Segunda Cancillería era formar parte de los seis secretarios afectos al primer canciller. Como tal, se le asignó a Maquiavelo la tarea adicional de servir a los Diez de la Guerra -comité responsable de las relaciones extranjeras y diplomáticas de la República- que conllevaba ser llamado para viajar al extranjero en calidad de secretario de los embajadores florentinos. Este cometido le proporcionó a Maquiavelo la experiencia política necesaria para, con posterioridad, elaborar el pensamiento político plasmado en sus obras.

Las apreciaciones contenidas en las *Legaciones* fueron en gran medida incorporadas a sus principales obras, los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio* (en adelante “*Discursos*”), escrito de 1513 a 1519, y especialmente a *El Príncipe*, escrito en 1513, que no fueron editados hasta después de su muerte, en Roma, en 1532 y 1531 respectivamente. También son importantes sus penetrantes informes *Ritratto di cosi di Francia* y *Ritratto delle cose della Magna*, este último referido a Alemania.

Su primera misión de considerable importancia fue realizada en julio de 1499 ante Catalina Sforza, regente de la ciudad de Forlì desde 1488. El cometido de Maquiavelo en esta misión se encontraba relacionado con la contratación como jefe mercenario de su hijo Ottaviano, lo que supone un primer contacto con las tropas mercenarias cuyo rechazo es una constante en sus obras.

La siguiente misión diplomática de Maquiavelo tuvo lugar en julio de 1500 en la que, junto a Francesco della Casa, fueron comisionados en la corte de Luis XII de Francia<sup>5</sup>. La guerra contra Pisa constituye el trasfondo de esta misión<sup>6</sup>. El pretexto de la misión era comunicar que el resultado del asedio de Pisa no había sido consecuencia de un error de los florentinos, trasladando la responsabilidad al jefe de la fuerza francesa. De esta experiencia Maquiavelo extrajo que, a pesar de su ferviente creencia en que su Florencia natal gozaba de importancia y reputación, la maquinaria gubernamental de Florencia parecía endeble a causa

---

<sup>5</sup> Véase MAQUIAVELO, Nicolás, “Retrato de los asuntos de Francia”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *Escritos políticos breves*, pp. 40-55.

<sup>6</sup> Tras la rebelión de 1496, los pisanos habían logrado mantener su independencia con respecto a Florencia. En 1500 gracias a la ayuda militar proporcionada por los franceses a los florentinos reanudaron su intento de recuperar la ciudad, sin embargo, el intento acabó en fracaso.

de su débil fuerza militar. Las cualidades que los franceses valoraban en un Estado o reino era el encontrarse bien armado o, en su defecto, dispuesto a pagar para estar bien armado, cualidades de las que carecía Florencia; de ahí que Maquiavelo expresara a la *Signoría* en una de sus correspondencias que “ellos os llaman Señor Nada”<sup>7</sup>. Otro elemento que se puede observar en sus escritos políticos, el cual deriva de su aprendizaje en esta primera misión, es el peligro que suponen las dilaciones -puesto que la *Signoría* mantuvo a la espera a Maquiavelo en cuanto a sus decisiones- y la necesidad de una acción decidida y rápida, tanto en el proceder político como militar.

Con posterioridad, en su tercera misión, Maquiavelo tuvo la oportunidad de entrar en contacto con uno de los personajes más influyentes en su obra y vida, César Borgia<sup>8</sup>, cuyo creciente poder militar le llevó a pedir una alianza formal con los florentinos, siendo nuestro autor el encargado de escuchar sus condiciones, alegato que tuvo lugar el 5 de octubre de 1502. Durante su misión diplomática, César Borgia se encargó de exponer su política ante Maquiavelo, quien quedó impresionado llegando a decir que “ha de ser visto como un nuevo poder en Italia”<sup>9</sup>. Es decir, le consideró como un hombre con excepcionales cualidades de ejecución y resolución, observaciones que serán incorporadas en el Capítulo VIII de *El Príncipe* en el que traza la carrera de César Borgia.

Su opinión sobre César Borgia fue completada en octubre de 1503, cuando Maquiavelo fue enviado de nuevo a Roma ante la recién instaurada crisis en la corte papal a consecuencia del fallecimiento consecutivo del papa Alejandro VI y su sucesor Pío II. En este segundo contacto, César Borgia pactó con el cardenal Giulioano della Rovere promover su candidatura bajo la promesa de ser designado capitán general de los ejércitos del Papa si della Rovere conseguía unirse como representante de la Santa Sede. El interés de Florencia residía en que, si finalmente Borgia consolidaba su puesto, éste emprendería una serie de campañas hostiles en las fronteras del territorio florentino.

Desde su primera familiarización con este personaje, Maquiavelo se había sentido inquieto ante la asombrosa confianza del duque, intuición que se vio confirmada cuando, a

---

<sup>7</sup> SKINNER, Quentin, *Maquiavelo*, traducción de Manuel Benavides, Madrid: Alianza Editorial, 2019, p. 25.

<sup>8</sup> César Borgia fue nombrado en abril de 1501 duque de la Romagna por su padre el papa Alejandro VI, ante lo cual, lanzó una serie de campañas con el fin de conseguir un territorio a la altura de su recién adquirido título, apoderándose de Faenza, Piombino, el Val di Chiana y el ducado de Urbino.

<sup>9</sup> SKINNER, Quentin, *Maquiavelo*, p. 28.

pesar de que della Rovere resultó electo, éste no cumplió su promesa y se instauró una lucha entre César Borgia y el nuevo Papa. En opinión de Maquiavelo, Borgia debió considerar que al haberse visto obligado el cardenal al exilio por decisiones de su padre, della Rovere no podía haber olvidado tan pronto como “para mirar con sincera complacencia una alianza con el hijo de su enemigo”<sup>10</sup>. De esta experiencia, Maquiavelo formuló su crítica más seria hacia el duque, argumentando que ponía demasiada confianza en su buena suerte de manera que, cuando la Fortuna dejó de favorecerle, el duque se derrumbó en cuanto la caprichosa rueda de la fortuna cambió.

La siguiente influencia sobre Maquiavelo fue la del ya citado papa Julio II, con el que tuvo su primer contacto durante su elección, sobre el que construyó verdaderamente una opinión en el curso de dos misiones posteriores a su elección<sup>11</sup>.

A pesar de su previo escepticismo ante las iniciales ideas reconquistadoras papales, Maquiavelo quedó impresionado cuando en 1506 Perugia y Bolonia fueron tomadas. Ya en el contexto de su segunda toma de contacto con el Papa, Maquiavelo adoptó una postura más juiciosa dada la idea del Papa de lanzar sus tropas, visiblemente inferiores, contra el poderío francés en 1510. Aunque en el fondo tenía cierta esperanza en su victoria, cuestionó el porqué de su decisión. Estos juicios reaparecen en las páginas de *El Príncipe*<sup>12</sup>, donde afirma que los éxitos que siempre cosechaba el Papa se debían verdaderamente a la armonía entre las circunstancias de su tiempo y su manera de proceder, de manera que a pesar de sus éxitos, en opinión de Maquiavelo, en caso de haberse producido un cambio en las circunstancias, habría habido una discordancia entre su actuación y las propias circunstancias que no hubiera proporcionado victoria alguna<sup>13</sup>.

---

<sup>10</sup> *Ibidem*, p. 30.

<sup>11</sup> La primera tuvo lugar entre agosto y octubre de 1506 con el propósito de informar a la *Signoria* sobre el plan de ataque de Julio II a la hora de recuperar territorios que anteriormente habían pertenecido al papado. La segunda surgió en 1510 al ser enviado Maquiavelo de nuevo a la corte francesa, ante la cruzada iniciada por Julio II para expulsar de Italia a los franceses, quedando los florentinos en una posición delicada dado que por un lado eran aliados tradicionales de los franceses y por otro no querían desagradar al Papa, por lo que debían manifestar su neutralidad.

<sup>12</sup> MAQUIAVELO, Nicolás, *El Príncipe*, traducción de Miguel Ángel Granada, Madrid: Alianza Editorial, 2019, Capítulo XXV, p. 154.

<sup>13</sup> Véase MAQUIAVELO, Nicolás, *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Buenos Aires: Editorial Losada, 2003, Libro III, IX, pp. 352-362.

Por último, de su experiencia diplomática, hay que señalar su misión ante el emperador del Sacro Imperio Romano, Maximiliano, en diciembre de 1507, que tuvo lugar entre su legación ante el Papa en 1506 y su vuelta a Francia en 1510. Los aspectos circundantes a esta empresa se referían al plan del emperador de marchar a Italia y coronarse en Roma, ante lo cual pidió ayuda económica a los florentinos. Las instrucciones de Maquiavelo consistían en averiguar si sus planes iban a realizarse de una manera efectiva, porque solo en ese caso la *Signoria* estaba dispuesta a apoyar económicamente al emperador<sup>14</sup>.

Maquiavelo calificó al Jefe de la Casa de Augsburgo como un gobernante inepto, que carecía de las cualidades idóneas para ejercer el poder político, consistiendo su principal defecto en su predisposición a la influencia. Este personaje aparece retratado en el Capítulo XXIII de *El Príncipe*, al tratar el tema de la necesidad que tienen los príncipes de escuchar los buenos consejos, poniendo como ejemplo de gobernante al propio emperador, al no tratar a los consejeros con la firmeza adecuada, retratándole como un hombre manejable y del que “es imposible fiarse”<sup>15</sup>.

Continuando con la vida de Maquiavelo, tras su segunda legación ante el papa Julio II, una serie de circunstancias cambiaron totalmente su estado profesional. Al respecto, los temores de Maquiavelo de que el Papa decidiera finalmente arrasar toda Italia se hicieron realidad. El 4 de octubre de 1511 el papa Julio II suscribió la Santa Alianza con Fernando de Aragón, logrando de esta manera el apoyo militar español para la reciente cruzada declarada contra Francia. Al abrirse este nuevo periodo de campaña en 1512 la infantería española marchó sobre toda Italia, situación que se volvió contra Florencia debido a su alianza tradicional con los franceses y no haber manifestado su apoyo claro al Papa.

El 29 de octubre los españoles saquearon la ciudad cercana de Prato y tres días después los florentinos capitularon<sup>16</sup>: Piero Soderini<sup>17</sup> marchó al destierro y los Médici

---

<sup>14</sup> Se trató de una misión conjunta con Francesco Vettori, con el que posteriormente mantendría una asidua correspondencia.

<sup>15</sup> *El Príncipe*, XXIII, p. 147. Véase al respecto SKINNER, Quentin, *Maquiavelo*, pp. 22-36.

<sup>16</sup> Las tropas que fueron enviadas por Florencia para defender la ciudad de Prato, y que fueron barridas por la infantería española en 1512, forman parte del plan diseñado por Maquiavelo para reemplazar las tropas florentinas a sueldo por una milicia ciudadana, haciendo realidad uno de los ideales más codiciados por el humanismo florentino.

<sup>17</sup> Gonfaloniero vitalicio de la República florentina desde 1502 hasta 1512.

entraron de nuevo en la ciudad después de su larga ausencia, disolviéndose la República florentina.

Dado que Maquiavelo estaba inserto en la maquinaria de la República, su suerte se vino abajo junto al régimen republicano. Así, el 7 de noviembre fue depuesto de su cargo en la Cancillería, y tres días más tarde fue sentenciado al confinamiento dentro del territorio florentino.

Seguidamente su situación se agravó aún más porque en febrero de 1513 fue sospechoso de haber tomado parte en una conspiración contra el nuevo gobierno de los Médici y, tras ser sometido a tortura, se le condenó a pena de cárcel.

El 11 de marzo de 1513, el cardenal Giovanni de Médici, tras acudir a Roma por la muerte de Julio II, fue elegido Papa con el nombre de León X, siendo el primer florentino en ocupar la Sede papal. Como fue motivo de celebración en la ciudad, Maquiavelo salió beneficiado de esta situación puesto que el gobierno decretó una amnistía y fue puesto en libertad. En libertad, Maquiavelo intentó encomendarse a las autoridades de la ciudad, solicitando ayuda a su amigo Francesco de Vittori, dado su cargo de embajador de Florencia en Roma, pero tras no obtener resultado alguno, Maquiavelo se retiró a su pequeña granja en Sant' Andrea (en San Casciano), lo que abrió una nueva etapa en su vida marcada por la contemplación de la escena política, emprendiendo su labor como autor. “Al igual que en el caso de Tucídides y de Polibio, el ocio impuesto por una carrera política truncada, reveló a Maquiavelo su vocación de pensador político”<sup>18</sup>.

Este nuevo periodo está marcado por la reflexión intelectual y epistolar: fruto de ello es el reiterado intercambio de correspondencia con Vettori acerca de la situación de Italia influida por la intervención de los españoles y franceses; asimismo, también se dedicará a la reflexión sistemática sobre su previa experiencia diplomática, las lecciones de historia y el papel del gobierno.

Sin embargo, en ningún momento desistirá de la posibilidad de reincorporarse a la vida política activa, a lo que tratará de llamar la atención de los nuevos señores. Consecuencia de esta etapa de retiro obligado es la composición de la obra maestra de Maquiavelo *El Príncipe*, durante la segunda mitad de 1513.

---

<sup>18</sup> TRUYOL, Antonio, “Maquiavelo. (En el centenario de Maquiavelo)”, *Revista de Occidente*, XXVII, n.º 81, 1969, p. 266.

En principio, el propósito de este tratado es que le diera notoriedad ante los Médici, prueba de ello es la dedicatoria de *El Príncipe*, dirigida a Lorenzo de Médici, en la que manifiesta que desea conquistar su favor<sup>19</sup>. Así, tal y como expresa esta dedicatoria, quiere dejar claro a los Médici que sus reflexiones son de valor excepcional, tanto por su amplia experiencia diplomática como por su dominio teórico del gobierno adquirido a través de la lectura de las antiguas historias.

No obstante, la esperanza de Maquiavelo en hallar un empleo diplomático se desplomó en cierto modo cuando, habiendo enviado a Francisco Vettori un ejemplar de *El Príncipe* a primeros de 1514, no obtuvo respuesta por lo que comenzó a verse a sí mismo como un hombre de letras. El desencadenante de esta decisión fue su participación en las reuniones que mantenían un grupo de humanistas en los jardines *Orti Oricellari*, propiedad de Cosimo Rucellai<sup>20</sup>, situados en los alrededores de Florencia<sup>21</sup>. Gran parte de las discusiones allí mantenidas eran de carácter literario, por lo que Maquiavelo dedicó parte de sus energías creativas en la escritura de una comedia teatral, *La Mandrágora*, cuya versión original probablemente fuera terminada en 1518. Ahora bien, los debates más intensos en los *Orti* eran sobre política, discutiendo sobre la libertad y la corrupción de los regímenes republicanos.

En este sentido, como resultado de su participación en tales reuniones tenemos el tratado *El Arte de la guerra*, publicado en 1521<sup>22</sup>. Pero, sobre todo, gracias al contacto con estos personajes, Maquiavelo tomó la decisión de escribir sus *Discursos*, su más original obra

---

<sup>19</sup> *El Príncipe*, Dedicatoria, p. 43.

<sup>20</sup> Cosimo Rucellai, 1519, fue el organizador del segundo grupo de reuniones, tras el primero que había sido organizado por su abuelo Bernardo, en los jardines *Orti Oricellari*, que eran propiedad de la familia florentina los Rucellai.

<sup>21</sup> Estas reuniones vieron su fin cuando algunos de sus miembros no se contentaron con denunciar privadamente los defectos de lo que consideraban la tiranía de los Médici y llegaron a verse implicados en un complot para asesinar al cardenal Giulio de Médici en 1522, con el consiguiente exilio de Zanobi Buondelmonti, Luigi Alamanni y Antonio Brucioli, amigos de Maquiavelo.

<sup>22</sup> Obra redactada en forma de conversación mantenida en los *Orti Oricellari* con Fabrizio Colonna, hombre de armas al servicio de Carlos VIII de Francia, Fernando el Católico y del papa Julio II. Rucellai es el introductor del tema, mientras que Buondelmonti y Alamanni hacen de principales participantes.

de filosofía política, que probablemente terminó en 1519, aunque no fue publicada hasta 1531.

Conviene añadir que la datación de los *Discursos* sigue siendo una materia de debate entre los especialistas. Parece probable que comenzara a trabajar en el libro entre 1513 y 1514. Félix Gilbert sostiene que la primera etapa de la composición no tuvo otra forma que la de comentarios de los capítulos de Tito Livio y que posteriormente Maquiavelo elaboró un tratado más sistemático, redistribuyendo el material bajo una serie de encabezados generales. Este proceso de elaboración parece que debía estar bastante avanzado en 1517 puesto que, a la mitad de su segundo libro, Maquiavelo observa que “si el tesoro garantizara la victoria”, entonces “hace pocos años” el Papa y los florentinos habrían derrotado a Francesco María en la guerra de Urbino. Esa batalla “reciente” es en la que León X recuperó Urbino, y fue entablada el 17 de septiembre de 1517. Por último, es evidente que los *Discursos* debieron estar completos antes de que terminara 1519, pues en el tercer Libro, Maquiavelo hace referencia a Maximiliano (que murió en 1519) como emperador reinante y, en su carta de dedicatoria pide a Cosimo Rucellai (que murió el mismo año) no dejar de leer su libro<sup>23</sup>.

Maquiavelo dedicó esta obra de los *Discursos* a Rucellai y a Buondelmonti, a quienes agradece haberle forzado “a escribir lo que nunca hubiera escrito para mí mismo”<sup>24</sup>. Esta obra adopta la forma de comentario a los diez primeros libros de la *Historia de Roma* de Tito Livio.

Poco después de la terminación de los *Discursos* un nuevo cambio de la Fortuna proporcionó a Maquiavelo el amparo del gobierno de los Médici que tanto anhelaba: a Lorenzo de Médici, fallecido en 1519, le sucedió en el gobierno su primo, el cardenal Giulio, quien pronto sería elegido Papa con el nombre de Clemente VII, cuyo estrecho contacto con uno de los amigos íntimos de Maquiavelo, Lorenzo Strozzi, le proporcionó a Maquiavelo la oportunidad de introducirse en el gobierno de los Médici. Así, en 1519 es nombrado cronista oficial de Florencia, cargo oficial al que responderá redactando en 1520 el *Discurso sobre los asuntos de Florencia tras la muerte de Lorenzo*, y, en noviembre de ese mismo año, obtuvo un encargo literario por parte de los Médici para escribir la historia de Florencia, que presentará al papa Clemente VII en 1525. El resto de la vida de Maquiavelo estuvo dedicada a tal encargo, resultado del cual es su obra más larga, la *Historia de Florencia*, obra en la que sigue

---

<sup>23</sup> Cfr. SKINNER, Quentin, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, p. 193.

<sup>24</sup> *Discursos*, Dedicatoria, p. 47.

de una manera más estricta los preceptos literarios de Tito Livio, optando por una escala temporal larga. La totalidad de esta obra está organizada en torno al tema de la decadencia y la ruina, concretamente el de la corrupción creciente en su ciudad natal. A pesar de que al final de su obra haga ciertas concesiones en torno a la elevación de los Médici, en tanto que le habían concedido este encargo, les considera responsables directos de la destrucción de la libertad de Florencia. Al igual que en el resto de su trabajo, lo importante de la obra no reside tanto en la ciencia histórica, sino en los problemas y tesis políticas que subyacen en sus páginas.

Al final de su vida, Maquiavelo, a pesar de la vuelta de Florencia a la tiranía y de la presencia de potencias extranjeras, todavía se consuela con reconocer que tales potencias no han logrado conquistar ninguna de las grandes ciudades italianas. De hecho, en *El Arte de la Guerra* alega que Tortona podía haber sido saqueada, “pero no Milán; Capua, pero no Nápoles; Brescia, pero no Venecia” y, finalmente “Rávena, pero no Roma”<sup>25</sup>.

Pero este consuelo no perduró mucho tiempo, dado que tras la derrota sufrida por Francisco I por parte del emperador Carlos V en 1525, el papa Clemente VII intentó de nuevo la expulsión de las fuerzas imperiales de Italia, junto a la ayuda de Francisco I quien se unió a la Liga de Cognac con el papado, Venecia y Milán en 1526. Ante esta nueva barrera, Carlos V dirigió sus ejércitos hacia Italia en la primavera de 1527. En esta nueva ofensiva española, sobre todo a causa de la falta de soldada y la indisciplina del ejército imperial, se produjo el famoso saqueo de Roma el 6 de mayo de 1527.

La consecuente caída en desgracia de Clemente VII, tras haber sido hecho prisionero, tuvo como resultado el desplome del impopular gobierno de los Médici en Florencia a causa de la falta del apoyo papal. El 16 de mayo el Consejo de la ciudad proclamó la restauración de la República con el consiguiente exilio de los Médici. Aunque Maquiavelo era un claro partidario del régimen republicano y por tanto la restauración del gobierno libre debería haberle supuesto un triunfo, dadas sus recientes colaboraciones con la familia de los Médici, la joven generación de republicanos no conto con su figura en el nuevo gobierno. Esta

---

<sup>25</sup> MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, traducción del texto de F. Gilbert de Santiago Díaz Sepúlveda, Madrid: Editorial Tecnos, 2008, Libro Segundo, p. 94. Tortona fue asaltada en 1499, Capua en 1501 y Brescia y Rávena en 1512.

decepción, junto al padecimiento de una enfermedad, fue la antesala de su fallecimiento el 21 de junio de 1527, siendo enterrado en la basílica de Santa Croce al día siguiente<sup>26</sup>.

## 1.2.- CONTEXTO ITALIANO EN TIEMPOS DE MAQUIAVELO

A continuación, me dispongo a relatar el contexto histórico y político en el que se encuadra la obra y vida de Maquiavelo.

En el Renacimiento, a diferencia de Alemania, Italia que igualmente constituía una unidad cultural, no tenía una apariencia de amalgama; de hecho, parte de los territorios del norte y centro de Italia se circunscribían a la estructura imperial, mientras que en el centro y en el sur eran los Estados Pontificios y el reino napolitano quienes ejercían una soberanía nominal. A pesar de que Italia constituía una unidad geográfica y gozaba de supremacía cultural y económica, la realidad venía definida por su fraccionamiento en pequeños Estados aglutinados en torno a una ciudad y sus conflictos, los cuales eran resueltos a través de frecuentes luchas a cargo de los ejércitos mercenarios que eran mandados por los famosos *condottieros*.

Encontramos en Italia cinco Estados relativamente fuertes – Venecia, Milán, la Santa Sede, Nápoles y Florencia –, siendo el más significativo la República de Venecia. Entre ellos existían innumerables alianzas que en ningún momento resultaban en una situación estable. Además, encontrábamos territorios en poder extranjero, como era el caso de Sicilia que estaba bajo la monarquía española y Asti perteneciente a la casa de Orleans, Francia; a lo que se añaden territorios vulnerables ante estas potencias, como Saboya o Génova<sup>27</sup>.

En un periodo de fuerte intensidad bélica, en 1454 se firmó la paz de Lodi para tratar de establecer un equilibrio en el contexto italiano sobre la base del dominio de estos cinco Estados.

La Serenísima República de Venecia proyectaba una imagen de poder sólido, constituida por sus dominios continentales hasta Lombardía y por los establecimientos del Adriático, las islas de los mares Jónico y Egeo y Chipre; a esto se añadía una estabilidad institucional, de carácter aristocrático, lo que le daba innumerable prestigio.

---

<sup>26</sup> Véase SKINNER, Quentin, *Maquiavelo*, pp. 133-148.

<sup>27</sup> CORRAL DÍAZ, Manuel, “Estudio Preliminar”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *Del arte de la guerra*, pp. XII.

El ducado de Milán estaba en poder de la familia Sforza desde la paz de Lodi; su primer representante, Francesco Sforza, era un famoso *condottiero*. Las disputas de poder entre los miembros de la familia eran habituales entre 1466 y 1494. Quien salió beneficiado de tales luchas fue Ludovico el Moro, aunque hubo de hacer concesiones a la monarquía francesa y, en consecuencia, hizo posible la posterior invasión de las tropas de Carlos VIII en 1494.

La Santa Sede dominaba “en teoría” una amplia zona correspondiente al centro de Italia, aunque la realidad era otra: la Romagna se trataba de una región que había sido siempre reclamada por el Papa sin que llegara a ejercer un control efectivo sobre ella; y en las Marcas y Umbría el gobierno real se encontraba en manos de una serie de familias con renombre, ligadas al esplendor del Renacimiento (los Bentivoglio de Bolonia, Malatesta de Rimini, Montefeltro de Urbino, etc.). Asimismo, dentro del correspondiente “Patrimonio de San Pedro”, había ciertas familias como los Colonna, los Farnesio o los Orsini, que ejercían un poder real bajo los pontífices. A pesar del trabajo dirigido a fortalecer el papado por parte de Pío II (1458-1464) y su sucesor Paulo II (1464-1471), el pontificado de sus sucesores, Sixto IV e Inocencio VIII, supuso un retroceso. Tendremos que esperar al papa Alejandro VI (muerto en 1503), junto a su hijo César Borgia en el campo de batalla, y al papa Julio II (1503-1513) para la consecución del objetivo.

El reino de Nápoles constituyó el ámbito en el que confluyeron la dinastía francesa de Anjou y la aragonesa de los Trastámara. Entre 1416 y 1458 el gobierno estuvo en manos de Alfonso el Magnánimo; con su sucesor, Fernando I, el reinado se tambalea con la amenaza turca, las revueltas internas y los intereses franceses, alentados por los distintos Estados italianos. Fue la protección aragonesa la que mantuvo a la dinastía en el poder. No obstante, el rey napolitano murió en la notable fecha de 1494 y en pocos años la crisis condujo al traspaso del reino a la soberanía española.

El régimen republicano florentino estuvo marcado durante todo el siglo XV por su inestabilidad institucional, buscando un equilibrio entre los intereses aristocráticos y los intereses de la burguesía mercantil. Este equilibrio fue el objetivo de Cosme de Médici desde su ascensión al poder en 1434, tendencia que mantuvieron sus sucesores, Piero (1464-1469) y Lorenzo el Magnífico (1469-1492), aunque también maniobraron para utilizar las instituciones florentinas en su propio provecho. De ahí que el poder mediceo haya sido considerado una pausa en la trayectoria republicana florentina, con la consecuente enemistad de parte de la oligarquía, materializada en la conjura de los Pazzi (1478), que se saldó con la

muerte de Giuliano de Médici. En 1494, cuando tuvo lugar la invasión francesa, el régimen mediceo fue depuesto y se restauró la República.

De este contexto podemos extraer que la fecha de 1494 supone un hito en la historia de Italia, siendo el acontecimiento clave la invasión francesa de Carlos VIII, con la finalidad de hacerse con el Milanesado y el reino de Nápoles.

Dado el panorama fragmentado de Italia, este hecho supuso el inicio del fin de una época. Se rompía así el equilibrio entre los cinco Estados vigentes tras la paz de Lodi, quedando la suerte de Italia subordinada a las decisiones de las grandes potencias extranjeras, hecho del que fue profundamente consciente Maquiavelo.

Durante medio siglo, la historia de Italia es consecuencia del panorama general de la política exterior del Occidente europeo, concretamente de la rivalidad entre dos de los primeros Estados modernos, Francia y España.

Así pues, las relaciones internacionales europeas entre 1494 y 1559 tuvieron como objetivo el dominio de Italia, aunque el sentido de las pretensiones francesas y españolas antes y después de 1519, cuando tuvo lugar la elección imperial de Carlos V, son distintas. En la primera fase de las luchas, Milán y Nápoles serán los objetivos principales, estimulado por la pujanza económica del norte y centro de Italia, el proyecto de alcanzar una estabilidad política entre los Estados italianos, el valor geopolítico de la península y ciertos intereses dinásticos.

Tras la elección de Carlos V como emperador, la rivalidad entre franceses y españoles, se complicó ante el auge del poder turco en el Mediterráneo oriental y en el norte de África, las relaciones de los Estados europeos con el Imperio otomano, y el tema de la reforma protestante, entre otras cosas. Italia se convirtió en un escenario bélico del que resultaron una serie de alianzas. Resultado de este proceso bélico prolongado en el tiempo sería el dominio español en Milán, Nápoles, Sicilia y Cerdeña, y su influencia en la Santa Sede.

Las luchas que tuvieron lugar entre 1484 y 1519 se iniciaron con la ya mencionada invasión francesa en Italia que avanzó hacia el reino de Nápoles. Como contrapartida, Fernando el Católico, rey de Aragón, respondió aliándose con el Papa, el Imperio, Milán y Venecia, ante lo que Carlos VIII retrocedió temporalmente. En Florencia, paralelamente, se produce la caída de los Médici y la constitución de una república de carácter teocrático y de ideología austera. Como ya he señalado, un personaje importante e influyente en esta República fue Girolamo Savonarola, fraile dominico del convento de San Marcos. El éxito

inicial que obtuvo Girolamo Savonarola se explica por el ambiente de renovación y cambio vigente tras el desastre de 1494. Sin embargo, ese desproporcionado ascetismo, el error de atacar al papado y la decepción generalizada ante los resultados obtenidos supuso el aumento de la oposición a Savonarola, propiciando su caída en 1498. Los triunfantes con el nuevo cambio eran partidarios de un régimen republicano basado en las instituciones tradicionales y alejado tanto del autoritarismo de los Médici como de las predicaciones de Savonarola. Como figura permanente se encontraba el gonfaloniero vitalicio Piero Soderini, quien con la ayuda francesa se mantuvo en el poder hasta 1512.

Las relaciones franco-florentinas se iniciaron en 1498, cuando Luis XII, sucesor de Carlos VIII, planeó la alianza con Venecia y los florentinos, bajo el apoyo del papado, para reconquistar el Estado de Milán en 1499.

En 1502-1503 se reanudaron las hostilidades entre España y Francia teniendo a Nápoles como pretexto, aunque en este momento se saldó en favor de la monarquía española: el tratado de Granada de 1500 había establecido las bases para el reparto del reino napolitano entre las dos potencias, pero ello no evitó las discrepancias. Luis XII tuvo que reconocer que Nápoles pasara a formar parte de la monarquía española tras las victorias de Gonzalo de Córdoba, el Gran Capitán.

De manera paralela, en otro frente, el papado trataba de recuperar el mandato real de algunos de sus dominios, que se encontraban bajo el control efectivo de importantes familias, aprovechando la influencia francesa en su favor. Las campañas estuvieron dirigidas por César Borgia, cuya actuación marcó significativamente el pensamiento de Maquiavelo como embajador de Florencia ante el duque. Ahora bien, también cabe destacar que Borgia no respetó los límites marcados por los franceses y atacó territorios de Florencia, aliada de los franceses.

En agosto de 1504 fallece el papa Alejandro VI lo que supuso el fin, aunque momentáneo, del intento de consolidación del poder pontificio.

Hasta 1508, Italia disfrutará de una relativa tranquilidad, relativa por cuanto las luchas no desaparecieron por completo. En 1508, Francia decidió afianzar el milanesado ante las pretensiones de Venecia y, para ello, creó una alianza con España, el papa Julio II, el Imperio, y los ducados de Mantua y Ferrara, denominada Liga de Cambrai. Fruto de esta alianza es la victoria en la batalla de Agnadello, que implicó la consolidación de las posiciones francesas frente a Venecia.

En 1511 el escenario diplomático sufre un profundo cambio, ya que el papa Julio II, desconfía del poder francés en el norte de Italia, porque España y Francia se enemistan por la pretensión de Fernando de Aragón de incorporar Navarra a la monarquía española. Ello conlleva una inversión de las alianzas, creándose la Liga Santa que agrupa a España, el pontificado, Venecia y un contingente de tropas suizas frente a Francia y Florencia; y en este contexto, Luis XII cometió el error de convocar un concilio en Pisa para destituir al Papa. En 1512 Milán pasaba a estar bajo el dominio de los coaligados, provocando la caída de la República de Florencia al no poder hacer frente al ejército español con su propia milicia en Prato. En Florencia se restauró el poder mediceo que, traducido a la vida de Maquiavelo, supuso la exoneración de su cargo de Jefe de la Segunda Cancillería.

La Liga de Malinas, creada en 1513, continúa con las alianzas previas, a excepción de Venecia debido a su descontento con dicha alianza. A raíz de la ausencia de apoyo de Venecia, los aliados no pudieron evitar sufrir una derrota por parte de Francisco I, sucesor de Luis XII, quien recuperó Milán en 1515 tras el combate de Marignano.

Al resultar electo Carlos V para el trono imperial en 1519, el mapa de Italia sufre un cambio puesto que el Milanesado se convertía en un punto de conexión obligado entre los diferentes dominios heredados por Carlos: en el sur, España e Italia, en el norte Flandes, Artois, Luxemburgo, Borgoña y el Franco condado, y el conjunto integrado por Austria y los territorios alemanes. A esto se añade el aumento del valor estratégico de Italia de cara a la amenaza turca y los asentamientos españoles en el norte de África.

Las luchas entre Francia y España se reanudaron en varios frentes, entre ellos Italia: sucedió el triunfo imperial en la Bicoca (1522) que provocó que Génova saliera de la protección francesa para garantizarse así su independencia. Esta pérdida provocó que Francia perdiera el Milanesado, aunque no sería consolidado por los españoles hasta 1525, con la victoria de Pavía.

La supremacía española convirtió al emperador Carlos V en el enemigo a combatir. Así, en 1526 se formó la Liga de Cognac, que unió a el Papa, el duque de Milán, Francesco de Sforza, Venecia, Florencia y Francia, contra Carlos V. En lo referente a Italia, el principal acontecimiento que tuvo lugar fue el famoso “Saco de Roma” en 1527, expresión que hace referencia al asalto de las tropas imperiales a la ciudad pontificia, que supuso un enorme impacto en la cristiandad europea. De este suceso intentó sacar provecho Francia sitiando Nápoles, pero finalmente gracias a la marina genovesa, Francisco I desistió de sus propósitos.

Con posterioridad, mediante la paz de Cambrai o de las Damas en 1529, España consolidará su posición en Italia, concediendo únicamente a Francia el territorio de Borgoña.

En cuanto a la ciudad de Florencia en la que vivió nuestro autor, se había visto beneficiada por cuanto que desde 1513 dos Médici, León X y Clemente VII, ocuparon la sede papal. Pero la derrota papal ante Carlos V supuso la caída de la dinastía de los Médici en la ciudad de Arnos y la restauración de una república de corte savonaroliano. Pero el poder de los Médici se repuso prontamente a causa de la reconciliación entre Clemente VII y el emperador, materializada en la coronación de Carlos V en Bolonia en 1530. Cabe decir que aún habrá tres guerras más entre España e Italia que tendrán como campo de batalla la península italiana hasta 1559, pero escapan de la línea de tiempo de nuestro autor<sup>28</sup>.

---

<sup>28</sup> Véase BARINCOU, Edmond, *Maquiavelo*, Barcelona: Salvat Editores, 1995, pp. 9-21.

## 2.- CONCEPCIÓN DE LA GUERRA EN EL CONTEXTO DE UN MODELO DIFERENTE DE SOCIEDAD

Una de las cualidades que ha definido a Maquiavelo y que le ha permitido elaborar su pensamiento político es su capacidad para identificar e interpretar las secuencias de causas y efectos.

Su original concepción de la política se sustenta en que ha logrado percibir el vínculo existente entre los cambios que se produjeron en la organización militar y los acontecimientos sucedidos en el ámbito político y social; este planteamiento explica su interés particular en el problema militar. Ahí reside la singularidad del planteamiento de Maquiavelo, en que advierte la conexión íntima existente entre las instituciones militares y la organización política, planteamiento que es posible a causa del contexto histórico en el que se desarrolla la obra de nuestro autor. De este modo, la evolución de las instituciones militares está inevitablemente vinculada a la historia general de un periodo temporal.

La guerra, como actividad humana y como una de las principales fuerzas de la sociedad, ha provocado innumerables cambios a lo largo de la historia. Por tanto, podemos deducir que, un cambio en la manera de guerrear, hace que se produzca un cambio en la manera de subsistir<sup>29</sup>. En este sentido, el orden militar de la Edad Media formaba parte de la sociedad medieval, de manera que, al caer la estructura social medieval, su organización militar se desintegró.

Nuestro secretario florentino, durante el tiempo que sirvió a la república, será testigo de alguna de las más importantes transformaciones que estaban teniendo lugar en la práctica política y militar de los Estados occidentales, teniendo como principal escenario la península itálica.

Por ello necesitamos hacer una breve síntesis del escenario de la Edad Media para poder encuadrar los cambios producidos en el Renacimiento.

En la Edad Media, la organización militar y los modos de hacer la guerra estaban marcados por una concepción de la guerra como deber religioso y moral, por la atribución del servicio militar exclusivamente a los caballeros terratenientes, por el vínculo militar entre vasallo y señor feudal, y por el código de honor de la “orden de caballería” y las “reglas

---

<sup>29</sup> Cfr. CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón: guerra, Estado y ciencia en el Renacimiento*, 2ª ed. Murcia: Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2008, p. 30.

internas de las compañías” y de “las órdenes militares” como únicos instrumentos de cohesión y control.

El ejército medieval se caracterizaba por ser poco numeroso, en el que no había una disposición orgánica, sino que era el resultado de las tropas aportadas por cada noble, ciudad o príncipe. Esas tropas no tenían un carácter permanente, sino que eran reclutadas para una concreta campaña militar. El éxito militar de la contienda obedecía a las capacidades personales de los combatientes, de manera que la preparación para la guerra se basaba en una instrucción individualizada del aspirante a combatiente, y no en un entrenamiento táctico conjunto<sup>30</sup>.

Durante el periodo medieval, y especialmente a partir de los siglos XI y XII, la principal fuerza militar y política de la Europa cristiana era la caballería, constituyendo el fundamento del régimen feudal clásico. El oficio de las armas será identificativo de uno de los tres estamentos sociales, el de los caballeros<sup>31</sup>. Precisamente, la guerra constituía una actividad permanente porque se trataba de la ocupación de una de las clases sociales<sup>32</sup>.

Pero la guerra, al tratarse de una actividad humana, hemos dicho que sufre una transformación durante los siglos XV y XVI. Esta transformación, en un principio, se va a plantear como una rehabilitación, puesto que la corrupción presente en el periodo medieval se va a tratar de superar mediante el regreso al mundo greco-romano y sobre todo a través de la recuperación del arte militar romano tanto en cuanto a la fortificación, máquinas de guerra, arte militar de defensa y asedio, como en cuanto a la infantería, su organización y armas<sup>33</sup>. La caballería va a pasar a un segundo plano, siendo la fuerza principal la infantería, con predominio de las armas de fuego.

Hay que señalar que, desde el punto de vista táctico, encontramos una preponderancia de la defensa sobre el ataque, y un triunfo de las armas de proyección frente a las de percusión.

En este sentido, a pesar de que desde un punto de vista histórico-político, en la Guerra de los Cien Años (1337-1453) salió como victoriosa Francia frente a Inglaterra, desde la perspectiva de la historia militar fueron superiores los procedimientos bélicos británicos

---

<sup>30</sup> *Ibidem*, pp. 29-30.

<sup>31</sup> Los tres estamentos sociales eran los *bellatores*, los *oratores* y los *laboratores*.

<sup>32</sup> Cfr. CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, pp. 27-28.

<sup>33</sup> *Ibidem*, p. 39.

puesto que su inicial inferioridad les obligó a ser innovadores y confiar en la capacidad militar de los soldados de a pie y en su táctica defensiva. Así, el grueso del ejército inglés estaba constituido por hombres a pie, provistos únicamente de un arco largo, hombres que no eran nobles sino campesinos libres, no sometidos a la jurisdicción señorial sino a la del rey (se les llamaba *yeomen* y *freeholders*), siendo el arco su distintivo. Estos arqueros adoptaban una táctica defensiva, tomando posiciones en alguna elevación del terreno<sup>34</sup>.

De igual modo, durante el siglo XVI en España, de la mano de Gonzalo Fernández de Córdoba, el Gran Capitán, y ante la amenaza francesa que a comienzos del siglo XVI poseía la más poderosa máquina militar en Europa, se produjo una considerable mejora en los efectivos técnicos y humanos del ejército, adoptándose de igual modo desde un punto de vista táctico un criterio defensivo: los arcabuceros debían mantener una posición fija y abrir fuego sobre el enemigo el mayor tiempo posible para evitar así el cuerpo a cuerpo<sup>35</sup>.

Otro de los argumentos que sustentan el traspaso de una guerra defensiva a una guerra claramente ofensiva reside en que las batallas en campo abierto son sustituidas por las batallas de asedio<sup>36</sup>.

La extensión de la artillería había obligado a las ciudades y villas a sustituir sus antiguas murallas de piedra, altas y delgadas, por fortificaciones de ladrillo y tierra, bajas y gruesas, con baluartes en forma triangular que custodiaban la propia artillería.

Lo decisivo era la fortificación de centros estratégicos desde el punto de vista geográfico, económico o político, como puertos fronterizos y costeros. En las décadas centrales del siglo XVI se reformaron muchas ciudades desde la perspectiva defensiva, construyéndose nuevas fortalezas, siguiendo la llamada “traza italiana”<sup>37</sup>.

Igualmente, la primacía de la infantería sobre la caballería implicará un aumento del tamaño de los ejércitos, porque para poder acceder a la caballería se encontraba la dificultad

---

<sup>34</sup> *Ibidem*, pp. 49-52.

<sup>35</sup> *Ibidem*, pp. 55-57.

<sup>36</sup> La batalla de Pavía fue la última gran batalla librada en campo abierto, que tuvo lugar dos años antes de la muerte de nuestro autor, en 1525. La finalidad consistía en arrebatar el dominio de la ciudad o la villa. En este sentido, Francia y España, que eran los Estados imperantes, comprendieron que las batallas no tenían apenas trascendencia, sino que lo importante era la capacidad defensiva de las ciudades.

<sup>37</sup> Cfr. CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, p. 61.

de tener que pertenecer al estamento nobiliario y poseer suficiente riqueza para hacer frente al mantenimiento del caballo y del armamento. También hay que destacar que la debilidad económica del estamento noble va a dar lugar a un proceso de domesticación política de la caballería<sup>38</sup>.

Por otra parte, la expansión de la economía monetaria supuso la transformación de la sociedad medieval al trasladarse el poder económico a las ciudades y a los señores feudales adinerados, quienes ahora tenían la posibilidad económica de mantener un ejército profesional y permanente, rompiéndose así la dependencia entre el señor feudal con respecto a sus vasallos. Estamos ante el inicio de la transformación de un ejército feudal en un ejército profesional, del Estado feudal en un Estado absolutista. Asimismo, esta ruptura entre el señor feudal y sus vasallos va a verse reforzada por el desarrollo de las armas de fuego y la artillería, ya que el elevado coste que implicaba su utilización hacía que solo pudieran permitírselo los gobernantes adinerados. Los pequeños Estados solamente podrán defender sus fronteras mediante fortificaciones medievales que, por su obsolescencia, no brindarán la protección adecuada<sup>39</sup>.

En el Renacimiento, al no funcionar el código moral como en la Edad Media, ya no se puede apreciar la obligación personal de participar en las empresas militares, por lo que cabe preguntarse qué procedimiento tiene que emplear el Estado para disponer de soldados. La respuesta implica que en la política tendrá que regir la misma ley que en la economía: el vasallo es sustituido por el asalariado, el oficio de las armas será una profesión remunerada con una “soldada”. La guerra ya no se lleva a cabo como un deber religioso, sino que su objetivo es la ganancia económica. Estamos ante la profesionalización de la actividad militar.

Ahora bien, todos los súbditos de un reino o república han de colaborar con su dinero en la guerra, precisamente para poder pagar a los soldados. Los impuestos de guerra se generalizan y se hacen cada vez más gravosos<sup>40</sup>.

El material humano de los ejércitos se va a componer en gran medida de aventureros y rufianes deseosos de riquezas. Como consecuencia, surgirá la controversia moral de si era pecado ejercer una profesión que conllevaba acabar con la vida de otras personas. De hecho,

---

<sup>38</sup> *Ibidem*, p. 60.

<sup>39</sup> Cfr. GILBERT, Félix, “Estudio de Contextualización”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, p. 260.

<sup>40</sup> Cfr. CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, p. 67.

en los territorios más educados, como Italia, los soldados y la milicia cayeron en descrédito, llegando incluso a discutirse la abolición de la guerra. “La composición y el carácter de la organización militar, su posición y su importancia en el orden social, se habían convertido en problemas a examinar nuevamente. Las antiguas clasificaciones carecían de valor, una nueva estaba por iniciarse”<sup>41</sup>. En el caso de Italia tiene su explicación por la sociedad italiana propia del *Cuattrocento*, periodo en el que Italia se consideraba por encima de las demás potencias europeas gracias a su pujanza económica y sus progresos en las artes y las ciencias, aspectos más valorados que la milicia. Pero este empoderamiento se invierte drásticamente en la época del *Cinquecento*, cuando Italia pasa a ser dominada por esas potencias europeas gracias a su superioridad militar, evidentemente más moderna que la italiana<sup>42</sup>.

En este contexto, en esas grandes potencias europeas, como Francia y España, a pesar de mantener ciertos elementos feudales, encontraremos ya los primeros ejércitos profesionales. Ahora bien, en el caso de Italia, desde el *Trecento* va a constituir un escenario para hacer dinero por parte de jefes de grupos de caballeros o jefes mercenarios.

Así se explica cómo la preocupación de Maquiavelo por los problemas militares está presente en todo su pensamiento, puesto que estos tienen impacto directo en el desarrollo de los acontecimientos políticos.

Maquiavelo advierte que la crisis militar que impera en la Italia de su época es consecuencia directa de la crisis política. En este contexto, Maquiavelo tiene la suficiente lucidez para poder captar la oportunidad que le brindaba esta situación y proponer una remodelación tanto del sistema militar como del sistema político, permitiendo tanto restaurar la estabilidad interna, es decir, “el perfecto ejercicio de una vida civil en Italia”<sup>43</sup>, como garantizar su supervivencia frente a las codiciosas potencias extranjeras.

---

<sup>41</sup> GUICCIARDINI, Francesco, *Storia d'Italia*, I, 6, ed. C. Panigada, Bari, 1929, p. 42, citado por GILBERT, Félix. “Estudio de Contextualización”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, Madrid, p. 266.

<sup>42</sup> Cfr. GILBERT, Félix, “Estudio de Contextualización”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, p. 266.

<sup>43</sup> CORRAL DÍAZ, Manuel, “Estudio Preliminar”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, p. XIX.

En aquel momento, la vida política de Italia dependía de su supervivencia y ello justificaba el énfasis en la fuerza militar como medida crucial para mantener la seguridad de un Estado.

De hecho, por un lado, su experiencia como diplomático le había permitido constatar cómo las transformaciones políticas se producían como consecuencia del uso de la fuerza militar. Por otra parte, del estudio de la antigüedad había extraído la importancia de las armas en lo que a la expansión de un Imperio se refiere; si bien, su profunda idealización de la época romana le imposibilitó vislumbrar las diferencias existentes entre el periodo republicano y el periodo de los césares, tomando de cada uno de ellos lo que le convenía, del primero su estructura militar y del segundo las tácticas<sup>44</sup>. En contraste, la imagen que proyectaban las ciudades-Estado italianas era de auténtica incapacidad para construir una verdadera política de Estado, dado que el foco de atención de los ciudadanos y de los gobernantes se encontraba en sus propias ambiciones personales, con las consecuentes y continuas luchas internas y externas.

La confirmación en la realidad italiana de la existencia de una situación política completamente nueva se encuentra en el hecho decisivo de la invasión francesa de 1494, por parte de Carlos VIII, quien, provisto de una potente artillería y de mercenarios de infantería suizos, invadió Italia desajustando su sistema político. Citando a Francesco Guicciardini en su *Historia de Florencia*: “en Italia cundió una fiebre y una epidemia que afecto no solo a los varios países, sino también la manera de gobernarlos y la estrategia militar”<sup>45</sup>.

De esta manera, el plano político y territorial se vio alterado. Los cinco Estados principalmente presentes – el papado, Nápoles, Venecia, Milán y Florencia- temerosos ante los posibles tumultos y asaltos que se producían, optaron por atender a la protección de su propio territorio en lugar de frenar el avance de los invasores. Se sucedían las guerras y asaltos a ciudades con rapidez y violencia, dando lugar a un periodo en que los Estados se conservaban o destruían en función del resultado de las batallas<sup>46</sup>. En territorio italiano se había producido una guerra “corta y fuerte”, al modo de proceder de los romanos, práctica

---

<sup>44</sup> Cfr. CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, pp. 47-48.

<sup>45</sup> GUICCIARDINI, Francesco, *Historia de Florencia, 1378-1509*, traducido por Hernán Gutierrez García, México D.F: FCE - Fondo de Cultura Económica, 2012, p. 171.

<sup>46</sup> Como consecuencia Maquiavelo posicionará a la batalla como fenómeno central de la guerra en su obra *El Arte de la Guerra*.

admirada por Maquiavelo y plasmada en los *Discursos*<sup>47</sup>; de hecho, ya en su importante Capítulo XII de *El Príncipe* denuncia este acontecimiento y alude a la anécdota de Carlos VIII, acuñada por Philippe de Commines, según la cual al gobernante francés le bastó una tiza para hacerse dueño de Italia, aludiendo al yeso empleado para marcar los alojamientos de sus oficiales, y denunciando la ausencia de resistencia por parte de las fuerzas italianas<sup>48</sup>.

La invasión francesa, a nivel histórico y político, supuso un punto de inflexión, dado que propició que otras potencias extranjeras, como España y Alemania, se sintieran atraídas por los dominios italianos dada la facilidad de las conquistas.

La posición de los italianos quedó reducida a la de meros espectadores de la gloria militar ajena. Las desastrosas condiciones en las que se encuentra Italia tras este periodo revolucionario explican el interés general por los asuntos militares y la reflexión hacia una necesaria reforma militar que permitiese una defensa digna en igualdad de condiciones frente a los “bárbaros” extranjeros<sup>49</sup>.

Aunque ya ha sido mencionado, hay que hacer referencia al tratado *El Arte de la Guerra*, publicado en Florencia en 1521 por Maquiavelo, siendo su obra de contenido más estrictamente militar. Podemos destacar su doble importancia. Por un lado, armoniza la sabiduría del pasado con el conocimiento del presente, el saber con la experiencia, la admiración de las legiones romanas con la admiración de los piqueros suizos, el ensalzamiento del arte militar antiguo con la propuesta de una restauración militar para la República florentina. Porque para Maquiavelo, para poder armar a un ejército, es necesario conocer la historia pasada, concretamente sus armas, así como las circunstancias que han permitido ganar a unos y perder a otros, examinando las armas del presente y evaluando su efectividad en base a las experiencias. Por otro lado, no es un tratado exclusivamente militar sino también un tratado político, porque se ocupa tanto de la infantería como del Estado, no sólo de cuál es la organización militar preferible sino también de cuál es la mejor organización política<sup>50</sup>.

---

<sup>47</sup> *Discursos*, Libro III, VI, p. 229.

<sup>48</sup> *El Príncipe*, XII, p. 96.

<sup>49</sup> GILBERT, Félix, “Estudio de Contextualización”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, p. 267.

<sup>50</sup> Cfr. CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, p. 41.

Si bien, su análisis se ha de completar con sus otras dos obras, *El Príncipe* y los *Discursos*, en los que la organización militar ocupa un lugar importante pero que más bien son libros sobre normas y comportamiento político en el que se incluyen ciertas sugerencias militares con una constante crítica a las instituciones militares vigentes; concretamente, los juicios negativos se dirigían contra el sistema militar de la Italia del *Cuattrocento*, basado en el uso de los *condottieri* y en la caballería.

En cualquier caso, en estos libros no hay nada que señale la paz como algo deseable; al contrario, la guerra se nos presenta como algo inevitable, algo grandioso. Maquiavelo concibe el mundo como un organismo en constante cambio, en el que a pesar del poder que tiene la Fortuna, es posible doblegarla (a diferencia de la creencia imperante en la época que consideraba a la Fortuna como una fuerza arrolladora sin posibilidad de someterla) y para ello se requiere un Estado fuerte y poderoso, lo que se logra a través de la expansión y la conquista, siendo la guerra la actividad más esencial de la vida política<sup>51</sup>.

Para Maquiavelo el objetivo de la guerra es la lucha por la existencia de un Estado a costa del contrario. Y en pro de mantener la libertad de un Estado y la salvación de la patria “no se debe cuidar ninguna consideración de justicia o injusticia, piedad o crueldad, elogio o ignominia”<sup>52</sup>.

Frente a la idea vigente, al menos en la teoría, derivada de la tradición medieval, según la cual la guerra era aún concebida como un intercambio de desafíos caballerescos de acuerdo a una serie de reglas pre-establecidas, Maquiavelo introducía la regla revolucionaria de la concepción de la guerra como un suceso en el que se ponía a prueba todas las fuerzas de las que disponía un Estado.

En su concepción de la guerra, ésta no comprende solamente las puras acciones militares, sino también todo tipo de estrategias dirigidas a conseguir la victoria. Entre ellas se incluyen aquellas invenciones conducentes a engañar al enemigo. En los *Discursos*, en el Capítulo XIV del Libro III, Maquiavelo trata el tema de cómo un capitán tiene que procurar que alguna “cosa nueva” aparezca durante la lucha para animar a sus tropas y asustar a su

---

<sup>51</sup> GILBERT, Félix, “Estudio de Contextualización”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, pp. 310-311.

<sup>52</sup> *Discursos*, Libro III, XLI, p. 438.

enemigo o, en el caso contrario, volver ineficaz cualquier “cosa nueva” que el enemigo haga contra él<sup>53</sup>.

En opinión de Maquiavelo, una de las causas por las que Italia fue ocupada y destruida por las fuerzas extranjeras radica en su despreocupación por la infantería, y haber puesto todos los soldados a caballo. Maquiavelo considera la caballería como necesaria, pero en un segundo plano y para labores como explorar las tierras de los enemigos, robarla, fatigar a los enemigos e impedirles el sustento<sup>54</sup>. Podemos decir que en cierto modo, el triunfo de la infantería sobre la caballería, como sabemos, supone la victoria de la pobreza sobre la riqueza<sup>55</sup>, porque, lo realmente significativo es que la parte del ejército formada por soldados de a pie, en su mayor parte estaba constituida por plebeyos. Hasta cierto punto era así debido a la necesidad de contar con soldados que estuvieran acostumbrados al trabajo y en posesión de conocimientos sobre “oficios mecánicos”<sup>56</sup>, pues lo que más se usaba en los ejércitos eran los oficios del azadón y pala, y después de estos los herreros y carpinteros, herradores y pedreros. Podemos citar *El Arte de la guerra*, Libro Primero, cuando Cosimo le pregunta a Fabricio si tendría en cuenta los distintos oficios para elegirlos, quien responde que los más útiles son los labradores, y que luego vienen los herreros, carpinteros, herradores y canteros<sup>57</sup>.

Con respecto a la cuestión de a quién corresponde hacer la guerra, y en clara relación con la oposición al empleo de tropas mercenarias que más tarde trataremos, citando el Capítulo XIV de *El Príncipe*, la guerra, su organización y dirección, “es un arte que corresponde exclusivamente a quien manda”<sup>58</sup>. También hay que hacer referencia a *El Arte de la Guerra*, Libro Primero, donde afirma que “jamás una república o un reino bien ordenados permitieron que sus súbditos o ciudadanos las ejerciesen (las armas) por su cuenta”<sup>59</sup>.

---

<sup>53</sup> *Discursos*, Libro III, XIV, pp. 347.377.

<sup>54</sup> *El Arte de la Guerra*, Libro Segundo, p. 60. Cfr. CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, pp. 59-60.

<sup>55</sup> Si bien, también es cierto que en la Edad Media hubo quienes accedieron a la caballería sin ser de noble linaje y en el Renacimiento hubo muchos nobles que combatieron en las filas de la infantería. Cfr. CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, p. 63.

<sup>56</sup> *Ibidem*, p. 64.

<sup>57</sup> *El Arte de la Guerra*, Libro Segundo, p. 37.

<sup>58</sup> *El Príncipe*, XIV, p. 106.

<sup>59</sup> *El Arte de la Guerra*, Libro Primero, p. 20. El paréntesis es mío.

En conclusión, los cimientos de un Estado los constituyen las armas, la fuerza militar, junto a las leyes y la justicia. Este ejercicio de las armas será exclusiva competencia del Estado, y a ningún súbdito se le debe permitir que practique este arte como oficio particular y permanente, porque ya no se va a ver ennoblecido como en el medievo, sino que va a ser calificado de vil<sup>60</sup>.

Un tema por el que ha sido criticado Maquiavelo es el de no haber sido capaz de apreciar la importancia y el alcance de la artillería y las armas de fuego. De hecho, en su obra, los arcabuces de las escuadras suizas se equiparan a las hondas y a las ballestas de las legiones romanas<sup>61</sup>.

Maquiavelo aborda este tema de la artillería en el Capítulo XVII del Libro II de los *Discursos*, titulado “Cuánto deben estimar en los presentes tiempos los ejércitos a la artillería, y si es verdadera la opinión que en general se tiene de ello”<sup>62</sup>.

Para entender el pensamiento de Maquiavelo hay que distinguir entre artillería pesada y armas de fuego ligeras. Respecto a la artillería pesada, Maquiavelo sostiene que lo importante no es su uso como arma ofensiva, sino más bien tratar de evitar que ésta sea usada por el enemigo. En lo referido a las armas ligeras, sí que les reconoce cierta utilidad, pero únicamente en un segundo plano.

Además, en el capítulo debate tres cuestiones que se pueden argumentar en favor de la artillería: que, de haber existido la artillería en tiempo de los romanos, sus conquistas no se habrían producido con tanta facilidad, porque la introducción del elemento de la artillería parecía haber dejado obsoletos los métodos militares romanos; que los hombres no pueden demostrar su virtud a causa de la artillería; y que la evolución de la guerra se dirige al uso absoluto de la artillería. En todos los supuestos desdeña la importancia de la artillería. En este capítulo, vuelve a poner de relieve que lo realmente importante es la *virtù* del ejército, porque solo de la mano de un ejército que goce de “la antigua *virtù*” la artillería puede tener interés y, viceversa, la artillería nada puede cuando se lucha contra un “ejército virtuoso”<sup>63</sup>.

Sólo analiza el uso de la artillería desde el punto de vista de su valor, pero no aborda sus efectos sobre el desarrollo de la guerra. La finalidad de este capítulo es probar que la

---

<sup>60</sup> Cfr. CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, p. 66.

<sup>61</sup> *Ibidem*, p. 46.

<sup>62</sup> *Discursos*, Libro II, XVII, pp.257-264.

<sup>63</sup> *Ibidem*, p. 264.

guerra no acabará reducida al uso de la artillería, que no se trataba de un factor decisivo en el curso de la misma<sup>64</sup>.

Por otro lado, en su obra *El Arte de la Guerra* los argumentos que ofrece Fabrizio Colonna para aducir que no dejaba obsoletos los métodos romanos son los siguientes: su imprecisión o inexactitud, sus estallidos, ya que son demasiado altos o bajos, la dificultad de su transporte; las humaredas cegadoras, o que realmente en una batalla lo importante es el cuerpo a cuerpo. En cualquier caso, concluye que la artillería sí podría utilizarse para reforzar la metodología romana pero que no la invalidaría.

Consecuentemente, al no advertir la importancia creciente y el alcance de la pólvora, Maquiavelo no pudo analizar las modificaciones que las armas de fuego estaban obligando a realizar en la construcción de fortalezas. Otro de sus efectos, que Maquiavelo tampoco supo extraer, fue la consiguiente sustitución de las batallas campales por las largas guerras de asedio. Para Maquiavelo lo decisivo continúa siendo la guerra a campo abierto<sup>65</sup>. Asimismo, como para nuestro autor lo esencial en la guerra son las batallas campales, considerará innecesario y perjudicial un ejército permanente, a pesar de que, la realidad de las guerras modernas, como ya hemos dicho, nos hará testigos de la sustitución de la batalla campal por el asedio, prologándose las batallas durante años, por lo que los Estados comenzarán a mantener un ejército permanente y profesionalizado.

Ahora bien, frente a esta crítica que se vierte sobre la capacidad de visión de Maquiavelo, la de infravalorar la importancia futura de la artillería en el curso de la guerra, hay quien ha justificado que Maquiavelo estaba atendiendo específicamente a las circunstancias de su tiempo. Si bien es cierto que las armas de fuego estaban comenzando a ser habituales<sup>66</sup>, no es menos cierto que la fuerza se encontraba en las unidades de infantería que combatían con arma blanca, como era el caso de las brigadas suizas, y que realmente las armas de fuego comienzan a implantarse a partir de la batalla de San Quintín de 1557, y no llegaron a asegurarse hasta principios del siglo XX.

---

<sup>64</sup> Cfr. GILBERT, Félix. “Estudio de Contextualización”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, p. 287.

<sup>65</sup> Cfr. CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, p. 47.

<sup>66</sup> En 1503, en la batalla de Cerignola, la infantería española venció a las tropas francesas del duque de Nemours porque el grueso de sus efectivos lo constituían arcabuceros.

Otro reproche que se atribuye a Maquiavelo viene dado por menospreciar la importancia del dinero en la guerra. Este asunto es tratado por Maquiavelo en sus *Discursos* en el Libro II en el Capítulo X, titulado “Los dineros no son el nervio de la guerra, como dice la opinión común”<sup>67</sup>. Afirma que a la hora de considerar si emprender o no una campaña militar, el dinero no es un factor decisivo en sí mismo si no se dispone de lo realmente importante que son las “armas leales”. Incluso va más allá afirmando que los dineros “te llevan más rápido a la perdición”. Para Maquiavelo “el nervio de la guerra” son los buenos soldados y quien estime lo contrario será conducido a la derrota; porque los buenos soldados “son suficientes para encontrar el oro”. Entre los ejemplos que enumera, se encuentra la derrota de los venecianos en la batalla de Agnadello, que aun “teniendo su erario lleno de tesoros”, perdieron sus últimas posesiones en “terraferma”.

Y en cuanto al argumento consistente en que la falta de recursos económicos puede llevar a un capitán a presentar batalla y así conseguirlos, aduce que es uno de los tantos factores que realmente pueden conducir a la batalla, pero “no por ello debe juzgarse que los dineros son el nervio de la guerra”.

Con todo, Maquiavelo tampoco le resta importancia, porque reconoce que son importantes, pero en un segundo lugar, sólo después de los buenos soldados puesto que son estos los que tienen que vencer en la batalla, ya que los buenos soldados no los proporciona nunca el dinero, pero los buenos soldados sí que pueden atraer por sí mismos al dinero.

En contraposición a esta idea, Guicciardini, en su *Considerazioni intorno ai Discorsi del Machiavelli*<sup>68</sup>, le reprocha una falta de familiaridad con la realidad de la guerra, que sus argumentos eran pura teoría. Pero, en realidad, Maquiavelo sí que sopesaba el peso del factor financiero sobre la situación política, prueba de ello es el epistolario de Maquiavelo, sobre todo a Francesco Vettori. Para Maquiavelo, el impacto del componente económico en la marcha de la guerra sí tenía su importancia, pero era limitada, tal y como le había enseñado la experiencia: Milán y su propia ciudad natal eran Estados que gozaban de riqueza, pero, sin embargo, carecían de pujanza militar y política. De nuevo Maquiavelo refuerza su idea de que el fundamento del poder político es el poder militar.

---

<sup>67</sup> *Discursos*, Libro II, X, pp. 237-240.

<sup>68</sup> GILBERT, Félix, “Estudio de Contextualización”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, pp. 287.

El situar el factor económico en un segundo plano también nos explica por qué Maquiavelo no había sabido advertir la importancia del papel de la artillería y del nuevo armamento de los soldados, constituido por armas de fuego. La nueva equipación implicaba un incremento de los gastos inherentes y una mayor vinculación entre el elemento económico y el elemento militar.

En otro orden de ideas, para Maquiavelo, la correlación entre el dinero y el poder militar esconde una reflexión menos visible, relacionada con el valor moral que exige la guerra. Una de las causas que aduce para explicar la falta de desarrollo militar en Italia durante el *Cuattrocento* era el espíritu pacífico de sus ciudadanos, que lo achacaba a que sus prioridades se encontraban en el desarrollo comercial. De hecho, podemos observar como en una carta dirigida a su amigo Francesco Vettori el 9 de abril de 1513 le manifiesta que “la fortuna ha hecho que, no sabiendo razonar ni acerca del arte de la seda y del arte de la lana, ni de ganancias ni de pérdidas, me conviene razonar sobre el Estado”<sup>69</sup>, es decir, que la fortuna le había favorecido al destinarle para la dedicación a la política. A su juicio, el que los florentinos tuvieran como principal objetivo su desarrollo financiero contribuyó al decaimiento político de Florencia; en este sentido, si se quiere que un Estado alcance la grandeza, todos los ciudadanos deben estar volcados por encima de todo en los intereses políticos.

Es de capital importancia en el pensamiento de Maquiavelo tratar lo que para él constituye una de las principales causas de la crisis política y militar de Italia y que constituye una constante crítica en sus obras: el sistema militar imperante aún en esa época, sobre todo en el contexto italiano, de las tropas mercenarias; los afamados *condottieri* o capitanes de ventura con sus grupos armados<sup>70</sup>.

Ante la profesionalización de la guerra, para hacer frente a esta situación marcada por la consideración de la guerra como oficio, los reinos y las repúblicas cuentan con una doble vía: reclutar ejércitos extranjeros o nacionales, ajenos o propios, y reclutarlos temporalmente o mantenerlos de forma permanente.

---

<sup>69</sup> MAQUIAVELO, Nicolás, *Epistolario 1512-1527*. FCE - Fondo de Cultura Económica, 2013, p. 94, [<https://elibro-net.ponton.uva.es/es/lc/uva/titulos/110388>].

<sup>70</sup> La palabra *condottieri* deriva del sustantivo “*condotta*” que identificaba el compromiso o contrato que ligaba a un jefe mercenario con una ciudad o príncipe, durante el corto periodo de una empresa militar.

La preferencia de Maquiavelo es hacia los ejércitos nacionales y temporales. Los soldados que hacen de la guerra su ocupación permanente, sean nacionales o extranjeros, se convierten en hostiles al Estado que contrata sus servicios.

Los soldados extranjeros podían ser soldados mercenarios, es decir, profesionales de la guerra que alquilaban sus servicios al mejor postor, o soldados auxiliares, esto es, súbditos de un Estado amigo o aliado<sup>71</sup>.

En su obra *El Príncipe*, Maquiavelo dedica el Capítulo XII, titulado “Cuántos son los géneros de tropas y sobre los soldados mercenarios”, a denunciar expresamente estas prácticas. Califica a las tropas mercenarias de “inútiles y peligrosas”, destacando su indisciplina, cobardía y deslealtad; afirma que las tropas mercenarias parecen “valientes ante sus iguales” pero que “tan pronto como llegó el extranjero se descubrió su ineficacia”<sup>72</sup>, en clara alusión a la invasión francesa. En este capítulo, Maquiavelo trata de identificar el origen de las tropas mercenarias en Italia con la finalidad de encontrar el “remedio” que les pusiera fin. Parafraseando su relato, el origen del empleo de tropas mercenarias se encuentra en el rechazo a la autoridad imperial en Italia y la adquisición de reputación por parte del Papa en “el orden temporal”, con la consiguiente división de Italia en varios Estados; idea que anteriormente ya ha sido expuesta<sup>73</sup>.

Maquiavelo estaba en lo cierto. Una vez que los sistemas feudales se mostraron ineficientes, se generalizó entre los Estados europeos la contratación de mercenarios, siendo en Italia donde alcanzó su máximo apogeo a partir del siglo XIV. En Italia el uso exclusivo de tropas mercenarias tiene su origen en las guerras de los güelfos y los gibelinos. Estas guerras entre las comunas ciudadanas del norte de Italia y la nobleza, enfrentaban al Emperador contra el papado, dando como resultado la fragmentación de Italia en repúblicas y principados, ya que muchas ciudades, apoyadas por la iglesia, se alzaron contra los nobles. Una vez fracturado el poder militar y político de la nobleza, debido al fraccionamiento y la inexistencia de una autoridad central, las ciudades tuvieron que comenzar a contratar tropas mercenarias. Así es como nacen las llamadas compañías de *condottieri*, la *condotta*<sup>74</sup>. Siempre

---

<sup>71</sup> Cfr. CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, p. 69.

<sup>72</sup> *El Príncipe*, XII, p. 96.

<sup>73</sup> *Ibidem*, p. 100.

<sup>74</sup> De esta forma es como adquieren fama y poder personajes de la época como Alberigo da Conio, Braccio o Francesco Sforza.

trataban, a través de su reglamentación interna y pactos mutuos, de procurarse las mayores cotas de seguridad posible con el mínimo riesgo<sup>75</sup>.

Por consiguiente, las disputas entre los gobernantes italianos daban lugar a choques militares que, aunque pequeños, suponían en ocasiones el aniquilamiento político del adversario. En este contexto, la posibilidad de mantener un ejército permanente de los propios ciudadanos resultaba inverosímil puesto que no estaban acondicionados para el ejercicio de las armas, y se optaba así por las tropas mercenarias para eludir el problema derivado de la organización militar. Asimismo, evidenciaba tanto un factor de tipo comercial como un factor de corte económico, porque se evitaba que los ciudadanos tuvieran que abandonar sus actividades productivas para acudir a la obligación de leva y reducía las obligadas aportaciones económicas de los ciudadanos dado que la contratación era ocasional. Es decir, era prioritario el interés económico y comercial, por encima del interés militar.

Por otra parte, existía todo un mercado de soldados mercenarios; tanto aquellos que ofertaban los soldados “que les sobran”, como Estados que específicamente se dedicaban a ello, como era el caso de Suiza, cuyos varones, generalmente ganaderos de profesión, al quedar inactivos en las épocas frías del año ofrecían sus servicios como soldados; de hecho, los suizos, por su disciplina, eran soldados mercenarios muy cotizados.

Otra de las causas consistía en la habitual existencia de bandas o facciones en los Estados italianos, que, a través de continuos enfrentamientos, se turnaban en la cúpula de poder de las ciudades-Estado ocasionando una gran inestabilidad. En este sentido, la sola idea de armar a los ciudadanos no resultaba alentadora puesto que conllevaba el riesgo de perder el poder, siendo más conveniente entregar la fuerza militar a una entidad que no estuviera comprometida con ninguno de los bandos.

El nacimiento de este sistema militar se produce en la última etapa de la Edad Media y podemos considerarlo como una fase de transición entre las milicias del medievo y los modernos ejércitos posteriores, porque ya a lo largo del siglo XV la presencia de estos grupos en el plano militar fue disminuyendo, o bien ofrecieron sus servicios de manera permanente para un Estado; por tanto, la tendencia de los Estados fue a contar con ejércitos profesionales permanentes vinculados al mismo.

---

<sup>75</sup> Cfr. CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, pp. 71-72.

Maquiavelo durante su experiencia diplomática tuvo la oportunidad de constatar de primera mano la ineficacia de este sistema de defensa. Al respecto hay que hacer alusión a la ciudad de Pisa. La reconquista de Pisa había sido un asunto de constante frustración para el régimen republicano de Soderini. La ciudad de Pisa había aprovechado la invasión francesa de 1494 para abstraerse del dominio florentino y, desde entonces, año tras año, la República florentina había invertido incontables esfuerzos económicos en la contratación de soldados mercenarios para recuperarla, aunque no había logrado victoria alguna, con la consiguiente pérdida de prestigio que ello suponía. Es en este contexto en el que Maquiavelo entra en contacto con las tropas mercenarias, ya que, desde su primera misión, intervendrá en la guerra contra Pisa a cargo de la negociación del sueldo de *condottieri*. Posteriormente, se vio involucrado en el debate correspondiente al error cometido por un famoso *condottieri* contratado por Florencia, Paolo Vitelli, quien, habiendo tenido la oportunidad de reconquistar la ciudad de Pisa, a causa de su titubeo y precaución perdió la ocasión, levantando sospechas de traición y siendo finalmente ejecutado por ello. Este suceso ya despertó en el pensamiento de Maquiavelo la desconfianza sobre la utilidad de este tipo de tropas<sup>76</sup>.

Su desprecio por el sistema de los *condottieri* se vio reforzado por el suceso que presencié en Senigallia en el verano de 1502 cuando César Borgia, que se había visto obligado a confiar en los *condottieri* de la zona de la Romagna como soporte militar, ante sospecha de conspiración y traición, utilizó el engaño haciéndoles creer a los jefes de las tropas mercenarias que pretendía llegar a un entendimiento y reconciliación, convocándolos al efecto a un encuentro en la mencionada ciudad para ejecutarles y tomar la decisión de ser él mismo quien comandara sus tropas<sup>77</sup>.

---

<sup>76</sup> GILBERT, Félix, “Estudio de Contextualización”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, pp. 272-274. En 1499 y 1503 Maquiavelo había sido encargado de contratar tropas mercenarias; en 1506 vuelve a acudir al Casetino para reclutar soldados; en 1508 también realiza actividades de reclutamiento para la guerra contra la ciudad de Prato; en 1510-1511 realiza acciones para el desarrollo del ejército florentino creando escuadrones de caballería y realizando labores de inspección en las fortificaciones de Pisa y Arezzo.

<sup>77</sup> Véase SKINNER, Quentin, *Maquiavelo*, pp. 41-42. Véase MAQUIAVELO, Nicolás, “La traición del duque valentino a Vitellozzo Vitelli Oliverotto de Fermo y otros”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *Escritos políticos breves*, pp. 25-33.

Los dos razonamientos a los que se recurre para contratar tropas mercenarias, según dice Maquiavelo en el *El Arte de la guerra*, son la inexperiencia de las tropas propias y el peligro de rebelión contra sus príncipes y señores. Aunque, precisamente, la falta de experiencia y la posibilidad de rebelión son las desventajas que Maquiavelo achaca a las tropas mercenarias. El negar la capacidad y la fidelidad militar del pueblo llano eran argumentos aducidos por la nobleza.

La Guerra de los Cien años había mostrado la importancia de la infantería (recordemos a los arqueros ingleses), y por ello Carlos VII de Francia decide crear las “compagnies d’ordonance”, en las que la nobleza caballerisca francesa combatía mano a mano junto a los plebeyos infantes. El sucesor de Carlos VII, su hijo Luis XI, prefiere disolver la infantería francesa y servirse de los piqueros suizos, ante la amenaza que podía suponer para el monarca y los nobles armar al pueblo. La consecuente dependencia de tropas mercenarias colocó a Francia en inferioridad de condiciones frente a España. Maquiavelo sí reconoce la superioridad del ejército francés frente al italiano, al contar con un ejército mixto, pero lo considera inferior a un ejército propio como el español<sup>78</sup>. Según Maquiavelo, el rey de Francia “ha desarmado a sus gentes para poder dominarlas más fácilmente”<sup>79</sup>.

En el caso español también se dio un intento de milicia popular por parte de Francisco Jiménez de Cisneros, denominados los “hombres de ordenanza”, que tenían una doble función, política y militar, interna y externa; no obstante, al igual que en el caso francés, esta ordenanza encontró una fuerte oposición por parte de los nobles españoles.

Podemos interrelacionar ambos argumentos de la siguiente manera “es peligroso armar al pueblo porque es inútil, ante su carencia de conocimientos militares, y es inútil porque es peligroso, porque al proporcionarles esos conocimientos, equiparles y adiestrarles, puede volverse contra sus señores”<sup>80</sup>.

Para Maquiavelo toda persona que ejerce el arte de la guerra como oficio privado y permanente se convierte inmediatamente en un enemigo del Estado, porque como en tiempos de paz no dispone de una ocupación con la que ganarse la vida, a través de

---

<sup>78</sup> Cfr. CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, pp. 73-74.

<sup>79</sup> *El Arte de la Guerra*, Libro Primero, p.32.

<sup>80</sup> Cfr. CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, pp. 73-74.

confabulaciones y mentiras tratará de desencadenar la guerra y prolongarla lo más posible, o incluso aprovecharla para sublevarse contra el príncipe y quitarle sus posesiones<sup>81</sup>.

El pensamiento de Maquiavelo supone una ruptura con la tradición medieval, porque niega la idea en virtud de la cual para un grupo social la guerra tiene que ser su oficio, y reitera la necesidad de que todos los estamentos sociales colaboren en las empresas militares del Estado. La ambición del profesional de la guerra no consistirá en la victoria o el éxito, sino que serán ambiciones de índole económico y político, y aparentará servir a la patria cuando en realidad procura su ruina<sup>82</sup>.

Por tanto, para Maquiavelo, la ineficacia del sistema mercenario encontraba también su causa en un aspecto económico. En el Capítulo XII de *El Príncipe* señala que la causa de su deslealtad y cobardía es que “su incentivo” para ejercer la milicia es el dinero<sup>83</sup>, el cual será siempre escaso para que un hombre esté dispuesto a perder la vida por un gobernante. Igualmente, para los jefes de ventura, desde una perspectiva económica, los soldados eran su principal capital activo por lo que se entiende que procuraran evitar las batallas y con ello disminuir las bajas y las pérdidas económicas. Maquiavelo en este sentido denuncia el modo de operar de los *condottieri*, a quienes les culpa de alargar las campañas por miedo a perder el contrato y con ello el trabajo y la recompensa económica, lo que era contrario a la idea de Maquiavelo correspondiente al modo de hacer la guerra: ejecutar guerras cortas y fuertes al modo de los romanos.

Asimismo, Maquiavelo también relaciona la ambición económica de las tropas mercenarias con el mantenimiento de la caballería como punto fuerte del ejército porque, “careciendo de Estado y viviendo de la profesión de las armas, poca infantería no les daba consideración y a mucha no la podían mantener”<sup>84</sup>. Este postulado era totalmente opuesto a la opinión de Maquiavelo para quien la caballería solo debía constituir el elemento secundario de un ejército<sup>85</sup>. Maquiavelo, a diferencia de los demás pensadores humanistas, puso en duda la importancia de la caballería. En este punto, emergen de nuevo los intereses económicos de los *condottieri*: armar a la infantería era menos costoso que armar a la caballería, que constituía el grueso de los ejércitos mercenarios. Sin caballería, los Estados se hubieran visto

---

<sup>81</sup> *Ibidem*, p. 66.

<sup>82</sup> *Ibidem*, p. 78.

<sup>83</sup> *El Príncipe*, p. 96.

<sup>84</sup> *Ibidem*, p. 100.

<sup>85</sup> *El Arte de la Guerra*, Libro Segundo, p. 60.

obligados a optar por un medio más económico, que hubiera sido el reclutamiento, para superar en número al ejército enemigo, y la utilización de la infantería habría hecho innecesario el aporte de los *condottieri*<sup>86</sup>.

En el mencionado capítulo también dedica espacio para referirse a los jefes mercenarios, los cuales causarían tu ruina o tratarían de detentar tu propio poder dependiendo de si son o no “hombres eminentes”, es decir, hombres virtuosos<sup>87</sup>. Por ello, en el supuesto de un principado, debe ser el príncipe el propio jefe de sus tropas – en clara alusión a César Borgia quien tras el suceso de Senigallia decidió ser el mismo quien comandara sus tropas –, y, en el caso de una república, se debe poner al frente de la milicia a un ciudadano “digno de esa misión”<sup>88</sup>, cuyo poder se encontrará limitado por las leyes de la república.

Para sustentar su argumento, tal y como es habitual en sus obras, recurre a ejemplos tanto del pasado como de su tiempo. Como arquetipo de empleo de tropas mercenarias menciona a los cartagineses y a los milaneses, mientras que los prototipos de Estados “armados y libres” son Roma, Esparta y los suizos<sup>89</sup>.

Respecto al ejemplo de los antiguos, tras la primera guerra contra los romanos, los cartagineses estuvieron a punto de ser sometidos por sus propios soldados mercenarios, a pesar de que los jefes eran cartagineses. Y, refiriéndose a su propio tiempo, afirma que los milaneses contrataron a Francesco Sforza para luchar contra los venecianos, y una vez que los venció se alió con ellos para someter a sus propios jefes. En el caso de los florentinos y los venecianos, que, a pesar de guerrear con tropas mercenarias, no corrieron la misma suerte, fue debido a las fortuitas circunstancias, pero no hay que olvidar la gloria que alcanzó Venecia cuando en sus empresas militares contaba con su propia marina, pero al tomar de otros Estados italianos sus malas costumbres se dedicó solo a la conquista de tierra firme<sup>90</sup>.

Como ya hemos señalado, el enjuiciamiento de Maquiavelo hacia las tropas mercenarias tiene su principal razón de ser como denuncia a la situación de su ciudad natal,

---

<sup>86</sup> Cfr. GILBERT, Félix, “Estudio de Contextualización”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, pp. 282-283.

<sup>87</sup> *El Príncipe*, XII, p. 96.

<sup>88</sup> *Ibidem*, p. 97.

<sup>89</sup> *Idem*.

<sup>90</sup> *Ibidem*, pp. 97-98. Cfr. CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, p.71.

y a la Italia de su tiempo. En este sentido, alega que “la actual ruina de Italia no tiene otro origen que el haber descansado por espacio de muchos años en las tropas mercenarias”<sup>91</sup>.

Por ello aprovecha el Capítulo XII de su obra para referirse al momento, del que fue testigo nuestro autor, en que los florentinos contrataron como jefe de las tropas mercenarias a Paulo Vitelli para la reconquista de Pisa. Posiciona a Paulo Vitelli como ejemplo de “hombre eminente” –hombre virtuoso- que en el supuesto de haber logrado cumplir con su misión, los florentinos hubieran estado “obligados a sufrir su autoridad”<sup>92</sup>. Como también constituye una denuncia a la situación italiana en general, dedica un espacio de su reflexión a la república veneciana, haciendo referencia a la derrota de Vailate o Agnadello en 1509 por parte de las tropas del papa Julio II y Luis XII de Francia, para ejemplificar cómo los jefes mercenarios aun cuando consiguen victorias, éstas son de carácter débil y consecuentemente efímeras<sup>93</sup>.

En conclusión, en todo el capítulo se reitera la idea de que las tropas mercenarias solo causan daño a un gobierno dado, que actúan de manera contraria a lo que se correspondería con el proceder de un buen ejército, ya se trate de un principado o de una república, y que sólo un Estado armado llevará a cabo “acciones capaces de engrandecer extraordinariamente su poder”<sup>94</sup>.

Conviene decir que puede que el retrato de las tropas mercenarias configurado en las obras de Maquiavelo no sea del todo objetivo puesto que sí que es cierto que, durante el *Cuattrocento*, hubo *condottieri* que ejercieron una labor eficaz. También es cierto que los *condottieri* empezaron a interesarse a finales del *Cuattrocento* por las novedades militares, introduciendo más infantería y la novedosa artillería. Además, cabe pensar que entre los distintos *condottieri* existían ciertas rivalidades para ser contratados, de ahí que por razones de ambición y prestigio pretendieran derrotar al enemigo.

---

<sup>91</sup> *El Príncipe*, XII, p. 96.

<sup>92</sup> *Ibidem*, p. 98.

<sup>93</sup> Este suceso aparece con regularidad en la obra de Maquiavelo, *El Príncipe*, porque recordaremos que, tras derrotar a Venecia, Julio II constituyó la Liga Santa contra Francia y, como Florencia era aliada tradicional de Francia, el Papa atacó Florencia provocando el hundimiento de la República y la restauración del poder mediceo.

<sup>94</sup> *El Príncipe*, XII, p. 97.

Pero el objetivo de Maquiavelo no era detallar la realidad histórica de su tiempo, sino poner sobre la mesa los problemas de la Italia de su tiempo: seleccionó aquellos aspectos del sistema mercenario que le interesaban para expresa su idea sin confusión<sup>95</sup>.

El pensamiento de Maquiavelo se basaba en parte en la premisa de descubrir una regla general que explicara los hechos aislados, y estas reflexiones genéricas le permitieron advertir la relación directa entre el sistema político italiano y su ineficiente aparato militar interpelando a la necesidad de Italia de adoptar medidas de tipo técnico-militar para poder hacer frente a las potencias extranjeras, las cuales implicaban abolir el modelo de tropas mercenarias y apostar por el empleo de la infantería. Su propia experiencia como secretario de la Segunda Cancillería le abocó a realizar un análisis objetivo de la crisis militar de su época, “convirtiéndose de este modo en el primer teórico militar de la Europa moderna”<sup>96</sup>.

El principio general que resulta aplicable en la consideración de Maquiavelo es la necesidad de un ejército. Consecuentemente, Maquiavelo se planteó la cuestión de quiénes iban a conformar ese ejército y la manera de proceder en lo referente a su reclutamiento; concluye que la defensa de la patria solo puede ser posible cuando es llevada a cabo por ciudadanos que pertenezcan al propio Estado.

Este pensamiento de Maquiavelo sobre las tropas mercenarias se materializó en la famosa *Ordinanza*, borrador de una ley en virtud de la cual se autorizaba el detallado plan propuesto por Maquiavelo consistente en reemplazar las tropas florentinas a sueldo por la organización de una milicia florentina. Maquiavelo se valió de su cargo de Segundo Secretario de la Republica, además de su influencia en la persona de Soderini, para lanzar una convincente campaña, propugnando que Florencia volviese a utilizar una milicia cívica. Su gran oportunidad surgió en 1505, a raíz del amotinamiento de los mercenarios empleados por la ciudad de Florencia en el interminable asalto a Pisa. La idea fue provisionalmente aceptada por el Gran Consejo en diciembre de 1505, autorizando a Maquiavelo para que comenzara a reclutar en la Romagna Toscana; en febrero de 1506 se celebró el primer desfile en la ciudad de Florencia y durante el verano de ese mismo año Maquiavelo escribió *Una provisión para la infantería* que sostenía y argumentaba su idea. Al final del año 1506, el Gran Consejo quedó finalmente convencido, de manera que se creó un nuevo comité de gobierno,

---

<sup>95</sup> Cfr. GILBERT, Félix, “Estudio de Contextualización”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, pp. 283-184.

<sup>96</sup> *Ibidem*, p. 280.

los Nueve de la Milicia, situando a Maquiavelo al mando de la secretaría, haciéndose así realidad uno de los ideales más anhelado por el humanismo florentino<sup>97</sup>.

En la introducción de su texto se integran las ideas básicas de Maquiavelo, quien ya en este momento manifiesta que los fundamentos de la república son “la justicia y las armas” y pone en evidencia las deficiencias de los ejércitos mercenarios. En virtud de esta ley, se aprobaba el reclutamiento de una milicia de diez mil varones de entre dieciocho y cincuenta años, residentes en “el condado”, es decir, los núcleos rurales de la Toscana bajo dominio de Florencia, núcleos que serían seleccionados por el comité del gobierno, asumiendo la responsabilidad de darles armas, uniformes y paga<sup>98</sup>.

El ejército se dividiría en compañías de trescientos hombres que se ejercitarían durante los días festivos. Esta idea posteriormente la plasma Maquiavelo en *El Arte de la Guerra*, en su Libro Segundo, a través de las palabras de Fabrizio al relatar los ejercicios que debían practicar los jóvenes de un Estado para estar preparados para la guerra<sup>99</sup>.

En cuanto a que el reclutamiento se lleve a cabo en distritos rurales, supone la introducción de una idea que posteriormente desarrollará en su obra *El Arte de la Guerra*, en el Libro Primero, cuando Cosimo le plantea la cuestión a Fabrizio sobre dónde es mejor reclutar a los soldados, si del campo o de la ciudad. Ante este interrogante, Fabrizio le responde “que es mejor tomarlos del campo” argumentando que son hombres que están acostumbrados a soportar incomodidades. Ahora bien, en esta obra Maquiavelo matiza que hay dos clases de soldados, haciendo referencia a los infantes y a los caballeros, “los primeros deben ser escogidos entre los del campo, y los segundos en las ciudades”<sup>100</sup>. Conviene añadir que, tras este argumento referente a atender a las capacidades de cada tipo de ciudadano, se encuentra el temor a la sublevación de los ciudadanos florentinos si estos son armados.

Para Maquiavelo, el servicio de las armas no debía ser voluntario, sino que el servicio de las armas debía ser obligatorio para todos los súbditos, pero se les había de convencer sobre la bondad y la necesidad de este servicio, de manera que fueran los propios ciudadanos los que optaran por militar en el ejército. En *El Arte de la Guerra*, afirma que “los soldados

---

<sup>97</sup> SKINNER, Quentin, *Maquiavelo*, pp. 62-63.

<sup>98</sup> Véase GILBERT, Félix, “Estudio de Contextualización”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, pp. 275-278.

<sup>99</sup> *El Arte de la Guerra*, Libro Segundo, p. 64.

<sup>100</sup> *El Arte de la Guerra*, Libro Primero, p. 30.

reclutados por orden del gobierno deben acudir ni completamente obligados ni por exclusiva voluntad”, “hay que adoptar una postura intermedia que no se base exclusivamente en la obligación ni en la voluntariedad, sino que los hombres acudan a las filas por respeto hacia el que gobierna, temiendo más el enojo de este que el seguro castigo”<sup>101</sup>.

Maquiavelo apuesta, coincidiendo con la tradición medieval, por la prestación forzosa, pero la diferencia reside en que, durante la Edad media, esta prestación derivaba de la condición de vasallo, y ahora se trata más bien de la condición de súbdito que decide servir a su rey y a la patria<sup>102</sup>.

En este punto podemos reseñar una de las limitaciones de la teoría de Maquiavelo ya que, en el contexto social en el que esta milicia es creada, la ciudad constituía una entidad que despreciaba el medio rural, el “condado”, y a sus habitantes, los “contadini”. Cuando Maquiavelo recluta la milicia de entre los núcleos rurales pone en evidencia una clara incoherencia ya que los campesinos no podían conectar con el sentido que Maquiavelo pretendía dar al nuevo ejército<sup>103</sup>.

Para Maquiavelo el proyecto consagrado en la *Ordinanza* constituía una pequeña aproximación puesto que no contaba con convencer a todos los ciudadanos de Florencia para que se unieran voluntariamente a la milicia, ni tampoco, desde el mando político, se atrevieron con proposiciones más enérgicas por miedo a que los *contadinos*, al estar armados, se revelaran. De hecho, aunque se esforzó, no consiguió que se incluyera una leva de jinetes<sup>104</sup>. Su objetivo a largo plazo era que finalmente se alcanzara un ejército formado por hombres de la ciudad de Florencia, de las ciudades de su territorio y de los núcleos rurales bajo un único mando<sup>105</sup>.

Con esta milicia ciudadana, además de deshacerse de los poco fiables *condottieri*, Maquiavelo pretendía generar un impacto en los asuntos exteriores de Florencia, superando la dependencia de otros Estados. Recordamos cómo Maquiavelo había experimentado de

---

<sup>101</sup> *Ibidem*, p. 33.

<sup>102</sup> Véase CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, pp. 74-76.

<sup>103</sup> Cfr. BARINCOU, Edmond, *Maquiavelo*, p. 20.

<sup>104</sup> No obstante, entre 1510-1511 Maquiavelo contribuirá a la organización de escuadrones de caballería para el ejército florentino

<sup>105</sup> GILBERT, Félix, “Estudio de Contextualización”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, p. 276.

una manera un tanto humillante en su primera misión diplomática en Francia lo que era depender del poder militar de otra potencia para poder hacer frente a sublevaciones.

Asimismo, contribuiría al equilibrio de la política interior porque la contratación de los *condottieri* siempre era objeto de incremento de las tensiones internas. El coste de su contratación se abonaba mediante la recaudación de impuestos y a través de préstamos de los ciudadanos más ricos. De manera que esta clase social más alta trataba por todos los medios de reducir estos gastos extraordinarios. Es por ello que Maquiavelo en la *Ordinanza* presta especial atención al aspecto financiero. Así pues, Maquiavelo para la elaboración de su proyecto llevó a cabo un estudio del aparato burocrático necesario para asegurar los pagos y, como los hombres reclutados sólo había de pagarles en tiempos de guerra y por los ejercicios de instrucción que se llevarían a cabo una o dos veces al mes, le pareció que bastaría con los impuestos ordinarios, sin necesidad de acudir a gastos extraordinarios.

El resultado sería un debilitamiento tanto de la dependencia de las clases adineradas -que eran contrarias al Soderini, gonfaloniero de la República- como de las fuerzas exteriores<sup>106</sup>.

Según la perspectiva de Maquiavelo, una vez que la milicia hubiera superado las primeras pruebas, serían claramente visibles las ventajas de la misma y se extendería la aplicación de la *Ordinanza* a la ciudad de Florencia y no solo a los núcleos rurales.

Fue tanto el interés de Maquiavelo en la organización de la milicia que él mismo se ocupó en ciertos núcleos de reclutar a los hombres, inspeccionó la instrucción e incluso fue él quien organizó el primer desfile militar en la *Piazza della Signoria* en Florencia.

Aunque en un principio esta milicia ciudadana obtuvo buenos resultados durante su participación en las últimas etapas del sitio de Pisa, con posterioridad sufriría una desastrosa derrota frente a Prato, al combatir contra las tropas del ejército imperial.

Pero ni siquiera esta derrota hizo desistir a Maquiavelo de su convicción acerca de las ventajas de una milicia ciudadana; aunque bien podría cuestionarse a Maquiavelo el no haberse suscitado el interrogante de si una de las causas de la caída del régimen republicano residiría en la derrota de la milicia por él creada. En cualquier caso, el interés personal de Maquiavelo superaba cualquier tipo de lamentación por sus acciones o por los errores cometidos, porque su objetivo fundamental era hallar el principio general aplicable.

---

<sup>106</sup> *Idem.*

Prueba de la confianza de Maquiavelo en la milicia ciudadana es que cuando llegó a escribir su *Arte de la guerra*, en 1521, dedicó pasajes de su último Libro a defender su concepto de una milicia ciudadana; según él, el plan había fracasado en la práctica tan solo porque no había recibido el apoyo adecuado: terminó afirmando que “el primer gobernante italiano” que llevara a cabo la ordenanza militar, “se convertirá, antes que cualquier otro, en señor de este país”<sup>107</sup>.

Maquiavelo construye su idea del reclutamiento en el contexto de una ciudad-Estado, como es su ciudad natal Florencia, con un servicio militar ocasional, es decir, a tiempo parcial, siguiendo el ejemplo de las antiguas repúblicas. Sin embargo, si hubiera procedido a un análisis menos limitado de lo que sucedía en su tiempo, hubiera podido observar que el afianzamiento del poder absoluto de los príncipes suponía una pista para advertir que los siglos posteriores probablemente estuvieran marcados por la existencia de ejércitos profesionales, cuyo capital humano estaría formado por profesionales de la guerra, a los que Maquiavelo precisamente despreciaba.

En lo que se refiere a la concreta organización del ejército, como ya hemos señalado, Maquiavelo plasma detalladamente su proyecto de reorganización en su libro *El Arte de la Guerra*, aunque realmente se trata de una descripción de las instituciones romanas, porque consideraba que los romanos habían alcanzado la grandeza de su imperio gracias a la disposición de su ejército, y en sus reflexiones trata de adecuar la técnica militar de los antiguos a su tiempo.

Asimismo, como había podido comprobar a través de la *Ordenanza* que una milicia ciudadana era factible, cree que es posible imitar el ejemplo de un ejército romano de tamaño moderado basado en el valor de la infantería; por ello ofrece una explicación detallada del sistema militar romano en este tratado militar. Cabe añadir que, en la realidad práctica de la guerra, los sistemas militares romanos tuvieron una fuerte influencia sobre el desarrollo moderno: así, la legión romana era el modelo al que tendían las reformas militares del *Cinquecentto*.

Sin embargo, no se trataba de que se reprodujeran literalmente las fuentes romanas, sino de deducir las leyes y principios de los acontecimientos acaecidos en la República romana y demostrar su aplicabilidad al presente, sobre la base de que la vieja Roma era la personificación de una república ideal. Es cierto que se trata de una idealización y que solo

---

<sup>107</sup> *El Arte de la Guerra*, Libro Séptimo, p. 246.

extrajo los hechos que le interesaban para su relato, pero también es cierto que en este proceso logró comprender los fundamentos básicos del orden militar<sup>108</sup>.

Un aspecto central para Maquiavelo es el momento de la batalla, que constituye el tema principal de su Libro Tercero, el núcleo central de su obra, en el que se recoge la descripción de una batalla ficticia. De hecho, la batalla será el elemento diferenciador con respecto a otros tratados similares, como es el caso de la obra “*De re militari*” de Vegetio, que supuso una gran influencia para Maquiavelo.

En los libros anteriores se aborda la elección de los hombres y su adiestramiento, el despliegue de los soldados en el campo de batalla, como introducción para la explicación de la acción militar, la batalla. Y en los libros posteriores sobreviene el tratamiento de temas que no tienen relación entre sí, pero sí para con la batalla, como las armas, el orden de marcha, el campamento, las fortificaciones y las líneas de mando. Para Maquiavelo la batalla es el fin al que debe desembocar un ejército. Así, en el Capítulo X, Libro III, de los *Discursos*, Maquiavelo recoge como una de las críticas de su tiempo que las repúblicas y los príncipes se han alejado del ejercicio de las acciones militares, que cuando entran en campaña militar se impone como consejo el huir del combate, al contrario de como procedían los antiguos<sup>109</sup>.

En la guerra siempre existen riesgos, por lo que las guerras deben hacerse de la manera más rápidamente posible y sólo a través de la batalla se puede tomar una decisión rápida. Asimismo, la batalla constituía el medio más directo para derrotar a un enemigo en la guerra, es decir, condiciona el resultado de la guerra, postulado que encaja con el significado que Maquiavelo otorga a la vida política: una lucha por la permanencia entre entidades en crecimiento y expansión. Para cerciorarse de una victoria en la batalla, el Estado tiene que emplear todas las fuerzas de que disponga. Asimismo, el desarrollo de la pólvora había provocado que las fortificaciones ya no resultaran tan útiles para la defensa, lo que constituía para Maquiavelo un argumento más para identificar la batalla como elemento central de la guerra<sup>110</sup>.

---

<sup>108</sup> Cfr. GILBERT, Félix, “Estudio de Contextualización”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, p. 299.

<sup>109</sup> *Discursos*, Libro III, X, pp. 362-366.

<sup>110</sup> Véase GILBERT, Félix, “Estudio de Contextualización”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, pp. 290-294.

Maquiavelo concibe la batalla como un procedimiento mecánico, donde cobraba importancia la instrucción previa de las tropas. Un buen ejército ha de ser “bien elegido, bien armado y bien ejercitado”<sup>111</sup>, aspecto este último que tiene que ver con la disciplina y el orden. Y no solo se refiere con ello a las tropas, sino también a los jefes militares. Una de las prácticas que señala como importantes en las instrucciones de los jefes militares es, además de “mantener a sus ejércitos bien organizados y adiestrados”, la caza, la cual es interesante porque proporciona conocimiento de la geografía propia y ajena, que, en el caso de las grandes luchas armadas, es de obligado entendimiento. A ello hace referencia en el Capítulo XIV de *El Príncipe*<sup>112</sup>. Otro aspecto fundamental es la lectura de las crónicas, “y examinar las acciones de los hombres eminentes, viendo cómo se han conducido en la guerra, estudiando las razones de su victoria y de sus derrotas a fin de que esté en condiciones de evitar las últimas e imitar las primeras”. Es decir, no se trata de imitar personajes sino de estudiar las razones técnicas y tácticas que les han llevado a sus victorias y derrotas. Va apareciendo así, ya en Maquiavelo, un “arte militar” de carácter objetivo, que comprende los aspectos técnicos y tácticos y que, en cierto modo, va desplazando a los aspectos morales, construyéndose sus propias reglas<sup>113</sup>.

La disciplina aparece representada como “el fundamento de un buen ejército”<sup>114</sup>, siendo de más utilidad que el valor o la fuerza: para mantener la integridad de un ejército y asegurar el éxito militar es necesario el orden, la disciplina y la instrucción, pues no se puede contar únicamente con el valor natural de los soldados. La importancia de la disciplina aparece constantemente remarcada en los *Discursos* y *El Príncipe*.

En cuanto a los soldados, el ejercicio tiene tres objetivos diferenciados: “en primer lugar, endurecer el cuerpo, acostumbrarlo a las incomodidades y proporcionarle agilidad y destreza; en segundo lugar, enseñar al soldado el manejo de las armas; y en tercer lugar aprender a formar en orden de marcha, combate y alojamiento”<sup>115</sup>.

Es de singular importancia la preparación física y el manejo de las armas para los soldados, pero mucho más importante es que aprendan a coordinar sus movimientos con los

---

<sup>111</sup> CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, p. 79.

<sup>112</sup> *El Príncipe*, XIV, p. 7.

<sup>113</sup> Véase, CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, pp. 80-81.

<sup>114</sup> GILBERT, Félix, “Estudio de Contextualización”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, p. 195.

<sup>115</sup> *El Arte de la Guerra*, Libro Segundo, p. 64.

de otros soldados. Este último aspecto es el que marca la diferencia entre un soldado renacentista y el guerrero medieval. Recordamos que la batalla medieval se caracterizaba por ser un compendio de combates individuales, pero en el caso de la batalla renacentista, encontramos dos grandes y disciplinados grupos armados que combaten por la victoria<sup>116</sup>. Podemos decir que el orden del ejército es de carácter matemático<sup>117</sup>. No basta con ordenar orgánicamente el ejército<sup>118</sup>, sino que hay que hacerlo moverse y combatir conjuntamente. En este sentido son claves “las maniobras conjuntas en tiempo de paz”, “haciéndola actuar como un ejército completo y haciéndolas maniobrar durante algunos días como si tuviera que librar una batalla”<sup>119</sup>.

De igual modo, este orden matemático tiene que estar presente en el ejército también cuando se aloja y acampa, no solo cuando combate. Los alojamientos pueden escogerse en base a una disyuntiva: optar por las condiciones o la naturaleza del sitio o bien utilizar el ingenio y la industria para hacerlo fuerte<sup>120</sup>. Maquiavelo recomienda imitar a los romanos, quienes “más que en el terreno, fiaban en su trabajo”, y adaptaban el terreno a sus necesidades en lugar de subordinarse a él, en contraposición a la práctica de los griegos<sup>121</sup>.

La nueva estructuración tanto orgánica como táctica de los ejércitos implicará un cambio sustancial en las virtudes militares que identificaban al buen soldado. El caballero medieval era bueno cuando demostraba iniciativa personal, valor en el combate, destreza con las armas, vergüenza para impedir que huyera de los enfrentamientos, y conocimiento para poder apreciar la oportunidad o no de emprender el combate. Por el contrario, en el caso del soldado renacentista, su valor reside en su capacidad de acomodarse dentro del funcionamiento del ejército, ocupando su puesto en la jerarquía de mando. Cada posición en la jerarquía militar va a tener su cometido: así, a los mandos superiores se les va a pedir inteligencia y conocimientos técnicos y tácticos, y que sepan ejercer su autoridad; al cuerpo de soldados se les va a exigir disciplina ciega y obediencia. De hecho, en los tratados militares

---

<sup>116</sup> Cfr. CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, p.82.

<sup>117</sup> *Ibidem*, p. 85.

<sup>118</sup> Los ejércitos se organizan en unidades militares más o menos homogéneas, constituidas por varios miles de hombres, que pueden tener diferentes nombres y que, a su vez, cada una de estas unidades se subdividen en unidades menores: las compañías.

<sup>119</sup> *El Arte de la Guerra*, Libro Segundo, p. 71. Maquiavelo está haciendo referencia a la “brigada”.

<sup>120</sup> Cfr. CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, p. 86.

<sup>121</sup> *El Arte del a Guerra*, Libro Sexto, p. 178.

renacentistas es fácil encontrar una clara diferencia entre las pautas que corresponden al capitán y las cualidades exigidas a los soldados<sup>122</sup>.

Asimismo, otro de los postulados de Maquiavelo consiste en que, para una correcta ejecución de la planificación de la batalla, el mando tiene que otorgarse a una única persona. Según Maquiavelo, el jefe militar debe ser, en el caso de un principado, el propio príncipe que “debe ir en persona con ellas y ejercer el oficio de jefe y capitán de las mismas”, y en el caso de una república, “se debe poner al frente de ellas a un ciudadano”<sup>123</sup>.

Esta cuestión también es tratada en el Capítulo XXXIII del Libro II de los *Discursos*, a través del modelo de los romanos, quienes colocaban todo el poder de decisión, en cuanto a la marcha de la guerra se refiere, en la figura del cónsul. El cónsul es quien conoce de primera mano las circunstancias en las que se encuentra el ejército y quien tiene la posibilidad de alcanzar la gloria en su proceder. Maquiavelo contrapone su ejemplo al modo de proceder de Florencia y Venecia en sus tiempos<sup>124</sup>.

Además, para garantizar la obediencia del ejército se requiere de severidad. En este sentido hay que apuntar que una de las originalidades del pensamiento de Maquiavelo es que cualidades que aparentemente no eran consideradas propias de un gobernante virtuoso, eran en realidad buenas y, una de ellas, es la crueldad, cuestión tratada en el famoso Capítulo XVII de *El Príncipe*.

En este capítulo Maquiavelo alega que todo príncipe debería “desear ser tenido” por clemente<sup>125</sup>; pero, a través del ejemplo de César Borgia<sup>126</sup> y en clara contraposición con el actuar del pueblo florentino, argumenta cómo es preferible usar la crueldad en un momento dado para “restablecer el orden y garantizar la unidad”<sup>127</sup>, a que, por parecer clemente y evitar

---

<sup>122</sup> CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, p. 87.

<sup>123</sup> *El Príncipe*, XII, p. 97

<sup>124</sup> Véase *Discursos*, Libro II, XXXIII, pp.309-313.

<sup>125</sup> *El Príncipe*, XVII, p. 114.

<sup>126</sup> Hace referencia al suceso ocurrido en diciembre de 1502 cuando al expresar el pueblo de la Romagna su oposición a los métodos opresivos empleados por Ramiro de Lorca, el lugarteniente de César Borgia, a pesar de que actuaba siguiendo las órdenes del duque valentino, Borgia ejecutó a su lugarteniente en Ímola.

<sup>127</sup> *El Príncipe*, XVII, pp. 114-115.

ser tenido por cruel, permitir los desórdenes, ya que los desórdenes perjudican a toda la comunidad y la crueldad perjudica a un individuo en concreto.

Pero Maquiavelo va más allá, y al plantear la controvertida cuestión del pensamiento político de si es mejor para un gobernante ser temido o ser amado, en caso de tener que optar por una de las dos, afirma que es mejor ser temido. Este principio político es especialmente adecuado para la guerra, porque cuando el gobernante se encuentra al frente de los ejércitos “no debe preocuparse de la fama para mantener al ejército unido”<sup>128</sup>.

En un ejército es necesario una sensación de vínculo que les invite a la acción de la guerra. Ante este interrogante Maquiavelo responde que es la necesidad y la desesperación por no ser derrotados, con las consecuencias que ello conlleva, lo que genera vínculo en el ejército.

Aparece aquí uno de los conceptos claves del pensamiento de Maquiavelo, el concepto de *necesitá*. La necesidad mantiene a los hombres dentro de un cierto orden dada su naturaleza, “los hombres están más inclinados al mal que al bien”<sup>129</sup>. Concibe la necesidad en la guerra como el arma más poderosa.

Sobre la necesidad de combatir que un capitán debe imponer a sus soldados, Maquiavelo dedica el Capítulo XII del Libro III de sus *Discursos*. La necesidad empuja a las acciones humanas a la gloria. Así, los capitanes deben conocer que para que sus soldados combatan con “obstinación”, deben inducir en ellas la necesidad e, igualmente, liberar a sus enemigos de ella<sup>130</sup>.

Tal obstinación, sobre todo en el caso de las repúblicas, nace del sentido propio de conservar el Estado y la libertad, y esa obstinación hace difícil la propia derrota o la conquista por parte del enemigo.

Junto a la obstinación, el sentimiento religioso es otro de los elementos determinantes en la participación de los ciudadanos en la guerra. En el Capítulo II del Libro II de los *Discursos*, Maquiavelo, tras poner de relieve el valor de la libertad y cómo su defensa enciende el ánimo de acción en los pueblos, denuncia que en tiempos antiguos se era “más amante de

---

<sup>128</sup> *Ibidem*, p. 117.

<sup>129</sup> *Discursos*, Libro I, IX, p. 82.

<sup>130</sup> *Discursos*, Libro III, XII, p. 369.

la libertad”<sup>131</sup> y encuentra la causa en la religión, concretamente en la distinta concepción de la religión.

La religión de su época valoraba por encima de todo la humildad y el rechazo por las cosas mundanas, a diferencia de los antiguos cuya religión estimaba la grandeza, la fuerza y la valentía, prueba de ello son las ceremonias religiosas en las que se enaltecía la ferocidad e influían en el fervor belicoso de los soldados.

No obstante, Maquiavelo consideraba compatible el catolicismo de su época con la defensa de la patria que veía tan necesaria; ello sería posible si la religión era interpretada según la virtud, entendiendo por tal la virtud maquiaveliana. Así lo expresa en el citado capítulo de los *Discursos*: “y, aunque parezca que el mundo se ha afeminado y el cielo se ha desarmado, sin duda ello nace más de la vileza de los hombres, que han interpretado nuestra religión según el ocio y no según la virtud. Porque, si consideraran que ella nos permite la exaltación y la defensa de la patria, verían que quiere que la amemos y la honremos, y que nos preparemos para ser tales que la podamos defender”<sup>132</sup>.

Además, también marca la diferencia en un ejército el que éste se encuentre contento. Así lo establece Maquiavelo al comienzo del Capítulo XLIII del Libro I de los *Discursos*, en el que habla del capital humano de los ejércitos, al arremeter de nuevo contra “la inutilidad de los soldados mercenarios”<sup>133</sup>, y alabar las cualidades que surgen en los soldados cuando son tus propios súbditos.

Maquiavelo declara que “podemos ver la diferencia que hay entre un ejército contento y otro que esté mal dispuesto”<sup>134</sup>, es decir, los ciudadanos combatirán con valentía y lealtad por su patria cuando estén satisfechos en la sociedad en la que viven. De nuevo, queda patente uno de los aspectos más revolucionarios de las tesis de Maquiavelo, la relación directa entre la milicia y la política.

También conviene dejar claro que hay cuestiones que integran su proyecto militar, y que aparecen desarrolladas en su libro *El Arte de la Guerra*, que trata desde un punto de vista teórico. Estamos hablando de aspectos tales como las tareas propias de los ingenieros, como la zapa, a la que no proporciona la debida especialización, y los servicios de

---

<sup>131</sup> *Discursos*, Libro II, II, p. 216.

<sup>132</sup> *Ibidem*, p. 217.

<sup>133</sup> *Discursos*, Libro I, XLIII, p. 160.

<sup>134</sup> *Idem*.

aprovisionamiento de los soldados en los que Maquiavelo introduce el ejemplo romano, reduciéndolos a pan y agua, eliminando “el lujo habitual” de los soldados<sup>135</sup>, sin tener en cuenta que en la práctica real muy probablemente hubiera ocasionado descontento y los consecuentes tumultos. En cuanto a la táctica militar, igualmente plasma el modelo de los antiguos, recreando una máquina de combate “teóricamente perfecta” que en la realidad o sobre el campo de batalla no puede funcionar, ya que no tiene en cuenta las circunstancias concretas de la acción.

Como hemos dicho, con su argumento militar, Maquiavelo lejos de atender a circunstancias particulares, pretende ofrecer unos principios generales y preceptos de validez absoluta. Maquiavelo concebía que era necesario una perspectiva general de la naturaleza de la guerra para poder estudiar cualquier problema particular.

Además, el proyecto de Maquiavelo estaba absolutamente influenciado por el mundo antiguo, mejor dicho, por lo que Maquiavelo entendía que identificaba al mundo antiguo, ya que Maquiavelo adapta a su concepción política tanto la historia del mundo antiguo como la realidad de su tiempo, de manera que las causas a las que atribuye la decadencia de la situación política en la que vive pueden debatirse.

En definitiva, el verdadero valor del planteamiento de Maquiavelo no se encuentra tanto en el plano técnico como en el estratégico, ya que la guerra aparece concebida como una relación de acciones coordinadas cuya única finalidad es la destrucción del enemigo, concepción que integra en su visión política. Para Maquiavelo la reforma militar constituía un hecho de Estado que tiene que ser dirigida por un poder fuerte, el cual, para mantener su fortaleza, requiere de disponer de un ejército eficaz.

---

<sup>135</sup> *El Arte de la Guerra*, Libro Quinto, pp. 165-166.

### 3.- RAZÓN DE ESTADO EN MAQUIAVELO

En primer lugar, hay que tener en cuenta que, a la hora de analizar la teoría de acción política en Maquiavelo, hay dos modelos a seguir: un modelo individualista de la estrategia y un modelo republicano de las razones colectivas.

La perspectiva más puramente estratégica de la acción política maquiaveliana ha sido construida por los movimientos maquiavélicos y antimachiavélicos. Aunque la comprensión estratégica de nuestro autor es inevitable, de ella hay que decir que en cierto modo resulta precaria para comprender la amplitud del pensamiento de Maquiavelo.

A través de un tratamiento estratégico y científico de la acción política, se ha atribuido a Maquiavelo una nueva concepción de la política. La clave estaría en hallar el modo eficaz para la consecución del fin político, estableciéndose una indiferencia entre los medios que se utilizan y el fin que se persigue.

En consonancia, la teoría de acción política de Maquiavelo consiste en desarrollar “estrategias lógicas capaces de producir resultados políticos”<sup>136</sup>.

Por otra parte, el modelo estratégico solo considera uno de los dos orígenes del pensamiento de Maquiavelo, su experiencia política, ignorando su estudio de los autores clásicos.

Por otro lado, el modelo republicano surge de tener en cuenta los dos orígenes de la obra de Maquiavelo, y concebir los ejemplos antiguos como una afirmación revolucionaria. Con ello nuestro autor trata de instaurar un saber sobre la fundación política que dé continuidad a lo heredado y de recuperar ciertas tradiciones republicanas de la conservación política<sup>137</sup>. Maquiavelo aspira a una sociedad civil garantista de la libertad de los ciudadanos, capaz de generar *virtù* a través de la colectividad y el conflicto.

Estamos ante una lectura republicana de la obra de Maquiavelo, la cual es realizada por autores como Pocock, Skinner, y Viroli.

Para Maquiavelo la mejor opción es un gobierno republicano de carácter popular, forma de gobierno que aparece defendida en los *Discursos*. Ahora bien, es cierto que

---

<sup>136</sup> DEL ÁGUILA, Rafael, “Modelos y estrategias del poder en Maquiavelo”, en RODRÍGUEZ ARAMAYO, Roberto – VILLACANAS BERLANGA, José Luis (Comps.), *La Herencia de Maquiavelo. Modernidad y voluntad de poder*, Madrid, FCE, 1999, p. 210.

<sup>137</sup> *Ibidem*, p. 222.

Maquiavelo hace referencia a un Estado absoluto, sobre todo en *El Príncipe*, pero esta posibilidad se encuentra reservada a los supuestos de creación o de reforma de un Estado deteriorado o corrompido, y en virtud de esa finalidad va a justificar el empleo de cualesquiera medios que le conduzcan a tal fin.

Es en este último punto donde su lectura republicana se acerca a una interpretación estratégica y que va a conceptualizar a Maquiavelo como uno de los primeros teóricos del Estado moderno y de la denominada “Razón de Estado”.

Como primera aproximación, podemos entender “Razón de Estado” como el conflicto entre las imposiciones políticas y morales.

Maquiavelo en ningún momento emplea el concepto de Estado ni la expresión “Razón de Estado”<sup>138</sup>.

Si bien y en consonancia con el modelo republicano, podemos decir que Maquiavelo sí que presta atención a este interrogante y su solución es la denominada “moral republicana”. Esta moral permite que, para defender y conservar la patria, y la libertad de los ciudadanos, se transgredan las normas moral habituales para garantizar la vida política, el “*vivere político*”<sup>139</sup>.

Para comprender la Razón de Estado tenemos que abordar el ya citado fenómeno del “maquiavelismo”. Esta corriente va a considerar a Maquiavelo como el notario del divorcio irreconciliable entre la esfera de la ética y la órbita política, y, como ya he mencionado, se va a desarrollar dentro de la interpretación estratégica de la teoría de Maquiavelo. Considero clave, a pesar de su dificultad, tratar de diferenciar entre el pensamiento político de Maquiavelo y el maquiavelismo. Las reglas del “maquiavelismo” proceden del ejercicio de la guerra y tendrán su reflejo en la vida política. Para determinar estas reglas voy a seguir la enumeración realizada por Jesús Luis Castillo Vegas en su artículo “Maquiavelo, el maquiavelismo y la razón de Estado”<sup>140</sup>.

1.- Una de las máximas del denominado “maquiavelismo” aparece definida bajo la expresión “el fin justifica los medios”, expresión que, aunque no aparezca reproducida como

---

<sup>138</sup> Será Guicciardini el primer autor en emplear la expresión “Razón de Estado” en uno de sus textos.

<sup>139</sup> CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “Maquiavelo, el maquiavelismo y la razón de Estado”, *Revista de Filosofía Peri*, v. 8, n. 2, Brasil, 2016, p. 7. Con la expresión “*vivere político*”, o de “*vivere libero*”, se hace referencia al gobierno republicano.

<sup>140</sup> CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “Maquiavelo, el maquiavelismo y la razón de Estado”, *Revista de Filosofía Peri*, pp. 2-6.

tal por Maquiavelo en sus obras, el concepto que la integra si se encuentra latente en muchos de sus capítulos. Así, está presente en el Capítulo XVIII de *El Príncipe*, cuando Maquiavelo expresa que cuando un príncipe trate “de vencer y conservar su Estado”, “los medios serán siempre juzgados honrosos”<sup>141</sup>. Lo que cuenta es el fin de las acciones del gobernante.

La expresión concreta que habitualmente se ha atribuido a Maquiavelo ha sido deducida de la siguiente frase del Capítulo IX, Libro I, de los *Discursos*, al hablar de que solo uno puede organizar o reformar un Estado: “sucede que, si lo acusa el hecho, el efecto lo excusa, y cuando el efecto es bueno como el de Rómulo siempre lo excusará”. Está haciendo referencia a que no puede censurarse a nadie por emprender una acción que es útil para un reino o para la constitución de una república. Pero en las traducciones posteriores se ha reducido a la expresión “el fin justifica los medios”, aunque los verbos que utiliza en yuxtaposición son “*accusare*” y “*scusare*”, es decir, “la acción misma acusa, pero su resultado excusa (antes que justifica) su desempeño”<sup>142</sup>.

Implica que la actuación del príncipe sea valorada por sus resultados, de manera que, si alcanza el éxito, no se entra a valorar la justificación de los medios empleados, aunque transgreda la moralidad de su tiempo.

También, en el Capítulo XVI de *El Príncipe*, “De la liberalidad a la parsimonia”, Maquiavelo defiende que es beneficioso que un príncipe sea tildado de tacaño y no de liberal cuando así no se ve obligado a gravar a sus súbditos y por ende no será despreciado ni odiado<sup>143</sup>; porque si quiere ser poseedor de la cualidad de liberalidad, no deberá limitarse a emplear toda su riqueza, lo que supondrá un incremento de los gravámenes impuestos al pueblo, es decir, hacer todo lo posible por conseguir dinero.

Igualmente, es el caso del Capítulo III de *El Príncipe*, “De los principados mixtos”, que al exponer el supuesto de “Estados que al adquirirlos se añaden a un Estado antiguo del que los adquiere”<sup>144</sup> y que son del mismo país y de la misma lengua, para conservarlo Maquiavelo considera como requisito inevitable eliminar a la familia del anterior príncipe, porque será la única manera de formar una unidad de principados. Para Maquiavelo la

---

<sup>141</sup> *El Príncipe*, XVIII, p. 121.

<sup>142</sup> SKINNER, Quentin, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, p. 234. El paréntesis es mío.

<sup>143</sup> Véase *El Príncipe*, XVI, pp. 111-114.

<sup>144</sup> *El Príncipe*, III, p. 51.

defensa de la patria y de la libertad permite “cualquier modo” y no “se debe cuidar ninguna consideración de justicia o injusticia, piedad o crueldad, elogio o ignominia”<sup>145</sup>.

2.- En segundo lugar, tenemos “la primacía de la Razón de Estado”<sup>146</sup>. La idea de Razón de Estado implica concebir a la política como una realidad en sí misma, que puede ser objeto de estudio y de ciencia de acuerdo a presupuestos racionales. Es decir, estamos ante la autonomía de la política, que se independiza de la ética y “se convierte en una técnica de adquisición, conservación o incremento del poder en el Estado y entre los Estados” y se enjuicia desde “la lógica interna de la adecuación de los medios al fin”<sup>147</sup>. El Estado se construye de acuerdo a sus propias valoraciones cuya ley suprema es la de la conservación del Estado. Así lo pone de manifiesto Maquiavelo en el Capítulo XLI, Libro III, de los *Discursos* “cuando se decide toda la salvación de la patria no se debe cuidar ninguna consideración de justicia o injusticia, piedad o crueldad, elogio o ignominia, sino que, dejado de lado todo respeto, debe seguirse totalmente la decisión que salve su vida y mantenga su libertad”<sup>148</sup>.

3.- La religión, que es concebida como un instrumento al servicio del Estado. Así, en el Capítulo XVIII de *El Príncipe*, Maquiavelo afirma que un príncipe, y más aún cuando se trata de un príncipe nuevo, en ocasiones, para conservar su Estado, puede que se vea compelido a actuar en contra de la religión<sup>149</sup>. La religión sirve al Estado por su funcionalidad, y un gobernante se apoyará en ella, independientemente de sus creencias, si ésta le resulta útil. Por su parte, Maquiavelo no condena la religión, sino que la considera parte indispensable de su concepción política; es un elemento más del Estado, involucrado en la educación de los ciudadanos. Maquiavelo a lo que sí ataca es al cristianismo, en cuanto que esa religión había priorizado valores como la humildad en lugar de la fuerza, y había hecho a los hombres débiles en lugar de valientes, y también a la iglesia romana a quien acusa de impedir la existencia de una Italia unificada. “El cristianismo tiende a debilitar al ciudadano y a disociarlo a la vez del ciudadano, al ensalzar la humildad, la contemplación y el desprecio

---

<sup>145</sup> *Discursos*, Libro III, XLV, pp. 438-439.

<sup>146</sup> CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “Maquiavelo, el maquiavelismo y la razón de Estado”, *Revista de Filosofía Peri*, p. 2.

<sup>147</sup> TRUYOL, Antonio, “Maquiavelo. (En el centenario de Maquiavelo)”, *Revista de Occidente*, p. 271.

<sup>148</sup> *Discursos*, Libro III, p. 438.

<sup>149</sup> *El Príncipe*, XVIII, pp. 120-121.

de las cosas humanas, contraponiendo las exigencias propias de su credo a las del Estado”<sup>150</sup>, al menos esa era en opinión de Maquiavelo la interpretación que se le había dado. La religión es para Maquiavelo un *instrumentum regni*. El gobernante puede renunciar a la moral común en aras del beneficio económico, pero “el pueblo en cambio resulta ingobernable sin el imperio de una moral que, dotada de sanciones religiosas, opere en el mismo sentido que la coacción estatal para contener la inclinación humana al desorden”<sup>151</sup>.

4.- El *disimulo* y el *engaño*, “la justificación de la mentira”<sup>152</sup>. En la tesis de Maquiavelo ocupa un espacio importante la disimulación, de la cual se derivan otros conceptos claves en Maquiavelo como el engaño o el incumplimiento de las promesas.

En el supuesto del hecho concreto que es la realidad política, Maquiavelo deja a un lado las consideraciones morales y simplemente atiende a la eficacia en el modo de proceder. Se da por supuesto que sería preferible actuar de manera honrada y con fidelidad a la palabra dada, pero, en el juego de la política, los sujetos “hipotecan” su moralidad en pro de la consecución de sus objetivos<sup>153</sup>.

Para Maquiavelo, en la política, todo “tratado” o alianza tiene valor en cuanto a las posibilidades e intereses del Estado. Así, y aunque sea un tanto contradictorio, en el Capítulo XLII, Libro III, de los *Discursos*, se dice que “no solamente no se respetan entre los príncipes las promesas forzadas cuando les falta la fuerza, sino que no se observan tampoco las otras promesas cuando faltan las causas que les hicieron prometer”<sup>154</sup>.

En la obra de Maquiavelo, el concepto del engaño se relaciona con la actuación del príncipe como león y zorra. Maquiavelo explica la cuestión en el Capítulo XVIII de *El Príncipe*, titulado “De qué modo han de guardar los príncipes la palabra dada”. En resumidas cuentas, Maquiavelo defiende que el gobernante tiene que saber actuar como “hombre”, propiamente a través de las leyes, y como “bestia”, mediante el empleo de la fuerza; es decir, debe saber utilizar correctamente la bestia y el hombre que lleva dentro de sí, conjugando

---

<sup>150</sup> TRUYOL, Antonio, “Maquiavelo. (En el centenario de Maquiavelo)”, *Revista de Occidente*, p. 274.

<sup>151</sup> *Idem*.

<sup>152</sup> CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “Maquiavelo, el maquiavelismo y la razón de Estado”, *Revista de Filosofía Perí*, p. 3.

<sup>153</sup> R. ARAMAYO, Roberto, “De Maquiavelo al maquiavelismo: el divorcio entre la moral y lo político”, en RODRÍGUEZ ARAMAYO, Roberto – VILLACañAS BERLANGA, José Luis (Comps.), *La Herencia de Maquiavelo. Modernidad y voluntad de poder*, Madrid, FCE, 1999, p. 62.

<sup>154</sup> *Discursos*, Libro III, XLII, p. 440.

astucia y fiereza según convenga. Y en cuanto a qué “bestia” debe imitar, Maquiavelo considera que debe elegir de entre ellas a la zorra y al león, haciendo referencia a su astucia, engaño y a su valentía, respectivamente. “Esta naturaleza” debe ser completada con la simulación y disimulación. Porque siguiendo la máxima de que lo principal es conservar el Estado, para ello muchas veces hay que actuar de manera contraria a “la fe, (...) la caridad, (...) la humanidad, (...) la religión”<sup>155</sup>. La referencia a la “zorra y el león” también está presente en el Capítulo XIX, al referirse a Séptimo Severo, quien supo utilizar adecuadamente estas cualidades como príncipe nuevo<sup>156</sup>.

Frente al espejo de príncipes de la tradición medieval, basado en las virtudes cristianas, y que había sido continuado por los humanistas cristianos del Renacimiento, Maquiavelo sienta la base para un nuevo espejo de príncipes cuyo arquetipo es la unión entre la astucia de la zorra y la fuerza del león<sup>157</sup>.

Por consiguiente, si lo requieren las exigencias políticas, el príncipe “no puede, ni debe, mantener la palabra dada”<sup>158</sup>, cuestión que también justifica por el hecho de la naturaleza malvada de los hombres. Más que el que un gobernante posea buenas cualidades, Maquiavelo valora que parezca que las posee, simulando que dispone de ellas. También, un gobernante si puede no debe alejarse del bien, pero en cualquier caso tiene que “saber entrar en el mal”<sup>159</sup>. La práctica del engaño aparece defendida como práctica útil en la guerra constantemente en su libro *El Arte de la Guerra*. Maquiavelo afirma que “a veces, para engañar al enemigo resulta útil cambiar algún hábito fijo, porque al guiarse por él cae en la trampa”<sup>160</sup>. El príncipe nunca debe desvelar sus pretensiones, de ahí que se conecte la disimulación con el secreto.

No hay que olvidar que la concepción maquiaveliana de la política es naturalista, en el sentido de que observa el mundo político como en realidad es, y no como desearíamos que fuera<sup>161</sup>. La realidad está política sometida a una serie de leyes para poder intervenir sobre

---

<sup>155</sup> *El Príncipe*, XVIII, p. 120-121.

<sup>156</sup> *El Príncipe*, XIX, p. 185.

<sup>157</sup> TRUYOL, Antonio, “Maquiavelo. (En el centenario de Maquiavelo)”, *Revista de Occidente*, p. 272.

<sup>158</sup> *El Príncipe*, XVIII, p. 120.

<sup>159</sup> *Ibidem*, p. 121.

<sup>160</sup> *El Arte de la Guerra*, Libro Séptimo, p. 208.

<sup>161</sup> TRUYOL, Antonio, “Maquiavelo. (En el centenario de Maquiavelo)”, *Revista de Occidente*, p. 269.

ella en lo que se pueda. Se asemeja a un relato de los acontecimientos, sometidos a una serie de leyes ya escritas y sobre el que no cabe juicio alguno de valor.

Para Maquiavelo, la naturaleza de los hombres, una vez hayan sido seducidos por el poder, les conduce al engaño, la hipocresía y la infidelidad. Ante este panorama, introducir normas de conducta morales supondrá el fracaso, porque Maquiavelo pretende describir la verdad de la realidad, y no un imaginario. Así, afirma que “hay tanta distancia de cómo se vive a cómo se debería vivir, que quien deja a un lado lo que se hace por lo que se debería hacer aprende antes su ruina que su preservación: porque un hombre que quiera hacer en todos los puntos profesión de bueno labrará necesariamente su ruina entre tantos que no lo son”<sup>162</sup>. De ahí que el príncipe tenga que aprender a no ser bueno.

De hecho, sobre todo en *El Príncipe*, podemos encontrar toda una serie de máximas que tienen como objetivo adiestrar a los gobernantes con respecto a la inocencia e ingenuidad: “a los hombres se les ha de mimar o aplastar, pues se vengan de las ofensas ligeras, ya que de las graves no pueden; la afrenta que se hace a un hombre debe ser, por lo tanto, tal que no haga temer su venganza”<sup>163</sup>; “quien cree que nuevas recompensas hacen olvidar a los hombres las viejas injusticias de que han sido víctimas, se engaña”<sup>164</sup>; “no puede haber buenas leyes, donde no hay buenas armas y donde hay buenas armas siempre hay buenas leyes”<sup>165</sup>.

No se trata de sustituir con el arte del engaño la ética, pero hay que atenerse a la realidad y a ser conscientes de que las consideraciones morales no son una máxima de la política, y que seguirlas a raja tabla podría situarnos en una situación de desventaja. Maquiavelo pretende dar a conocer estas reglas del juego para saber evitarlas o seguirlas cuando así lo requieran las circunstancias.

5.- Ante la habitual controversia de qué es mejor para un gobernante, si ser amado o ser temido, Maquiavelo, en su Capítulo XVII de *El Príncipe*, responde que, ante la imposibilidad de poseer ambas cualidades, es preferible ser temido, dado que los hombres

---

<sup>162</sup> *El Príncipe*, XV, p. 110.

<sup>163</sup> *El Príncipe*, III, p. 53.

<sup>164</sup> *El Príncipe*, VII, p. 78.

<sup>165</sup> *El Príncipe*, XII, p. 95.

dudan más en hacer daño a quien se hace temer, y que un príncipe, aunque sea temido puede no ser odiado<sup>166</sup>.

6.- La independencia del príncipe con respecto a la opinión de sus consejeros. En el Capítulo XXII de *El Príncipe* se hace referencia a la autoridad del príncipe, pues debe ser él quien pida los consejos y adopte la decisión final, independientemente de esos consejos. Por su parte, los consejeros, tienen como deber mostrar la verdad en sus consejos y proporcionarlos únicamente cuando sean solicitados por el príncipe<sup>167</sup>. Dado que los consejeros y amigos son las personas más cercanas a la figura del príncipe, éste debe conservar su fidelidad, a través de la recompensa con honores y la participación en responsabilidades.

7.- El príncipe promueve la división de los súbditos. El príncipe maquiavélico es aquel que teme a sus súbditos y por ello se opone a que sea un pueblo armado. Claramente este punto es contrario a la verdadera opinión de Maquiavelo quien como sabemos abogaba por una milicia ciudadana; de hecho, esta máxima ha sido atribuida a Maquiavelo por parte de los autores antimachiavélicos por claro desconocimiento de su pensamiento<sup>168</sup>. En el Capítulo XX de *El Príncipe* afirma que si desarmas a tus súbditos “comienzas a ofenderlos” y “te acarreará su odio”<sup>169</sup>. Siguiendo el mismo texto, considera que “las ciudades divididas se pierden rápidamente cuando el enemigo se acerca, porque la facción más débil se adherirá siempre a las fuerzas extranjeras y la otra no podrá resistir”<sup>170</sup>. Para Maquiavelo la mejor forma de defensa es la unidad y la política de gobernar mediante divisiones es “falaz” como dirá en ese mismo capítulo, sobre todo en caso de guerra, ya que solo muestra la debilidad del Estado. También, como expresará en sus *Discursos*, Libro II, Capítulo XXV<sup>171</sup>, las causas de unión de los pueblos son “el miedo y la guerra”.

Asimismo, hay que hacer referencia a su Capítulo XXVII, Libro III, de los *Discursos* titulado “Cómo hacer para reunificar una ciudad dividida, y cómo no es cierta la opinión de que resulta necesario mantener divididas las ciudades para conservarlas ” en el que se defiende

---

<sup>166</sup> *El Príncipe*, XVII, p. 116.

<sup>167</sup> *El Príncipe*, XXII, pp. 146-149.

<sup>168</sup> Cfr. CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “Maquiavelo, el maquiavelismo y la razón de Estado”, *Revista de Filosofía Peri*, p. 4.

<sup>169</sup> *El Príncipe*, XX, p. 135.

<sup>170</sup> *Ibidem*, p. 136.

<sup>171</sup> *Discursos*, Libro II, XV, p. 293.

que mantener la amistad entre las dos facciones es un imposible, y el descontento de una facción, en cuanto sobrevengan tiempos de guerra, ello supondrá la pérdida de la ciudad. Además, cada facción trata de obtener beneficio para sí misma causando corrupción, y si tu favoreces a una u otra parte causarás aún más división en tu república<sup>172</sup>. Ahora bien, lo que defiende Maquiavelo es que puede que tales divisiones pueden ser beneficiosas en tiempos de paz<sup>173</sup>. Así, se ha apreciado la insistencia teórica de Maquiavelo en el papel productor de orden de los conflictos sociales<sup>174</sup>.

La existencia de grupos internos favorece la libertad de un gobierno a través de su participación en la elaboración de las leyes; de este modo, la República perfecta de Roma depende de este sabio y moderado uso de las tensiones entre la plebe y el Senado. Maquiavelo, en el Capítulo IV del Libro I de los *Discursos* sitúa los tumultos sucedidos en Roma como “la primera causa de su libertad”<sup>175</sup>, pero sobre la base de un gobierno en el que hay buena milicia y por tanto buena organización. Afirma que podemos encontrar en las repúblicas dos humores distintos que son el pueblo y los poderosos y que las leyes que favorecen la libertad nacen precisamente de esa desunión. Considera la existencia de bandos como un medio que tiene el pueblo para “desahogar sus deseos”<sup>176</sup>, y que tales deseos, si proceden de un pueblo libre, siempre serán de provecho.

8.- La conveniencia de la crueldad en determinadas ocasiones. Un príncipe “debe desear ser tenido por clemente” pero la crueldad es necesaria para restaurar la unidad, sobre todo cuando se establece un nuevo Estado o cuando se encuentra al mando de una multitud de soldados y necesita hacerse respetar<sup>177</sup>. Por otra parte, las medidas crueles deben ser aplicados a través de otros, para protegerse del odio que le puedan acarrear<sup>178</sup>.

---

<sup>172</sup> *Discursos*, Libro III, XXVII, p. 404. En todos estos capítulos pondrá como ejemplo de referencia a la ciudad de Pistoia, ciudad bajo dominio florentino que se encontraba dividida, y los antiguos sabios de Florencia había considerado beneficioso mantener a Pistoia con sus facciones.

<sup>173</sup> Véase *El Príncipe*, XX, pp. 134-140.

<sup>174</sup> VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis, “Excepcionalidad y modernidad: príncipe nuovo y vivere político”, en RODRÍGUEZ ARAMAYO, Roberto – VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis (Comps.), *La Herencia de Maquiavelo. Modernidad y voluntad de poder*, p. 22.

<sup>175</sup> *Discursos*, Libro I, IV, p. 63

<sup>176</sup> *Ibidem*, p. 64.

<sup>177</sup> *El Príncipe*, XVII, p. 114.

<sup>178</sup> *El Príncipe*, XIX, p. 126.

A pesar de que esta justificación de la crueldad que plasma Maquiavelo en sus obras es relacionada por muchos como parte de su oposición al uso de vías intermedias, lo cierto es que para Maquiavelo el uso de la violencia debe ser racional y debe ser empleada en la cantidad precisa. Pero también es cierto que el príncipe nuevo no debe temer usar medios crueles para la creación de la república o para restaurarla de la corrupción a la que se ve sometida; esto último encaja con una interpretación republicana del pensamiento de Maquiavelo.

En esta línea, en el Capítulo VIII de *El Príncipe*, se hace alusión al buen y mal uso de la crueldad: así, la crueldad está bien usada cuando “se hace de una sola vez y de golpe, por la necesidad de asegurarse”<sup>179</sup>.

9.- El príncipe debe evitar toda alianza con alguien más poderoso que él para atacar a otros, porque en caso de victoria te convertirás en su prisionero<sup>180</sup>. Ello supondría engrandecer el poder de otro príncipe y conllevaría la propia ruina. Por ello, las alianzas se deben procurar hacer a través de la defensa de otros Estados más débiles.

10.- Y, por último, la guerra como realidad inevitable para un Estado, a diferencia del pensamiento del resto de la literatura de su época, los llamados “Espejos para príncipes”<sup>181</sup>.

Es cierto que varias de las ideas que integran el maquiavelismo están presentes en las obras de Maquiavelo, sobre todo en *El Príncipe*. Pero si entendemos el maquiavelismo como alcanzar, con cualesquiera medios y cualesquiera que sean los fines, el “éxito”, el pensamiento de Maquiavelo no es maquiavélico. Y esto es así porque para Maquiavelo importa un único fin que es la república, la libertad, y los medios que te conduzcan a la gloria. Es cierto que el empleo de “malos medios” aparece justificado cuando el fin es la conservación o creación de un Estado, cuando está en juego la libertad, pero los medios siguen siendo malos y no acarrearán gloria alguna. De hecho, *El Príncipe* está plagado de referencias a la figura de Agátocles, tirano de Siracusa, quien alcanzó el poder y sus conquistas por medio de actos crueles. Maquiavelo se refiere al mismo en el Capítulo VIII de *El Príncipe*, donde afirma que “no es posible llamar virtud a exterminar a sus ciudadanos, traicionar a los amigos, carecer de palabra, de respeto, de religión. Tales medios pueden hacer conseguir poder, pero no

---

<sup>179</sup> *El Príncipe*, VIII, p. 83.

<sup>180</sup> *El Príncipe*, XXI, p. 143.

<sup>181</sup> Véase CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “Maquiavelo, el maquiavelismo y la razón de Estado”, *Revista de Filosofía Peri*, p. 6.

gloria”. Agátocles ha podido “vencer los peligros” y “superar adversidades”, pero, “su feroz crueldad e inhumanidad, sus infinitas maldades, no permiten que sea celebrado entre los hombres más nobles y eminentes”<sup>182</sup>.

Asimismo, las referencias maquiavélicas que encontramos en los escritos de Maquiavelo no son propias y únicas del mismo.

La interpretación de carácter estratégico del pensamiento de Maquiavelo no carece de argumentos, pero es solo una de las muchas posibles. Asimismo, hay aspectos de su pensamiento político que no encajan en el modelo estratégico: Maquiavelo ansiaba un gobierno republicano, garantista de la libertad de los ciudadanos, confiando en la virtud, educación y participación de los mismos.

También es posible entender la teoría de acción de Maquiavelo desde la perspectiva de que su obra responde a la época en la que vive. Así, su pensamiento no sería considerado maquiavélico, sino que obedece a la descripción de un contexto histórico caracterizado por la fragmentación de Italia. “Según Herder es el pensador que corresponde al Renacimiento”<sup>183</sup>. Pero esta idea hay que incluir que Maquiavelo configura una solución a cada uno de los problemas que extrae de su realidad.

Conviene añadir que lo que tradicionalmente se ha considerado, esto es, a Maquiavelo como padre de la Razón de Estado, no se relaciona tanto con el pensamiento de Maquiavelo sino con el maquiavelismo. Como consecuencia, adquiere relevancia la tesis de que se trata de un concepto con múltiples significados cuyo origen se sitúa en la reacción barroca a Maquiavelo<sup>184</sup>.

Por otra parte, con respecto a las máximas maquiavélicas que se encuentran presentes en *El Príncipe*, y que en cierto modo suponen una aproximación a la interpretación estratégica del poder, considero que Maquiavelo únicamente trataba de responder a la cuestión de cómo un príncipe se puede mantener en el poder frente a las aspiraciones internas y externas, pero

---

<sup>182</sup> *El Príncipe*, VIII, pp. 80-81.

<sup>183</sup> Cfr. CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “Maquiavelo, el maquiavelismo y la razón de Estado”, *Revista de Filosofía Perí*, p.11.

<sup>184</sup> CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad. Concepciones de la Política en la España Moderna*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 2000, p. 70.

no cuestiona si el príncipe como hombre debiera tener dicho objetivo, es decir, no juzga la moralidad inherente a si debería o no mantenerse en el poder a toda costa. Dentro del juego de la política, es una realidad la violación de las leyes morales, pero esa violación no se justifica por su necesidad, y ello no quiere decir que Maquiavelo tratara de oprimir los valores morales en pro de cultivar los valores políticos<sup>185</sup>.

Maquiavelo, como resultado de su experiencia política y diplomática, había podido contemplar ese juego de la política y observar sus reglas, las cuales eran el engaño, la traición y el fraude. Ante esta realidad, Maquiavelo no busca cambiar estas reglas sino hallar el camino para alcanzar la victoria en ese juego.

La política se convierte en un arte y una ciencia y ello se debe también a la inmutabilidad de la naturaleza humana. Así, como las reacciones de los hombres son previsibles, se pueden adoptar las medidas adecuadas para cada situación basándose en la experiencia<sup>186</sup>. Al respecto hay que señalar el Capítulo XLIII, Libro III, *Discursos*: “todas las cosas del mundo, en todo tiempo, tienen su propia correspondencia con los tiempos antiguos. Y esto sucede porque, siendo ellas obra de los hombres, que tienen y tuvieron siempre las mismas pasiones, necesariamente producirán los mismos efectos”<sup>187</sup>. Con el arte de la política se puede frenar a los hombres cuando comienzan a corromperse, valiéndose de las pasiones propias de los hombres.

Uno de los argumentos que se ha utilizado para achacar a Maquiavelo su desprecio por la moralidad ha sido atribuir a Maquiavelo la figura de César Borgia como su principal referente, quien, con sus actos, se había separado notablemente de la moralidad de su tiempo. Maquiavelo lo que destaca del duque valentino y, lo que realmente le interesa, es su capacidad para operar en el mundo político y conseguir sus objetivos, aunque, también destaca que su poder deriva, en parte, de su buena fortuna. Otros autores, como Rafael del Águila, han desenterrado a la figura de Lucio Junio Bruto como persona que encarnaría en mayor medida los ideales de la teoría política maquiaveliana. Maquiavelo hace referencia a Bruto en sus *Discursos*, en el Libro III, Capítulo II, donde afirma a su inicio que “nunca hubo nadie tan prudente ni estimado tan sabio por algún egregio acto como merece serlo Junio Bruto en su

---

<sup>185</sup> R. ARAMAYO, Roberto, “De Maquiavelo al maquiavelismo: el divorcio entre la moral y lo político”, en RODRÍGUEZ ARAMAYO, Roberto – VILLACANAS BERLANGA, José Luis (Comps.), *La Herencia de Maquiavelo. Modernidad y voluntad de poder*, pp. 53-54.

<sup>186</sup> TRUYOL, Antonio, “Maquiavelo. (En el centenario de Maquiavelo)”, *Revista de Occidente*, p. 273.

<sup>187</sup> *Discursos*, Libro III, XLIII, p. 440.

simulación de la locura”<sup>188</sup>. También aparece este personaje en el Capítulo III, titulado “Cómo fue necesario matar a los hijos de Bruto para mantener una libertad apenas conquistada”<sup>189</sup>. En ambos casos es alabado su capacidad para moverse en el mundo de la política. En cualquier caso, sí que es cierto que Maquiavelo en *El Príncipe* presenta a César Borgia como prototipo de príncipe nuevo, por su valentía, ya que el arrojo era uno de los valores preferidos por Maquiavelo y necesario para torear a la Fortuna, “vale más ser impetuoso que precavido porque la fortuna es mujer y es necesario, si se quiere tenerla sumisa, castigarla y golpearla. Y se ve que se deja someter antes por éstos que por quienes proceden fríamente”<sup>190</sup>. Incluso le disculpa el no haber sabido salvarse de la mala fortuna, pues en el Capítulo VII de *El Príncipe* establece que al irse la fortuna perdió el Estado “a pesar de haber recurrido a todo tipo de medios y haber hecho todas aquellas cosas que un hombre prudente y virtuoso debía hacer”<sup>191</sup>. Es consecuencia de quedarse sin la protección de su padre, el papa Alejandro VI, la posterior elección como papa de Julio II, uno de sus mayores enemigos y, finalmente, su debilitamiento y posterior muerte a causa de una enfermedad. Pero en general, César Borgia aparece retratado como un príncipe virtuoso. El príncipe virtuoso, desde la perspectiva maquiaveliana, aparece descrito por Skinner en su libro *Maquiavelo*, según el cual “la característica que define a un príncipe verdaderamente virtuoso debe ser la disposición a hacer siempre lo que la necesidad dicta, sea mala o virtuosa la acción resultante, con el fin de alcanzar sus fines más altos”<sup>192</sup>. César Borgia será ejemplo de la *virtù* heroica que combate contra la Fortuna<sup>193</sup>. Pero en ocasiones la Fortuna impone su decisión, por lo que, si una conducta no permite frenar los sucesos propios de las cosas humanas, se ha de justificar a su ejecutor. La Fortuna en cierto modo tiene que forzarse. Por eso Maquiavelo la compara con una mujer a la que hay que tratar mal para doblegarla<sup>194</sup>.

Maquiavelo comprueba que en la esfera de la política las reglas son otras distintas a las normas de la esfera moral. En lo que al poder se refiere lo importante es la efectividad, de ahí que se valore en un político su capacidad para adaptarse a las exigencias del juego

---

<sup>188</sup> *Discursos*, Libro III, II, p. 326.

<sup>189</sup> *Discursos*, Libro III, III, p. 328-329.

<sup>190</sup> *El Príncipe*, XXV, p. 155.

<sup>191</sup> *El Príncipe*, VII, p. 71.

<sup>192</sup> Véase SKINNER, Quentin, *Maquiavelo*, pp. 76-88.

<sup>193</sup> Cfr. TRUYOL, Antonio, “Maquiavelo. (En el centenario de Maquiavelo)”, *Revista de Occidente*, p. 275.

<sup>194</sup> *El Príncipe*, XXV, p. 155.

político. Así lo afirma en el Capítulo XXV de *El Príncipe* dedicado al impacto de la fortuna, donde llega a decir que “prospera aquel que armoniza su modo de proceder con la condición de los tiempos y que, paralelamente, decae aquel cuya conducta entra en contradicción con ellos”<sup>195</sup>; y de igual modo, en el Capítulo IX, Libro III, de los *Discursos*, titulado “De la necesidad de cambiar con los tiempos, si se quiere tener buena fortuna”, donde ratifica que “yerra menos y tiene la fortuna próspera quien se ajusta con su proceder al tiempo”<sup>196</sup>. Aquí también se encuentra un punto en el cual explica el porqué es preferible una república a un principado ya que “una república tiene vida más larga y también más larga buena fortuna que un principado, porque puede acomodarse mejor a la diversidad de las circunstancias y por la diversidad de sus ciudadanos, y no un príncipe”<sup>197</sup>.

Continuando con el conflicto de la Razón de Estado, siguiendo a Rafael del Águila, se formulan varias propuestas al respecto, entendiendo por Razón de Estado, como ya hemos señalado, la lucha entre la ética y la política<sup>198</sup>. Entre ellas me llama la atención la solución realista que implica avalar cualquier conducta, aunque sea inmoral, para salvaguardar la libertad del Estado.

Esta solución es la que generalmente se ha atribuido a Maquiavelo y más concretamente al maquiavelismo. La prioridad es la seguridad y la conservación del Estado, por encima de la justicia y de la legalidad, es decir, la política como realidad autónoma primaria sobre la ética. “Si no se puede convertir a la ética (...) prevaleciente en la más efectiva forma de gestionar la política, siempre podemos transvalorar aquella ética para adaptarla a las necesidades políticas prevalecientes”<sup>199</sup>. A pesar de que nuestro autor, Maquiavelo, no es “maquiavélico”, sí que se identifica con esta solución. En este sentido, la guerra es un requisito ineludible, de hecho, legitima la guerra solo porque es necesaria<sup>200</sup>.

En definitiva, el considerar a Maquiavelo o no un autor maquiavélico es una cuestión sometida a continuo debate, y como todo debate ha pasado por diversos momentos.

---

<sup>195</sup> *Ibidem*, pp. 152-153.

<sup>196</sup> *Discursos*, Libro III, IX, p. 360.

<sup>197</sup> *Ibidem*, pp. 360-361.

<sup>198</sup> Véase DEL ÁGUILA TEJERINA, Rafael, *La Razón de Estado y sus vínculos con la ética política*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado, 1998, 2, pp. 67-86.

<sup>199</sup> *Ibidem*, p. 69.

<sup>200</sup> *El Príncipe*, XXVI, pp. 155-160.

Hay que preguntarse cuando surgen las tesis maquiavélicas y antimachiavélicas en España: será a partir de 1557 cuando las obras de Maquiavelo se incluyan en el *Índice de libros prohibidos*<sup>201</sup>. El rechazo de sus obras fue confirmado en 1564 en el Concilio de Trento, momento a partir del cual el nombre de Maquiavelo quedará vinculado al “maquiavelismo”. La expresión “maquiavélico” será considerada un insulto<sup>202</sup>.

Será la Compañía de Jesús quien encabece en buena parte la reacción antimachiavélica, y serán los jesuitas quienes logren la inclusión de las obras de Maquiavelo en el *Índice*<sup>203</sup>.

Por tanto, es en el clima de la Contrarreforma, cuando a las tesis de Maquiavelo se les aplicará el calificativo de “maquiavélico”, a pesar de que no siempre se corresponderán con el verdadero pensamiento de Maquiavelo.

Ahora bien, en muchos casos la oposición a Maquiavelo era más aparente que real, porque muchas de sus máximas eran coincidentes con la de los autores antimachiavélicos, por lo que sus detractores tuvieron que reconocer la existencia de una doble Razón de Estado<sup>204</sup>.

Por tanto, hay dos tipos de Razones de Estado: Una falsa Razón de Estado, que habría sido justificada por Maquiavelo, fundamentada en la idea de conservar el poder a través de cualquier medio, basada en el temor, astucia, desunión de los súbditos y pobreza; y, en contraste, se configura una buena Razón de Estado, en virtud de la cual el interés primordial a salvaguardar es el del Estado, primando la prudencia, racionalidad, unión y prosperidad económica<sup>205</sup>.

Lo que se va a discutir y atacar en la Contrarreforma es esta “falsa Razón de Estado” identificada con la figura de Maquiavelo. No obstante, “la falsa Razón de Estado” siempre habría existido: Así, “ha sido teorizada en la *Política* de Aristóteles” y descrita en su realidad

---

<sup>201</sup> Al haber señalado las virtudes cristianas como causantes de las desgracias de Italia.

<sup>202</sup> Cfr. CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “Maquiavelo, el maquiavelismo y la razón de Estado”, *Revista de Filosofía Perú*, p.10.

<sup>203</sup> CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, p. 71.

<sup>204</sup> TRUYOL, Antonio, “Maquiavelo. (En el centenario de Maquiavelo)”, *Revista de Occidente*, p. 281.

<sup>205</sup> Cfr. CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “Maquiavelo, el maquiavelismo y la razón de Estado”, *Revista de Filosofía Perú*, p. 9.

por los historiadores Tácito o Tito Livio<sup>206</sup>. Esta concepción de “la falsa Razón de Estado” lleva a que se mezclen las dos principales obras de Maquiavelo, *El Príncipe* y los *Discursos*.

Los autores que denuncian la “falsa Razón de Estado” establecerán hasta qué punto alcanza el objetivo de la conservación para un Estado como justificación para todo.

Así, Maquiavelo será considerado el autor que convierte en un principio permanente la máxima de la separación entre el orden ético y el orden jurídico, pues el Estado tiene como ley suprema procurar, por encima de todo, la conservación del mismo; se da un carácter general a las máximas del maquiavelismo sin atender al “empirismo propio de Maquiavelo”<sup>207</sup>.

La verdadera Razón de Estado implica la racionalización del poder. En este sentido, para Michael Foucault, la Razón de Estado se asocia con el arte de gobernar y supone el reconocimiento de que el Estado se gobierna según leyes racionales<sup>208</sup>.

Aquí podemos hacer alusión al denominado “maquiavelismo de los antimachiavélicos” quienes eran aquellos que apostaban por “la verdadera Razón de Estado” pero que se les acusa de “maquiavélicos” en cuanto que defendían el Estado por encima de la moral<sup>209</sup>.

Ambas Razones de Estado tratan de armonizar las acciones políticas y las exigencias de moralidad.

La diferencia entre las tesis maquiavélicas y Maquiavelo es el tipo de moral; la moral maquiavélica sirve a cualquier gobernante, mientras que la moral de Maquiavelo es una moral republicana, que se presta a la libertad de los ciudadanos.

Por otro lado, hay que recordar que durante la Edad Moderna se produjeron diversas transformaciones en el arte de la guerra que obligaron a cambiar el Estado: “durante la Edad

---

<sup>206</sup> CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, pp. 70-71.

<sup>207</sup> *Ibidem*, p. 71.

<sup>208</sup> *Idem*.

<sup>209</sup> CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “Maquiavelo, el maquiavelismo y la razón de Estado”, *Revista de Filosofía Peri*, p. 8.

Moderna el Estado realiza la guerra y a la vez es la guerra la que contribuye decisivamente a configurar el Estado. La guerra es a la vez causa y efecto del Estado Moderno”<sup>210</sup>.

La consideración de las relaciones entre la Razón de Estado y la guerra fueron escritas entre los siglos XVI y XVII, bajo el clima político conocido como la decadencia española (durante los reinados de Felipe III y Felipe IV en el Reino de España)<sup>211</sup>.

Es en este contexto en el que emerge un pensamiento centrado en la cuestión de la conservación del Estado, denominado “Razón de Estado militar” y que será visto como un aspecto central de la Razón de Estado, porque las exigencias bélicas son tales que se hace imposible guardar las normas morales<sup>212</sup>.

Al igual que no podemos separar el surgimiento del Estado moderno de la guerra moderna, la historia de las prácticas y de los saberes militares va a formar parte de la historia de la razón, sobre todo de la razón moderna. Si esta específica forma de racionalidad ha llegado a ser la más fuerte, ello se debe a la fuerza de las armas, la cual, a su vez, ha estado estrechamente ligada a la fuerza de la razón, de “la Razón de Estado”<sup>213</sup>.

La guerra moderna implica un saber político en torno a la guerra, y todos aquellos responsables de la defensa de un Estado necesitan de su aprendizaje. La Razón de Estado militar es el conjunto de medios, referentes a la guerra, necesarios para la conservación del Estado.

La tesis tradicional de la Razón de Estado anteriormente expuesta, referente a la autoría de Maquiavelo en la Razón de Estado, se emplea también para la Razón de Estado militar; ya que Maquiavelo es el primero en recalcar la importancia del poder militar en un Estado. El libro en el que Maquiavelo reflexiona sobre la Razón de Estado militar, además de otras cosas, es *El Arte de la Guerra*. Maquiavelo refleja la interdependencia entre ejército y Estado, y entre guerra y política. La fuerza es uno de los recursos que tiene el Estado para defenderse.

---

<sup>210</sup> Cfr. CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, p. 68.

<sup>211</sup> *Idem*.

<sup>212</sup> Véase CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, pp. 69-74.

<sup>213</sup> Cfr. CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón*, p. 26.

En el contexto de la Contrarreforma y del rechazo de los autores a la “falsa Razón de Estado” cobra importancia la figura del consejero. En este sentido, el príncipe debe solicitar consejo sobre dos aspectos: si tiene “justa causa para hacer la guerra” que se identifica con “la razón de derecho para hacer la guerra”, y, en segundo lugar, debe preguntarse “contra quién hace la guerra, quiénes son sus amigos y de quien puede pedir favor”, que constituye la Razón de Estado militar<sup>214</sup>.

Cierro este apartado haciendo referencia a otros autores que se han ocupado del problema de la Razón de Estado, y que en sus reflexiones han tomado en cuenta la obra de Maquiavelo.

La primera obra que lleva por título tal expresión, Razón de Estado, *Della Ragion di Stato*, surge de la mano del autor Giovanni Botero en 1589. Botero afirma que “el Estado es un dominio establecido sobre los pueblos, y Razón de Estado es el conocimiento de los medios aptos para fundar, conservar y ampliar tal dominio”.

Otro autor relevante en la materia es Arnold Clapmar o Clapmarius quien contempla la Razón de Estado o *ius dominationis* como “derecho de necesidad, y exorbitante, consistente en excepciones, dispensas y limitaciones derogatorias del derecho común”<sup>215</sup>. Este autor revela que la razón de Estado íntimamente está relacionada con el concepto de los secretos o *arcana imperii*.

Los secretos de Estado son definidos por Arnold Clapmar en su obra publicada en Bremen en 1605 bajo el título de *De arcanis rerum publicarum* como “los medios y consejos más internos y secretos que poseen los que ejercen el dominio en el Estado y que sirven, por un lado, al mantenimiento de la tranquilidad en el mismo y, por otro, a la conservación del Estado existente de la República o bienestar público”<sup>216</sup>.

Asimismo, Saavedra Fajardo relaciona la cuestión del secreto con la disimulación, en su obra *Empresas políticas*. Saavedra, como diplomático, era conocedor de la necesidad de la

---

<sup>214</sup> Cfr. CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, p. 73.

<sup>215</sup> GONZÁLEZ GARCÍA, Juan María, “Saavedra Fajardo, en los múltiples espejos de la política barroca”, *Res Publica Revista de Filosofía Política*, Murcia, 19, 2008, p. 178.

<sup>216</sup> *Idem*.

política exterior para el ejercicio de la Razón de Estado, en el que se ponía sobre la mesa la controversia entre actuar de acuerdo a normas morales y acordes con la religión<sup>217</sup>.

En definitiva, a pesar de que gran parte del pensamiento político posterior a Maquiavelo se haya centrado en combatir la doctrina de nuestro autor, no han faltado autores que han salido en su defensa, y, sobre todo, la fama de Maquiavelo se ha expandido bajo la idea de la Razón de Estado, lo que pone de manifiesto la profunda preocupación en torno a la problemática relación entre el poder y el orden moral<sup>218</sup>.

Finalmente, y en conformidad con Elías Díaz, considero como buena razón de Estado, la del Estado de Derecho. La razón de Estado del Estado de Derecho son los derechos fundamentales de los ciudadanos. Así, las razones de Estado se convierten en las razones del Estado de Derecho. Con la razón de Estado hay un proceso de racionalización pero está sometido a límites, pues el Estado, como señala Weber, “es el monopolio legítimo de la violencia, para que sea tal (legítimo) ha de tratarse, por lo tanto, de una fuerza de coacción, de una violencia, de un modo de producirla regulada por el Estado de derecho”. Esto es, no puede perder la fuerza de la razón por acogerse a la razón de la fuerza<sup>219</sup>.

---

<sup>217</sup> GONZÁLEZ GARCÍA, Juan María, “Saavedra Fajardo, en los múltiples espejos de la política barroca”, *Res Publica Revista de Filosofía Política*, p. 185.

<sup>218</sup> TRUYOL, Antonio, “Maquiavelo. (En el centenario de Maquiavelo)”, *Revista de Occidente*, p. 280.

<sup>219</sup> DÍAZ, Elías, “Razón de Estado y razones del Estado”, en RODRÍGUEZ ARAMAYO, Roberto – VILLACANAS BERLANGA, José Luis (Comps.), *La herencia de Maquiavelo. Modernidad y voluntad de poder*, Madrid, FCE, 1999, p. 330.



## **4.- IUS AD BELLY IUS IN BELLO. ANTIMAQUIAVELISMO EN ESPAÑA**

En el siguiente apartado creo que es necesario hablar de la controvertida cuestión de la justificación de la guerra (*ius ad bellum*) y de la justificación de los medios para hacer la guerra (*ius in bello*), en la época del Renacimiento en contraste con la postura de Maquiavelo.

### **4.1.- IUS AD BELLUM**

Entre fines del siglo XVI y principios del siglo XVII ya podemos apreciar notablemente cómo la violencia se ha vuelto exclusividad del Estado Moderno. Aunque la nobleza sigue siendo parte importante del proceso de reclutamiento y organización de la guerra, esa tarea ahora se realiza para servir al rey.

Los autores en materia política del Barroco español<sup>220</sup> afirman que ahora está en manos del monarca hacer la guerra y la paz. Cobra importancia el aparato burocrático y la figura del consejero que rodea a la figura del rey, de manera que el rey se integra en la dinámica de petición de consejo que refuerza el carácter público de la guerra. El pedir consejo es considerado por los autores de esa época como característico del príncipe cristiano, en contraposición al príncipe maquiavélico, a pesar de que no se corresponda con el verdadero pensamiento de Maquiavelo.

Es el Estado el responsable de organizar el ejército para garantizar su propia conservación, porque, “si donde hay hombres no hay soldados, la culpa es del príncipe y no por defecto del lugar o de la naturaleza”<sup>221</sup>, ya que el Estado debe contar con soldados propios, y avergonzarse en caso contrario. Para Maquiavelo la guerra es una actividad pública, y dado ese carácter público, es exclusiva del Estado. De nuevo se introduce aquí la habitual crítica de Maquiavelo al uso de tropas mercenarias, porque precisamente convierte la guerra en una actividad privada.

No solo se opone al empleo de tropas mercenarias, sino más bien al ejercicio de la guerra como oficio, tanto en una república como en un reino. Así lo podemos apreciar en su libro *El Arte de la Guerra*<sup>222</sup>. Lo correcto sería un ejército propio de ciudadanos que, una vez han servido a esta actividad pública, regresarán a la vida privada, a sus propios oficios. De la

---

<sup>220</sup> Los principales autores antimaquiavélicos y de referencia en el panorama español son Castillo de Bovadilla, Pedro de Rivandenyra, Juan Botero, Juan de Santa María y Andrés Mendo, entre otros.

<sup>221</sup> *Discursos*, Libro I, XXI, p. 11.

<sup>222</sup> *El Arte de la Guerra*, Libro Primero, pp. 20, 21, 23.

concepción política republicana propia de Maquiavelo deriva la obligación de armar a los propios ciudadanos. Y, de la lectura de los textos antiguos, Maquiavelo es conocedor de que las repúblicas han caído como consecuencia de prolongar los mandatos militares, como sucedió en Roma y como puso Maquiavelo de manifiesto en el Capítulo XIV, Libro III, de los *Discursos*<sup>223</sup>.

A diferencia de las previsiones de Maquiavelo, será precisamente en la Edad Moderna cuando se empiece a consolidar la existencia de ejércitos profesionales permanentes en los Estados, y la organización de estos ejércitos profesionales estará ligada a la aparición de Estados Modernos, aplicando una política racional en el modo de hacer la guerra. Tal fue el caso del Estado Español. En consecuencia, la guerra será considerada todo un arte.

Si bien, muchos autores del Barroco español, contrarios a Maquiavelo, continuaron defendiendo la necesidad de tropas mercenarias dadas las exigencias de especialización. Para estos autores (Bovadilla, Mendo, Saavedra) el empleo de soldados mercenarios presenta ciertas ventajas, como la posibilidad de retirar de la población a la mala gente y hacer desaparecer a los opositores internos.

Además, los escritores de la Razón de Estado contemplan la guerra exterior como la manera de enviar la lucha fuera del territorio del propio Estado y conseguir la paz interna. En conclusión, para los autores del Barroco la guerra es una actividad relacionada con las exigencias de la política interior.

Para Maquiavelo, la naturaleza humana, no cambiante, caracterizada por la ingratitud, volubilidad y engaño<sup>224</sup>, conduce a la guerra. Considera la guerra como una necesidad si se quiere conservar el Estado, como algo inevitable, por lo que no se dedica a justificar la guerra como tal<sup>225</sup>.

Como la guerra se presenta como un recurso de los Estados para resolver litigios externos donde no tienen cabida las cuestiones morales, Maquiavelo no se detiene en la cuestión de la validez de una guerra, sino que se centra en lo que hay que hacer para ganarla. La valoración de la guerra no se realiza desde una perspectiva de justicia, sino que se atiende

---

<sup>223</sup> *Discursos*, Libro III, XIV, pp. 374-377.

<sup>224</sup> Véase *El Príncipe*, XVII, pp. 114-118.

<sup>225</sup> RENAUDET, Agustín, *Maquiavelo*, p. 281, citado por CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, p. 81

a la conveniencia política y a sus resultados. De hecho, Maquiavelo, sobre todo en los *Discursos* y en *El Arte de la Guerra*, describe diversas guerras y en ningún momento alude a la culpabilidad de los participantes.

Por tanto, en lo que se refiere a la justificación de la guerra, Maquiavelo marca una ruptura para con la tradición cristiana anterior, la cual podemos resumir en tres posiciones:

1.- La propia de los primeros cristianos que abogaban por el pacifismo. En esta línea pacifista, encontramos a Luis Vives, Erasmo de Rotterdam y Bartolomé de las Casas.

2.- En segundo lugar, tenemos la teoría de la guerra justa, cuyos primeros defensores fueron San Agustín y Santo Tomás, y es reiterada en la Edad Moderna por Francisco de Vitoria o Francisco Suárez. Brevemente, la guerra es justa cuando está dirigida a alcanzar la paz.

3.- Y, por último, tenemos a los defensores de la cruzada, siendo la religión la causa que legitima la guerra. Este es el caso de Justo Lipsio que justifica la guerra contra los turcos<sup>226</sup>.

Estos autores políticos del Barroco son los que defendían una Razón de Estado “cristiana”, “verdadera”, es decir, atienden a la validez moral de las acciones políticas y militares.

No obstante, la postura de estos autores con respecto a la legalidad de la guerra es ambigua, porque siempre tratarán de no limitar al gobernante en la decisión de hacer la guerra. Adoptan una posición que entrelaza las tres posturas tradicionales cristianas anteriormente expuestas: pacifismo con respecto a los conflictos internos; partidarios de la guerra justa en el exterior, legitimadores de las cruzadas en pro de la defensa de la religión cristiana.

La conservación del Estado, el logro de la paz y la defensa de la religión es para estos autores un todo que justifica la práctica de la guerra, pues forma parte del bien común. Todos estos objetivos son armonizables para la “Razón de Estado verdadera”.

Por otra parte, los antimaquiavélicos reservan el pacifismo para la esfera interna del Estado. Por el contrario, Maquiavelo consideraba las tensiones internas como una buena vía para conseguir salvaguardar la libertad en el Estado, a semejanza de la República romana con

---

<sup>226</sup> *Ibidem*, pp. 81-84.

las tensiones entre patricios y plebeyos. Esta idea supone una ruptura con el pensamiento tradicional que buscaba la unidad interna.

Los autores cristianos del Barroco, inspirados en Santo Tomás, consideran que una armonía entre el pueblo y los gobernantes constituye la base para la paz. La verdadera Razón de Estado se posiciona como defensora de la paz interior en tanto que constituye un baluarte frente a las fuerzas extranjeras, y lo contraponen a la “falsa Razón de Estado”, la cual conciben como defensora de la desunión de los súbditos en beneficio del propio gobernante.

Pero el pensamiento de Maquiavelo no se corresponde para nada con esta “falsa Razón de Estado”. A pesar de que sí describe esta técnica usada por los antiguos en su ciudad natal, al referirse a la ciudad de Pistoya en el Capítulo XX de *El Príncipe*, los cuales “fomentaban las discordias en las ciudades sometidas con el fin de hacer más fácil la dominación”<sup>227</sup>, pero, en cualquier caso, señala que esa técnica solo era útil en momentos y en territorios donde reinara el equilibrio, es decir, en tiempos de paz, como era el caso de la antigua Italia. Así, no lo considera “un precepto válido hoy en día: no creo que las divisiones hagan jamás bien alguno”<sup>228</sup>.

En función de las necesidades del Estado, del bien público, el gobernante tiene que decidir qué es lo más conveniente, si optar por el mantenimiento de la paz o hacer la guerra, tal y como invoca Andrés Mendo como título de la guerra justa<sup>229</sup>.

Como sabemos, los autores antimachiavélicos españoles escriben en el clima de la Contrarreforma, con una constante referencia a las Sagradas Escrituras. La religión sobreviene como uno de los pilares básicos del Estado. Por tanto, contra los detractores de la religión cristiana procede una guerra religiosa, justificada por la concepción política del Estado, y contra los enemigos cristianos procede una guerra justa.

En la Edad Moderna, y con el surgimiento de guerras de mayor calado, proliferan las acusaciones de machiavélicos a aquellos reinos cristianos que no defienden a ultranza la religión cristiana. Este es el caso de Francia que pactó con el turco en su guerra contra

---

<sup>227</sup> *El Príncipe*, XX, p. 136.

<sup>228</sup> *Idem*.

<sup>229</sup> MENDO, Andrés, *Príncipe perfecto y ministros ajustados, documentos políticos y morales, impresa en Salamanca*, por Diego Cosío, impresor de la Universidad., 1657, Doc. XLVI, p. 197, citado por CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, p. 86.

España, y se considera al turco “un medio injusto”, claro ejemplo de “mala Razón de Estado”. Así lo pone de manifiesto Rivandeneyra en su *Tratado de la religión*<sup>230</sup>.

Otro de los frentes a que deben atender los autores es al protestantismo, que plantea la problemática de guerras entre príncipes cristianos, considerando a Maquiavelo como autor de las tesis de libertad religiosa, confundiéndolo con Bodino. No obstante, a todos los autores se les incluirá dentro del calificativo de “políticos”, sinónimo de herejes.

El origen de muchas guerras se atribuía a la tolerancia o libertad religiosa y se veía como un atentado contra el Estado porque la religión formaba parte de la concepción política.

Para los antimaquiavélicos españoles el bien común dependía de la religión, entendiendo por bien común el bien de la nación, denunciando las situaciones en las que el monarca actuaba en su propio interés. La no defesa de la religión cristiana, considerada como propia de los maquiavélicos, es un ejemplo más de mala Razón de Estado, un modo de actuar tiránico según la tradición cristiana. También se considera una subordinación del interés público al interés privado cuando se trata de conseguir “gloria y poder” a través de la actividad bélica<sup>231</sup>.

Maquiavelo, en sus *Discursos*, describe positivamente este tipo de guerra, pero, en líneas generales, y más en el caso de los autores antimaquiavélicos, existía una posición contraria a estas guerras de conquista, que formaban parte de la “falsa razón de Estado”. No obstante, sí que podemos encontrar una validación de las guerras en el extranjero, de las guerras de ataque, para evitar la guerra en el propio territorio.

Por tanto, tanto para la verdadera Razón de Estado como para la postura maquiavélica la guerra aparece como una herramienta para mantener el poder, sin embargo, la diferencia reside en que sólo ésta última permite el aumento de poder a través de la actividad bélica. Las tesis de los autores antimaquiavélicos se deben a la propia situación

---

<sup>230</sup> RIVADENEYRA, Pedro, *Tratado de la religión y virtudes que debe tener el príncipe cristiano para gobernar y conservar sus estados. Contra lo que Nicolás Maquiavelo y los políticos de estos tiempos enseñan*, Madrid, Pedro Madrigal, 1595, edición de la BAE, vol. 60, pp. 478-479, citado por CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, p. 88.

<sup>231</sup> CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, p. 89.

española en el siglo XVII, marcada por la debilidad, en un clima de preocupación por la pérdida de las conquistas.

Para Maquiavelo la fuerza en la esfera externa es un elemento de contención e incluso de dominación de otros Estados. Todos los Estados participan en un juego en el que rige la fuerza y la astucia, en el que se regulan los distintos poderes. El realizar alianzas, iniciar una guerra, o participar en una ya iniciada, no depende de valoraciones sobre si es justo o no, sino que obedece a la oportunidad política. La guerra es un medio normal con el que formular estrategias políticas. Parte de su concepción se debe a la situación que vive en su época, marcada por una profunda inseguridad política, en la que los Estados tratan de imponer su supremacía frente a los demás, bajo un ambiente de total desconfianza. De hecho, Maquiavelo reitera varias veces en sus obras la relación que existe entre el gobierno civil y el gobierno militar, y cómo el gobierno militar es el cimiento del gobierno civil: “el fundamento de los Estados es la buena milicia y si esta no existe no puede haber leyes buenas ni ninguna otra cosa”<sup>232</sup>. Los Estados deben preocuparse principalmente por su fuerza militar, con armas propias, las cuales le permitirán tener buenos aliados y defenderse de los enemigos extranjeros. Ante los extranjeros poderosos, el príncipe “se defiende con las buenas armas y con los buenos aliados”<sup>233</sup>. Para una vida política óptima es imprescindible estar preparado para la guerra, porque la culminación social de una buena política será la victoria en la guerra y en la conquista. En este sentido, en el Capítulo XIV de *El Príncipe*, Maquiavelo defiende que “un príncipe, pues no debe tener otro objeto (...) excepto la guerra y su organización y dirección”<sup>234</sup>, también es el caso del Capítulo XXI cuando dice “que no proporciona a un príncipe tanta consideración como las grandes empresas”<sup>235</sup>.

Prueba de su actitud ante la guerra, es su opinión ante la neutralidad, la cual no contempla como útil, sino que aconseja siempre posicionarse. Así lo expresa en el Capítulo XXI de *El Príncipe*, “Un príncipe adquiere también prestigio (...) cuando se pone resueltamente en favor de alguien contra algún otro. Esta forma de actuar es siempre más útil que permanecer neutral”<sup>236</sup>.

---

<sup>232</sup> *Discursos*, Libro III, XXXI, p. 416.

<sup>233</sup> *El Príncipe*, XIX, p. 123.

<sup>234</sup> *El Príncipe*, XIV, p. 106.

<sup>235</sup> *El Príncipe*, XXI, p. 140.

<sup>236</sup> *Ibidem*, p. 142. Cfr. TRUYOL, Antonio, “Maquiavelo. (En el centenario de Maquiavelo)”, *Revista de Occidente*, pp. 277-279.

Enlazando con la anteriormente expuesta “teoría de la guerra justa”, para Maquiavelo no tiene cabida en su pensamiento plantearse si la guerra es justa para conseguirla paz porque la guerra procede siempre que sea necesaria. En el Capítulo final de *El Príncipe*, Maquiavelo cita expresamente a Tito Livio (IX, 1): “justa es la guerra para quienes es necesaria y santas son las armas cuando solamente en ellas hay esperanza”<sup>237</sup>, cita que vuelve a reiterar en el Capítulo XII, Libro III, de los *Discursos*, al reflexionar sobre cómo la necesidad lleva a los soldados a la guerra y la victoria<sup>238</sup>.

#### **4.2.- IUS IN BELLO**

La postura atribuida a Maquiavelo, más concretamente al maquiavelismo, se caracteriza por la indiferencia de medios para la consecución de los fines; no hay un enjuiciamiento moral de los medios que se tienen que emplear.

En realidad, en lo referente a Maquiavelo, nuestro autor no diferencia cuáles son las prácticas aceptables en la guerra, sino que contempla todos aquellos medios que permitan alcanzar la victoria.

Esta máxima aparece en los *Discursos* de Maquiavelo. Así, tenemos el Capítulo XL titulado “Cómo usar el engaño en la guerra es digno de gloria” o el Capítulo XLI de “Que la patria debe ser defendida con ignominia o con gloria, y como sea está bien defendida”, del Libro III. Maquiavelo concibe la guerra como una lucha por la victoria con la consiguiente derrota de los enemigos. La postura de Maquiavelo ante el engaño nos demuestra cómo para Maquiavelo el margen de lo que es lícito en una guerra es notablemente más amplio que para los teóricos del *iustum bellum*<sup>239</sup>.

En definitiva, tal y como expone Maquiavelo en *El Arte de la Guerra*, al narrar en el Libro Séptimo una serie de reglas generales, en primer lugar establece que “lo que favorece al enemigo nos perjudica a nosotros y lo que nos favorece a nosotros perjudica al enemigo”<sup>240</sup>. Maquiavelo contempla las armas como uno de los mejores recursos del Estado,

---

<sup>237</sup> *El Príncipe*, XXVI, p. 157.

<sup>238</sup> *Discursos*, Libro III, XII, p. 371. Cfr. CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, pp. 84- 91.

<sup>239</sup> CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, p. 279.

<sup>240</sup> *El Arte de la Guerra*, Libro Séptimo, p. 237.

y en la guerra todo vale. En este sentido, el engaño es considerado un instrumento político y militar a la orden del día.

Maquiavelo, considera el engaño como un modo de proceder necesario, inseparable de la actividad política y de obligado uso por las exigencias bélicas, hasta el punto de que parece que dota de mayor virtuosidad al hombre que alcanza sus objetivos con engaños en lugar de con la fuerza. Ello lo podemos deducir de la opinión de Maquiavelo sobre César Borgia, que aparece relatada en el Capítulo VII, de *El Príncipe*<sup>241</sup>.

A pesar de la oposición de los autores del Barroco hacia la indiferencia de medios que se atribuye a Maquiavelo, en la concreta práctica de la guerra la oposición se va a ver atenuada. Podemos apreciarlo en el tratadista Bovadilla, quien, empleando un símil con la ciencia de la medicina, recurso habitual en la literatura de la época, justifica que la naturaleza de la guerra exige medidas extraordinarias<sup>242</sup>.

Si atendemos a los concretos consejos que proporcionan los autores antimachiavélicos a los príncipes en cuanto a la práctica de la guerra se refiere, realmente son similares a los establecidos por Maquiavelo en *El Príncipe*, recomendando el uso de la astucia y de tácticas ingeniosas para impedir la derrota.

A partir del Renacimiento, la guerra se ha convertido en todo un arte que consiste en encontrar los mecanismos oportunos que permitan la victoria, sin entrar a enjuiciarlos. Por tanto, aunque los autores españoles de la Edad Moderna formulan críticas generalizadas al maquiavelismo, éstas entran en contradicción con las sugerencias prácticas que ofrecen, tanto con respecto a las guerras externas como a las disensiones internas. En este punto podemos hacer referencia a Maravall, quien considera que “por esta brecha entra en seguida el

---

<sup>241</sup> Véase *El Príncipe*, VII, pp. 71-76. Cfr. CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, pp. 91-92.

<sup>242</sup> Cfr. CASTILLO DE BOVADILLA, Jerónimo, *Su política para corregidores y señores de vasallos, en tiempo de paz y de guerra, y para jueces eclesiásticos y seglares y de sacas, aduanas y de residencias y sus oficiales y para regidores y abogados y del valor de los corregimientos y gobiernos realengos y de las ordenes*, Madrid, 1597, edición facsímil del Instituto de Estudios de Administración Local de 1978, hecho sobre la edición de Amberes de 1704 con un estudio preliminar realizado por Benjamín Gonzales Alonso, citado por CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, p. 92.

maquiavelismo impregnando toda esta materia y llegando en algunos casos a tales extremos de ilicitud, que no se encontrarán iguales ni en el mismo Maquiavelo”<sup>243</sup>.

Otro de los medios eficaces en la actividad política es el secreto, obligatorio en materia de guerra. Se recomienda la caución tanto con los amigos, a los cuales no hay que hacerles superiores con nuestra ayuda<sup>244</sup>, como a los enemigos<sup>245</sup>.

Los Estados no solo deben proveerse de defensa militar en tiempos de guerra, sino que tienen que estar preparados ante cualquier imprevisto en tiempos de paz. Estamos ante el famoso lema de “si quieres paz prepara la guerra”<sup>246</sup>.

De igual modo hay que hacer referencia a la disimulación, cualidad que deben practicar los capitanes en la guerra.

Así, Andrés Mendo en el *Príncipe perfecto*, siguiendo la línea de Maquiavelo, recomienda al príncipe la disimulación, y para él la disimulación se justifica por razones políticas<sup>247</sup>. También alude a la misma Rivadeneyra justificándola para aquellas ocasiones en que lo impongan las exigencias de la guerra.

No obstante, estos autores diferencian entre simular y disimular, siendo solo la disimulación propia del príncipe cristiano. La diferencia ha sido explicada por Juan Pablo Martín Rizo en *Norte de príncipes*: “la disimulación es no manifestar lo que uno ha sabido o sospecha y la simulación es decir o prometer una cosa y pensar hacer otra, que es engañar,

---

<sup>243</sup> MARAVALL, J.A., *Teoría del Estado en España en el siglo XVII*, p. 359, citado por CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, p. 94.

<sup>244</sup> Cfr. CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, p. 94.

<sup>245</sup> Cfr. JUAN DE SANTA MARIA, *Tratado de república y policía cristiana para reyes y príncipes y para los que en el gobierno tienen sus veces*, Madrid: Imprenta Real, 1615, p. 583, citado por CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, p. 94.

<sup>246</sup> En CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, p.95.

<sup>247</sup> MENDO, ANDRÉS, *Príncipe perfecto y ministros ajustados*, Doc. LIV, pp. 253-256, citado por CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, p. 95.

cualidad indigna de príncipes”<sup>248</sup>. Por tanto, para estos autores también supone diferenciar entre el príncipe maquiavélico, para el que es propio la simulación, y el príncipe cristiano, que le corresponde la disimulación.

En la misma línea se admira la obligación de “guardar la palabra dada”, aunque los tratadistas españoles atenúan esta exigencia, la cual se ve debilitada cuando sobreviene la guerra, y está en juego la conservación del Estado.

Realmente, aunque estos autores al desarrollar sus líneas generales describen un modo de proceder bélico dentro de una corrección, en sus concretas aportaciones ponen el acento en la consecución de los propósitos, aun cuando sea mediante el empleo de medios fuera de esa “corrección”. Así, Juan Márquez, en un primer momento defiende una guerra justa en la que se cause el menor daño posible, llevada a cabo de “modo conveniente”, pero, con posterioridad, valida el empleo de cualquier medio cuando la victoria está en entredicho<sup>249</sup>. Es decir, parece que en la Edad Moderna la teoría de la guerra justa se vuelve un tanto insuficiente, porque, como dice Pedro Fernández Navarrete “aun cuando hay justas causas para poder hacer la guerra, se debe pesar primero las utilidades de la victoria”<sup>250</sup>. El ruido de la guerra silencia el de las leyes.

En el entorno militar, por lo que se refiere a la disciplina, el castigo se vuelve un elemento necesario para la obediencia. Se comparte con Maquiavelo la máxima de que es mejor ser temido que ser amado, ante la disyuntiva de no poder asumir ambas cualidades, y este principio es de mayor aplicación en la guerra.

Por otra parte, para los constructores de la “verdadera Razón de Estado”, comparten con Maquiavelo, a pesar de unas primeras invocaciones a la clemencia para con los enemigos vencidos, que la mejor opción es la eliminación del enemigo en aras de la necesidad pública.

---

<sup>248</sup> MÁRTIR RIZO, Juan Pablo, en *Norte de príncipes*, fol. 129, citado por CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, p. 95.

<sup>249</sup> CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, p. 97.

<sup>250</sup> FERNANDEZ NAVARRETE, Pedro, *Conservación de monarquías y discursos políticos*, pág. 82, citado por CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, p. 73.

En este punto priman las exigencias de la Razón de Estado, de manera que cuando se opta por la clemencia, no es tanto por la virtuosidad moral, sino por su utilidad para alcanzar más eficazmente los objetivos.

Para concretar, realmente si atendemos a las concretas observaciones que ofrecen estos autores antimachiavélicos, por lo que a la realización de la guerra se refiere, las diferencias para con las obras de Maquiavelo son difíciles de encontrar<sup>251</sup>.

Otra cuestión a tratar en relación con los medios empleados en la guerra es la religión. La religión tiene cabida como herramienta en la práctica de la guerra. Sabemos que uno de los mayores ataques hacia Maquiavelo, que a su vez es parte central de las tesis machiavélicas, es considerar la religión al servicio de las exigencias políticas. La tesis machiavélica sitúa a la religión en una posición de supeditación con respecto a la conservación del Estado.

Maquiavelo pone de relieve la utilidad de la religión en el mando de los ejércitos en el Capítulo XI, Libro, I, de los *Discursos*. Asimismo, contempla “la observación de culto divino como causa de la grandeza de la república” y que “donde falta el temor de Dios, necesariamente el reino se arruina”<sup>252</sup>. También es de importancia en este sentido el Capítulo X, Libro I, *Discursos*, titulado “De la gran importancia que tiene considerar la Religión, y de cómo Italia, al haber descuidado la cuestión por la Iglesia Romana esté arruinada”, en donde sostiene que los príncipes de una república o un reino “deben mantener los fundamentos de la religión”, “aun cuando las juzguen falsas”<sup>253</sup>.

Maquiavelo (a la manera de Marsilio de Padua), con indiferencia hacia la veracidad de la religión, concibe la misma como un hecho social y la valora por su funcionalidad dentro del Estado.

Ahora bien, lo que sí ataca Maquiavelo es el concreto caso de Italia, a la que acusa de ser una provincia que ha perdido “toda devoción y toda religión”<sup>254</sup>, y más concretamente la Iglesia Romana, a la que considera la causante de la división de Italia. De la Iglesia Romana dice que no tiene “tanta virtud como para ejercer la tiranía de Italia y volverse su príncipe y, por otro lado, no ha sido tan débil como para que, por temor a perder el dominio de las cosas

---

<sup>251</sup> En CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, pp. 92-99.

<sup>252</sup> *Discursos*, Libro I, XI, p. 90.

<sup>253</sup> *Discursos*, Libro I, X, p. 92.

<sup>254</sup> *Ibidem*, p. 93.

temporales, no haya podido llamar a un poderoso que la defendiera contra el que en Italia se hubiera vuelto demasiado poderoso”<sup>255</sup>.

Asimismo, conviene citar el Capítulo II, Libro II, titulado “Con qué pueblos combatieron los Romanos, y qué obstinadamente defendieran ellos su libertad”, en el que Maquiavelo relaciona la debilidad de los hombres de su tiempo con la religión. Compara la religión antigua, la de los romanos, que ensalzaba a “los capitanes de ejércitos y jefes de las repúblicas” con la religión actual que genera hombres contemplativos y humildes, lo que sin duda supone un obstáculo para hacer la guerra<sup>256</sup>. La religión antigua, con su *ethos* viril, centrado en la “mundana gloria” y la acción, fortalecía al hombre y lo integraba en la ciudad<sup>257</sup>.

Maquiavelo también señala la irreligiosidad como causa de la corrupción imperante en Francia y España, pero en esos Estados existía una fuerza capaz de frenarla, esto es, una fuerte monarquía; y también interesa su referencia a Alemania como uno de los Estados en que todavía hay “bondad y religiosidad”<sup>258</sup>. Vemos cómo se relaciona la corrupción, causada por la irreligiosidad, con la bondad y con la libertad.

No obstante, se hizo una mala lectura de su obra y se le consideró como principal detractor de la religión, sobre todo por parte de los jesuitas. Se consideraba que una de las obligaciones inherentes a la figura del monarca era la defensa de la religión católica. Frente a las teorías maquiavélicas y la libertad religiosa se sostiene la unidad religiosa, entendiendo que la religión católica beneficia la paz y estabilidad política.

Hay una razón por la que los autores antimachiavélicos defiende la religión cristiana: las consecuencias positivas que tiene en el ámbito militar, pues se exaltan “las virtudes guerreras del cristianismo” que llevan a la victoria, así como en la esfera política, pues promueve unidad y “orden”<sup>259</sup>.

---

<sup>255</sup> *Idem*.

<sup>256</sup> *Discursos*, Libro II, p. 216.

<sup>257</sup> TRUYOL, Antonio, “Maquiavelo. (En el centenario de Maquiavelo)”, *Revista de Occidente*, p. 274.

<sup>258</sup> *Discursos*, Libro I, p. 184.

<sup>259</sup> DEL ÁGUILA, RAFAEL, *Las estrategias políticas en Maquiavelo. Tecnologías del poder y razones colectivas*, Madrid, Centro de Estudios Políticos y Constitucionales, 1998, p. 15, citado por CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, p. 100.

Defienden una simbiosis entre el monarca y la religión, proporcionando protección y asegurando el mantenimiento del Estado.

Tanto la postura de Maquiavelo, como la de los autores antimachiavélicos, concibe la religión como necesaria para la guerra. No obstante, Maquiavelo la consideraba tal por la seguridad que le proporcionaba al soldado si este luchaba creyendo que tenía la aprobación de Dios.

De hecho, Maquiavelo en el Libro IV, de *El Arte de la Guerra*, afirma que, en la Antigüedad, la religión y el temor a Dios facilitaban las empresas militares<sup>260</sup>. Asimismo, en el Capítulo XIII, Libro I, de los *Discursos*, haciendo referencia al asedio de la ciudad de Veyes, en donde se acudió a la religión para alentar a los soldados a permanecer en el asedio, “inventaron que Apolo y ciertos otros oráculos decían que este año se tomaría la ciudad”<sup>261</sup>.

También, en el Capítulo XIV Maquiavelo muestra cómo los romanos interpretaban los auspicios de la manera que más les beneficiaba. Los auspicios servían para llevar a “los soldados al combate confiados, porque de esa confianza casi siempre nace la victoria”<sup>262</sup>.

Del mismo modo, para los autores cristianos, la religión es de ayuda en la guerra en tanto que Dios salvaguarda en la guerra a aquellos que defienden la religión.

Otro aspecto diferencial entre Maquiavelo y los partidarios de “la verdadera Razón de Estado” es la victoria. Para Maquiavelo la victoria es consecuencia de la “*virtù*” y de “la gloria”. En el Capítulo XXV de *El Príncipe* Maquiavelo admite que las cosas del mundo están gobernadas por la fortuna, pero que esta solo controla la mitad de “las acciones nuestras”, mientras que la otra mitad es dejada al control de las personas. La mala fortuna ataca cuando “no hay una virtud organizada y preparada para hacerle frente”<sup>263</sup>.

La fortuna es para Maquiavelo “la expresión del residuo irracional”, “del margen de inexplicabilidad que en la historia encontramos”<sup>264</sup>. Ante ello, la *virtù* sería como una capacidad de acción, entendida como la posesión de aquellos medios que en una mejor medida posibiliten alcanzar el fin deseado. Al este respecto, Maquiavelo en el Capítulo XXIV

---

<sup>260</sup> *El Arte de la Guerra*, Libro Cuarto, p. 151.

<sup>261</sup> *Discursos*, Libro I, XIII, p. 95.

<sup>262</sup> *Discursos*, Libro I, XIV, p. 99

<sup>263</sup> *El Príncipe*, XXV, p. 152.

<sup>264</sup> TRUYOL, Antonio, “Maquiavelo. (En el centenario de Maquiavelo)”, *Revista de Occidente*, p. 275.

de *El Príncipe* argumenta que “solamente son buenas, solamente son seguras, solamente son duraderas aquellas formas de defensa que dependen de ti mismo y de tu propia virtud”<sup>265</sup>.

Sin embargo, para los autores de la “verdadera Razón de Estado” la religión, tal y como hemos dicho, es un aspecto importante del gobierno político y también del gobierno militar, y el resultado de la guerra depende de la voluntad de Dios.

La victoria sería algo así como el perdón divino. Incluso en el caso español, desde una perspectiva nacionalista, las conquistas obtenidas por el reino de España se considera que se deben a su defensa a ultranza de la religión católica.

Ahora bien, además de invocar la “Providencia divina”, también, al igual que Maquiavelo, se exige una labor de preparación y anticipación, en cuanto que Dios ayuda a los hombres que llevan a cabo acciones, entendiendo que Dios es el que imparte justicia en el devenir en función de los méritos de los hombres.

Pero, en cualquier caso, podemos apreciar una cierta incoherencia en los autores cristianos, porque en ciertas ocasiones reconocen el papel que juega la suerte o la fortuna. En este sentido, Andrés Mendo, claro opositor a la doctrina de Maquiavelo, en cierto momento pone en entredicho el considerar a Dios como determinante de los resultados en la guerra y opta por ser fiel a la realidad bélica afirmando que “no vence las más veces el más valeroso, sino el más armado y defendido”<sup>266</sup>.

Como conclusión, reiteramos que en la esfera militar las ideas propuestas por estos autores se alejan un poco de “la verdadera Razón de Estado” porque priman los intereses del poder al concebir la guerra como una situación excepcional.

Aunque estos autores del Barroco español van a rechazar abiertamente el maquiavelismo y lo van a asociar directamente a Maquiavelo - denunciando la subordinación de la religión a la política, la ausencia de consideración moral y el empleo de la máxima “el fin justifica los medios” -, situaciones como la defensa del Estado van a difuminar en estos autores sus líneas restrictivas, acercándose a las posturas maquiavélicas. Esto último es lo que nos conduce al fenómeno del “maquiavelismo de los antimaquiavélicos”. Este fenómeno

---

<sup>265</sup> *El Príncipe*, XXIV, p. 151.

<sup>266</sup> MENDO, Andrés, *Príncipe perfecto y ministros ajustados*, Doc. XLIV, p. 191, citado por CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, p. 102.

viene de la mano de autores que no conocen directamente las obras de Maquiavelo, cuyo saber político es extraído de una manera sistemática de los ejemplos históricos, y cuyo contexto histórico viene marcado por una constante guerra española cuyas exigencias van más allá de la moral o la legalidad.

Pero, este maquiavelismo encubierto no suprime el carácter antimachiavélico de estos autores, defensores de la verdadera Razón de Estado que permite conjugar el fin supremo de la conservación del estado con los requerimientos morales. Su problema no recae en cómo alcanzar el poder, como era en el caso del príncipe maquiavélico, sino en la propia existencia del Estado, por lo que se preocuparon por desindividualizar el poder, aumentando el aparato burocrático y de consejeros, para que asistan al gobierno<sup>267</sup>.

---

<sup>267</sup> Cfr. CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad*, 2000, pp. 99-104.



## 5.- LA RELACIÓN ENTRE LA GUERRA Y LA FORMA DE GOBIERNO REPUBLICANA

Muchas veces se ha interpretado una oposición entre las dos principales obras de Maquiavelo, *El Príncipe* y los *Discursos*. En este sentido, *El Príncipe* se trataría de un tratado político de preferencia monárquica, mientras que los *Discursos* estarían impregnados de un carácter republicano. Pero se trata de una interpretación superflua y nada certera del pensamiento de Maquiavelo<sup>268</sup>.

De hecho, Maquiavelo no será el único pensador político del Renacimiento italiano que se ocupe tanto de la monarquía como de la república. Por ejemplo, también es el caso de Francesco Patrizi, autor de *De institutione reipublicae* (sobre la educación de la república) y también de *De regno et regis institutione* (Sobre el reino y la educación de los reyes). Del mismo modo podemos citar a Guicciardini<sup>269</sup>, quien, a pesar de plasmar la naturaleza republicana en sus primeras obras, luego se posicionó como lugarteniente de los ejércitos del Papa y abogado de Alejandro de Médici. Esta dualidad en los tratadistas políticos del Renacimiento se ha tratado de justificar desde múltiples perspectivas: acudiendo al ideal humanista consistente en que la importancia radica en la educación y en los conocimientos de las personas que conforman el gobierno y no tanto en la forma de gobierno en sí; o entendiendo que es una forma de sobrevivir en el juego de la política y la diplomacia<sup>270</sup>.

De cualquier forma, en el caso de nuestro autor, el asunto tiene que ver más bien con que *El Príncipe* aborda especialmente la conquista y la conservación del poder, pero en una situación excepcional, donde el valor básico en torno al que organiza su consejo es el de la

---

<sup>268</sup> TRUYOL, Antonio, “Maquiavelo. (En el centenario de Maquiavelo)”, *Revista de Occidente*, pp. 267-268.

<sup>269</sup> Francesco Guicciardini (1483-1540) tras el cambio de régimen de 1512 sirvió a los dos papas Médici, León X y Clemente VII. Su primera obra fue escrita en una embajada en España, concretamente en Logroño en 1512, y se denomina *El discurso de Logroño*; el siguiente tratado fue el *Diálogo sobre el gobierno florentino*, compuesto entre 1512 y 1523; fue seguido entre 1528 y 1530 por la terminación de sus *Máximas y reflexiones*; y, finalmente, la última obra política que produjo antes de dedicarse a su gran *Historia de Italia*, fue un conjunto de *Consideraciones sobre los discursos de Maquiavelo*, que probablemente describió en 1530.

<sup>270</sup> Cfr. CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “Libertad y participación ciudadana en el republicanismo florentino”, en *Revista Tachirensis de Derecho*, San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, N° 15/2003, p. 60.

seguridad; mientras que los *Discursos* abordan el desarrollo de la vida política en una situación ordinaria bajo la teoría del gobierno popular, el valor básico es el de la libertad, y este ideal lo coloca por encima incluso de los dictados de la moral convencional. En *El Príncipe* se defiende el gobierno de una sola persona en los momentos en que un Estado está en vía de descomposición. Podemos apreciarlo en el Capítulo LV, Libro I, de los *Discursos*, donde el porqué de que las ciudades se vean corrompidas y presenten muchos desórdenes se debe a que no tienen un rey que las mantenga unidas<sup>271</sup>. También es el caso del Capítulo XVII de los *Discursos*, donde se dice que “una ciudad en decadencia por corrupción en la materia, si sucede alguna vez que se levanta de nuevo, es por la virtud de un hombre todavía vivo”; pero, en este mismo capítulo, da a entender que una vez que fallezca este hombre la ciudad volverá a la corrupción inicial, la cual nace de la desigualdad por lo que es necesario llevarla a la igualdad para lo que es inevitable “usar muchas medidas de excepción”<sup>272</sup>.

A pesar de que Maquiavelo opta por el gobierno de uno solo en una situación de estado de emergencia, era claro defensor del gobierno popular y admirador de la Roma republicana. Si bien, nuestro autor consideraba inviable el ideal cívico romano en la época renacentista, fuera de ciertas comunidades restringidas que llevaban un estilo de vida más simple, como era el caso de los pueblos alemanes y suizos. En el caso de España y Francia habían logrado imponer una monarquía unitaria, pero en Italia, las señorías gloriosas propias de la Edad Media se habían visto superadas.

Veamos cómo se explica esta polaridad entre estado de excepción y estado de normalidad en el pensamiento de Maquiavelo.

Tal y como señala José Luis Villacañas Berlanga, “Maquiavelo comprende que algo nuevo ha irrumpido en la historia, algo terrible, un nuevo Estado personificado en Francia, la ancestral enemiga Francia que así se sitúa evolutivamente muy por delante de Italia. Maquiavelo intenta que una vieja cultura política, la italiana, reaccione para ponerse a la altura histórica de un rival, que acaba de dotarse del instrumento más formidable de la Modernidad,

---

<sup>271</sup> *Discursos*, Libro I, LV, p. 184.

<sup>272</sup> *Discursos*, Libro I, XVII, p. 107.

un Estado nuevo que conviene explicar y comprender. Mas entender el nuevo Estado significa para Maquiavelo reconducirlo a su viejo sueño republicano”<sup>273</sup>.

Maquiavelo tiene presente siempre la decadencia de los tiempos en que vive y la decadencia propia del ser humano. En este escenario el hombre bueno republicano tiene la responsabilidad de constituir una república. Dice Maurizio Viroli: “la única posibilidad de que una ciudad desordenada recobre su orden es la emergencia de un *savio buouno e potente cittadino* que introduzca reformas institucionales y leyes que pueden moderar los apetitos de la nobleza y el populacho y así restablezca la libertad”<sup>274</sup>.

Pero la posibilidad de la existencia de un hombre así en un tiempo tan corrupto era ínfima por lo que Maquiavelo alega que, como los “modos ordinarios” del Estado se han demostrado como “malos”, se requiere recurrir a los modos extraordinarios, “como la violencia y las armas, y volverse ante todo príncipe de esa ciudad”<sup>275</sup>.

Así, la excepcionalidad de los tiempos modernos marcada por la profunda corrupción justifica la elaboración de una obra de excepcionalidad técnica como es *El Príncipe*.

Puede ser que Maquiavelo se considere a sí mismo un hombre bueno republicano, activo y virtuoso ciudadano, y en esta situación con escaso margen de maniobra, la virtud se conserve en la persona del escritor, porque “los hombres literatos” son hombres dignos de elogio<sup>276</sup>, y son los que siguen en grandiosidad a quienes fundaron las repúblicas. En virtud de esa responsabilidad decide escribir los *Discursos*. Así lo establece en el proemio del Libro II de esta obra: “el deber del hombre bueno es enseñar a otros el bien que no ha podido

---

<sup>273</sup> VILLACANAÑAS BERLANGA, José Luis, “Excepcionalidad y modernidad: príncipe nuovo y vivere político”, en RODRÍGUEZ ARAMAYO, Roberto – VILLACANAÑAS BERLANGA, José Luis (Comps.), *La Herencia de Maquiavelo*, p. 20.

<sup>274</sup> VIROLI, Maurizio, “Machiavelli and the republican idea of politics”, en GISELA BOCL, QUENTIN SKINNER, MAURIZIO VIROLI, *Machiavelli and Republicanism*, Cambridge University Press, 1990, p. 168, citado por VILLACANAÑAS BERLANGA, José Luis, “Excepcionalidad y modernidad: príncipe nuovo y vivere político”, p. 23.

<sup>275</sup> *Discursos*, Libro I, XVIII, p. 111.

<sup>276</sup> *Discursos*, Libro I, X, p. 84.

poner en práctica por la malignidad de los tiempos o de la fortuna, para que siendo muchos los capaces, alguno de ellos, más amado del cielo, pueda ponerlo en práctica”<sup>277</sup>.

Como hemos dicho, el medio extraordinario que es la figura del príncipe requiere a su vez, para establecer un orden nuevo, medios extraordinarios, esto es, la fuerza y la violencia. Entonces dice Maquiavelo que “reconducir una ciudad a una verdadera vida política presupone un hombre bueno y volverse por la violencia príncipe de la ciudad presupone un hombre malo”<sup>278</sup>. Podemos decir que hay una contradicción, porque los medios que se han de emplear requieren un hombre malo, pero, sin embargo, el fin que se pretende alcanzar exige de un hombre bueno, por lo que en cierto sentido tiene que producirse una “metamorfosis” del hombre. Maquiavelo recalca esta dificultad porque manifiesta que “rarísimas veces un hombre bueno quiere hacerse príncipe por vías malas”, y que más raras veces un príncipe malo reconducirá su poder hacia el mantenimiento del *vivere político* republicano. Reside aquí el problema propio de la lógica política revolucionaria<sup>279</sup>.

La cuestión consiste en determinar el momento de transformación del príncipe nuevo al “príncipe bueno, político y civil”<sup>280</sup>. Se asocia al príncipe nuevo con el arte del Estado, mientras que el príncipe bueno se relaciona con el arte completo de la política. El arte del Estado consistirá en la creación, conservación y extensión de un dominio; pero el arte de la política implica la fundación de un poder civil, en el que esté presente el valor de la igualdad y de la justicia. El gobierno republicano requiere igualdad<sup>281</sup>.

Hay que determinar cómo el príncipe nuevo puede fundar una *civitas*, y esta cuestión es lo que vincula las dos obras de Maquiavelo, *El Príncipe* y los *Discursos*, para lo que es clave el papel del hombre de letras como orientador. Para que el príncipe nuevo se convierta en príncipe bueno, en un principado civil, es necesario que el príncipe no sea tiránico. Este príncipe solo puede alcanzar el dominio “o con el favor del pueblo o con el favor de los

---

<sup>277</sup> VILLACANAÑAS BERLANGA, José Luis, “Excepcionalidad y modernidad: príncipe nuovo y vivere político”, en RODRÍGUEZ ARAMAYO, Roberto – VILLACANAÑAS BERLANGA, José Luis (Comps.), *La Herencia de Maquiavelo*, p. 22.

<sup>278</sup> *Discursos*, Libro I, XVIII, p. 111.

<sup>279</sup> VILLACANAÑAS BERLANGA, José Luis, “Excepcionalidad y modernidad: príncipe nuovo y vivere político”, en RODRÍGUEZ ARAMAYO, Roberto – VILLACANAÑAS BERLANGA, José Luis (Comps.), *La Herencia de Maquiavelo*, p. 24.

<sup>280</sup> *Ibidem*, p. 25.

<sup>281</sup> Véase *Discursos*, Libro I, LV, pp. 183-188.

grandes”<sup>282</sup> siendo preferible que se llegue con el favor del pueblo porque se mantiene en el poder con menos dificultad. Pero, en cualquier caso, el príncipe debe buscar la alianza con el pueblo, porque el pueblo es más honesto que los grandes y porque su afecto es más estable si es beneficiado por el príncipe. Y concluye Maquiavelo que lo más peligroso para el príncipe civil es pasar a ser un príncipe absoluto.

En el Capítulo IX de *El Príncipe* se hace referencia a una política expansiva en la cual se reclame constantemente el apoyo de los ciudadanos pero que a su vez requiera del liderazgo de un príncipe. “Si quien se apoya en el pueblo es un príncipe capaz de mandar y valeroso, que no se rinda ante las adversidades, ni omita las otras formas convenientes de defensa, que con su ánimo y sus instituciones mantenga a toda la población ansiosa de actuar, tal príncipe jamás se encontrará engañado por él”; “un príncipe prudente debe pensar en un procedimiento por el cual sus ciudadanos tengan necesidad del Estado y de él siempre y ante cualquier tipo de circunstancias”<sup>283</sup>. Se trata de un Estado abocado a expandirse pero que exige una *civitas* y ser dotado de valores republicanos<sup>284</sup>, pues ya se habla de ciudadanos. Y ante esta política de expansión, el príncipe se dota de armas propias y armará a sus ciudadanos. La expansión exterior sirve para aplacar las tensiones internas entre el pueblo y los grandes, siguiendo el modelo romano. En este punto surge el ambiente propicio para metamorfosear el Estado en *civitas*, de príncipe nuevo civil a príncipe republicano.

Esto explica que Maquiavelo continúe abordando el problema de las armas y poniendo sobre la mesa una de sus más importantes creencias en el Capítulo XII: “los principales cimientos y fundamentos de todos los Estados consisten en las buenas leyes y las buenas armas. Y, dado que no puede haber buenas leyes donde no hay buenas armas y donde hay buenas armas siempre hay buenas leyes, dejaré de lado la consideración de las leyes y hablaré únicamente de las armas”<sup>285</sup>. Con esta tesis declara la vinculación de las virtudes republicanas con respecto a la milicia nacional, y es por ello que Maquiavelo no habla de la

---

<sup>282</sup> *El Príncipe*, IX, p. 84.

<sup>283</sup> *Ibidem*, pp. 87-88.

<sup>284</sup> VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis, “Excepcionalidad y modernidad: príncipe nuovo y vivere político”, en RODRÍGUEZ ARAMAYO, Roberto – VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis (Comps.), *La Herencia de Maquiavelo*, p. 28.

<sup>285</sup> *El Príncipe*, XII, p. 95.

república en *El Príncipe* porque ésta se desprenderá de una buena milicia. Esta tesis se reproduce en el Capítulo IV del Libro I de los *Discursos*<sup>286</sup>.

Maquiavelo destaca del ejemplo romano que, frente a cualquier otra república, Roma siempre armó a sus ciudadanos y apostó por una política expansiva. Es en este postulado donde se encuentra la causa de la situación de la Italia de su tiempo y su remedio, “que un príncipe nuevo se convierta en un príncipe civil bueno y prudente mediante la formación de una milicia popular”<sup>287</sup>. La política expansiva para Maquiavelo no es una elección, sino que lo considera algo necesario e inevitable, consecuencia del movimiento de “las cosas humanas y políticas”<sup>288</sup>. Prueba de ello es el Capítulo VI del Libro I de los *Discursos* donde la alternativa de la política veneciana más estable no es atractiva ante esa necesidad, porque no conduce a la *grandezza*. Ahora bien, Maquiavelo no niega que la política expansiva conduzca la ciudad a la ruina, pero sí es cierto que retrasa la muerte de la *civitas*, porque permite una gestión eficaz de los conflictos internos y aun con ello la ciudad cae en la ruina, pero con gloria y grandeza. El destino obliga a amar la paz, pero también a saber hacer la guerra; de ahí que el príncipe nuevo, que en principio solo debía conocer el arte del Estado, acaba conociendo el orden de la *civitas* porque la guerra y sus requerimientos le obligan a basar su poder sobre el pueblo, sentando las bases de un *vivere político* si quiere mantenerse en el poder<sup>289</sup>.

Y enlazando un poco con las interpretaciones nacionalistas que circulan de nuestro autor, no podemos dejar de advertir el deseo de Maquiavelo por la reunificación de Italia. Tal y como expone en el Capítulo III de *El Príncipe*, cuando un príncipe nuevo conquista nuevos territorios, y estos nuevos territorios poseen la misma lengua y costumbres, se formará una única unidad<sup>290</sup>, idea que hay que combinar con la tesis expansiva de Italia del Capítulo VI del Libro I de los *Discursos*, acudiendo al ejemplo romano, el cual basa su grandeza en su capacidad para integrar a los extranjeros y armar a su pueblo<sup>291</sup>. Este ejemplo se puede trasladar a la situación de su Florencia natal, que ante la amenaza del Emperador y su guerra

---

<sup>286</sup> Véase *Discursos*, Libro I, IV.

<sup>287</sup> VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis, “Excepcionalidad y modernidad: príncipe nuovo y vivere político”, en RODRÍGUEZ ARAMAYO, Roberto – VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis (Comps.), *La Herencia de Maquiavelo*, p. 29.

<sup>288</sup> *Idem*.

<sup>289</sup> *Ibidem*, p. 30.

<sup>290</sup> *El Príncipe*, III, p. 51.

<sup>291</sup> Véase *Discursos*, Libro I, VI, pp. 68-73.

con Francia, Italia se presenta como un escenario bélico inevitable del conflicto, ante lo que Maquiavelo contempla como mejor posibilidad “ayudarse con las armas propias lo mejor que se pueda”<sup>292</sup>.

Por lo que respecta al uso de la violencia y la excepcionalidad de la que anteriormente hemos señalado como necesaria, hay que distinguir entre el príncipe nuevo civil, que es aquel que adquiere el poder a raíz del conflicto interno, y el príncipe nuevo, que es tal gracias a la fortuna o a los crímenes. Así lo expresa Maquiavelo en el Capítulo XXVI, Libro I, de los *Discursos* cuando hace referencia a aquel príncipe nuevo que no se inclina a la vida civil, que para conservar su Estado tiene que saber emplear medios crueles<sup>293</sup>.

En ambos casos, en el origen de una “*civitas*” encontramos el uso de la violencia. Para Maquiavelo un buen uso de la violencia se identifica con la fundación del Estado o de la *civitas*<sup>294</sup>.

Respecto a estas ideas, la diferencia entre el príncipe nuevo civil y el príncipe constituido mediante crímenes se encuentra en el momento de cese del uso de la violencia, que en el caso del príncipe civil nuevo es en el momento de la “fundación”.

Según el Capítulo IX, Libro I, de los *Discursos*, tenemos la figura del dictador civil, cuyo uso de la violencia no es atacado cuando se dirige a organizar o reformar una república. Por tanto, estamos ante la conversión del príncipe nuevo en un poder republicano. En este capítulo hace referencia a la necesidad de que sea uno solo quien organice o reforme la república o el reino, y, sobre todo, la clave reside en que, el príncipe fundador “debe ser prudente y virtuoso, de modo que no deje en herencia a otro la autoridad que ha conseguido, porque los hombres están más inclinados al mal que al bien y entonces su sucesor puede usar ambiciosamente lo que virtuosamente había sido empleado por él. Además, si uno no es apto para organizar, lo organizado no puede durar mucho tiempo cuando cae sobre las espaldas

---

<sup>292</sup> MAQUIAVELO, Nicolás, *Epistolario 1512-1527*, FCE - Fondo de Cultura Económica, 2013, p. 367, [<https://elibro-net.ponton.uva.es/es/lc/uva/titulos/110388>]. Cfr. VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis, “Excepcionalidad y modernidad: príncipe nuovo y vivere político”, en RODRÍGUEZ ARAMAYO, Roberto – VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis (Comps.), *La Herencia de Maquiavelo*, p. 31.

<sup>293</sup> Véase *Discursos*, I, XXVI, p. 122-123.

<sup>294</sup> Cfr. VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis, “Excepcionalidad y modernidad: príncipe nuovo y vivere político”, en RODRÍGUEZ ARAMAYO, Roberto – VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis (Comps.), *La Herencia de Maquiavelo*, p. 31.

de uno solo, sino cuando queda confiado al cuidado de muchos, y a muchos les interese mantenerlo”<sup>295</sup>. Así, si el príncipe es prudente estamos ante el inicio de un régimen civil, *vivere politico*.

En fin, se extrae la conclusión de que no es posible que un orden civil sea estable sin que el pueblo no tenga un lugar importante en la vida pública<sup>296</sup>.

Tras haber tratado de aclarar y relacionar estas dos obras de Maquiavelo en las que aparentemente hace referencia a dos formas de gobierno, y como conclusión extraigo su evidente preferencia por la forma de gobierno republicana<sup>297</sup>, por lo que conviene analizar esta opción política.

Durante la Baja Edad Media reinaba la ordenación corporativa de los *comune*, pero, desde finales del medievo y principios del Renacimiento, entra en crisis y se impone el orden de las facciones basado en el dominio de un único individuo sobre el resto del pueblo que son sus súbditos, el cual se materializa en la *Signoria*<sup>298</sup>.

En esta forma de gobierno se pueden identificar ciertos componentes republicanos, sobre todo en las ciudades de Venecia y Florencia. En consecuencia, se asistirá a un espectacular florecimiento del pensamiento político republicano, en el que los tratadistas volcarán sus esfuerzos en reflexionar sobre esta forma de gobierno. Dentro de la ideología republicana florentina, podemos distinguir dos corrientes: la propia de la tradición del escolasticismo italiano del siglo IV, que tiene como principales teóricos a Bartolo de Sassoferrato, Tolomeo de Lucca y Marsilio de Padua; y la tradición del humanismo “cívico” del siglo XV, ejemplificada por Salutati, Brunni y Poggio.

Sin embargo, hay que tener en cuenta que las principales obras de la teoría política republicana serán moldeadas en el crisol humanista, siendo Maquiavelo junto a Guicciardini los autores de las últimas grandes obras de la teoría política renacentista.

---

<sup>295</sup> *Discursos*, Libro I, IX, p. 82.

<sup>296</sup> Véase VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis, “Excepcionalidad y modernidad: príncipe nuovo y vivere político”, en RODRÍGUEZ ARAMAYO, Roberto – VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis (Comps.), *La Herencia de Maquiavelo*, p. 31- 40.

<sup>297</sup> Prueba también de ello es su servicio como segundo secretario de la Cancillería en la restaurada República florentina entre 1498 y 1512.

<sup>298</sup> Cfr. TRUYOL, Antonio, “Maquiavelo. (En el centenario de Maquiavelo)”, *Revista de Occidente*, p. 268.

A pesar de que ya con anterioridad a la fecha de 1494 podemos encontrar un resurgir de la ideología del humanismo cívico ante el régimen cada vez más tiránico de los Médici, destacando en este sentido Frances Patrizi (1413-1492), con su tratado *La institución de una República*, el momento álgido de su desarrollo se va a alcanzar en la generación que prosiguió al retorno de los Médici en 1512, en parte por el recuerdo triunfante de la restauración republicana en la ciudad de Florencia entre 1494 y 1512, teniendo como foro principal de discusión las reuniones celebradas en los jardines *Orti Oricellari*, a los que será asiduo Maquiavelo<sup>299</sup>.

Presentar a nuestro autor como claro defensor de un gobierno republicano puede entrar en contradicción con su consideración como teórico del realismo político y de la Razón de Estado, de la autonomía de la política frente a la moral, porque en el caso de un gobierno republicano, aunque no se imponga una moral privada, personal o religiosa, sí están presentes valores morales cívicos. Pero, recordando lo anteriormente expuesto en el presente trabajo, en Maquiavelo sí que existe una moral republicana, aunque no sea la moral tradicional, y la interpretación que le sitúa como un pensador amoral es una interpretación maquiavélica.

En el pensamiento de Maquiavelo, y de otros teóricos republicanos, hay un importante cambio de valores y de pensamiento. Así, se confía en el hombre y en su *virtù* para hacer frente a la Fortuna, frente a la concepción cristiana que delega en la Providencia divina. También, Maquiavelo conceptúa como envidiables valores como la gloria, la valentía y la participación activa política, frente a la preferencia cristiana por la humildad y el carácter mundano y especulativo de la vida. Podemos deducir que la identidad del ciudadano se forja por su participación activa en la vida política<sup>300</sup>. Así, Maquiavelo, en el Proemio del Libro I de los *Discursos* da a entender que los hombres de suprema virtud son aquellos que sirven a su país.

Conviene especificar que Girolamo Savonarola, teórico republicano florentino, se separa de la generalidad de los autores republicanos, al mostrarse hostil a reconocer la capacidad de la Fortuna para gobernar los asuntos de los hombres, y confiar en la Providencia de Dios. También desdeñará el ideal humanista consistente en la dedicación de la *virtus* para

---

<sup>299</sup> Cfr. SKINNER, Quentín, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, p. 117.

<sup>300</sup> Cfr. CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “Libertad y participación ciudadana en el republicanismo florentino”, *Revista Tachireense de Derecho*, pp. 62-63.

alcanzar honor y gloria, y promoverá el cultivo de valores como la humanidad y piedad cristiana<sup>301</sup>.

En otro orden de ideas, para los autores republicanos florentinos la libertad va a constituir un concepto clave en su pensamiento. Patrizi, uno de los primeros en resucitar el espíritu humanista, llega a decir en *La institución de una república*, concretamente en su capítulo “sobre la igualdad entre ciudadanos”, que “nada puede ser de mayor importancia en la sociedad civil que la libertad, hacia la cual debe volverse el espíritu de toda nuestra ciudad”<sup>302</sup>. Por su parte, Maquiavelo ya al comienzo de los *Discursos*, en el Capítulo V del Libro I, sostiene la importancia de la libertad al decir que “entre las cosas más importantes organizadas por quienes han constituido prudentemente una república, aparecía la constitución de una garantía de la libertad”<sup>303</sup>.

El concepto de libertad equivale a autonomía, pero en una doble vertiente. Por un lado, implica separar del gobierno las figuras del papado y el Imperio, y a los extranjeros (franceses y españoles como Estados que tratan de imponer su soberanía), es decir, independencia de toda agresión y tiranía exterior.

Por otro lado, personifica al propio gobierno republicano como gobierno sin príncipes; en el poder de un pueblo libre para gobernarse a sí mismo<sup>304</sup>.

La libertad política para Maquiavelo es un tema que le preocupa y por ello está presente en los tres Libros de sus *Discursos*: en el Libro I trata de mostrar cómo Roma, al librarse de sus reyes, pudo alcanzar la grandeza dentro de un sistema de libertad republicana; en el Libro II describe la expansión de Roma como potencia militar, lo cual ayudó a garantizar la libertad de su pueblo; y en el Libro III ejemplifica a aquellos hombres que mediante su proceder aseguraron la larga continuidad de sus libertades políticas<sup>305</sup>.

Ahora bien, dada la complejidad del concepto, hay distintas interpretaciones del mismo. Por un lado, tenemos una interpretación liberal según la cual la libertad tiene que ver con la garantía de los derechos de los individuos y de su seguridad. Los defensores de esta

---

<sup>301</sup> Cfr. SKINNER, Quentin, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, p. 184

<sup>302</sup> *Ibidem*, p. 195.

<sup>303</sup> *Discursos*, Libro I, V, p. 65.

<sup>304</sup> Cfr. CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “Libertad y participación ciudadana en el republicanismo florentino”, en *Revista Tachireense de Derecho*, p. 65.

<sup>305</sup> Cfr. SKINNER, Quentin, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, p.197.

interpretación en Maquiavelo, como Paul A. Rahe, entienden que como con la libertad se busca solo seguridad no es necesario que todos formen parte del gobierno. Para avalar esta idea cito el Capítulo XVI, Libro I, de los *Discursos*, en el que Maquiavelo al examinar las razones que hacen desear la libertad dice que “una pequeña parte desea ser libre para mandar, pero todos los otros, que son infinitos, desean la libertad para vivir seguros”, y que “en todas las repúblicas (...) a los puestos de mando no llegan nunca más de cuarenta o cincuenta ciudadanos”<sup>306</sup>. Y en ese mismo capítulo afirma que los derechos individuales se garantizan “dictando ordenamientos y leyes”<sup>307</sup>. Esta interpretación por tanto se identifica con la fórmula aristocrática, porque contempla una participación escasa.

Una segunda interpretación es la que contempla la libertad como la inexistencia de dominación. Esta interpretación es realizada por Philip Pettit y se trata de una interpretación que ya no es liberal pero que aún es negativa. Dentro de esta interpretación encajaría la figura de Guicciardini ya que, en su obra *El Diálogo sobre la manera de regir Florencia*, denuncia la diferencia de trato en lo que respecta a la administración de justicia e imposición de gravámenes en tiempo de los Médici, distinguiendo entre amigos y enemigos. En este caso se defiende la participación de los ciudadanos, pero no como un derecho en sí, sino para influir en el gobierno y en las leyes. También afirma en su *Discurso de Logroño* que los florentinos se han acostumbrado ya tanto a su libertad que “nacieron para ella” y la consideran como “apropiada y natural a la ciudad”<sup>308</sup>, teniendo como consecuencia que la dificultad de introducir en Florencia una forma distinta de gobierno, aunque se demostrara que era preferible.

Por último hay que destacar la interpretación de Maquiavelo que realiza Quentin Skinner, según el cual Maquiavelo tiene una concepción negativa pero no liberal de la libertad. Así, tanto para los ciudadanos que quieren mandar como para los ciudadanos que quieren ser mandados, la libertad significa poder elegir. La libertad republicana no consistiría en la capacidad de disfrute de los derechos sino en el disfrute de una vida cívica. La forma de gobierno republicana de la ciudad es la que permite la libertad<sup>309</sup>.

---

<sup>306</sup> *Discursos*, Libro I, XVI, p. 104.

<sup>307</sup> *Idem*.

<sup>308</sup> SKINNER, Quentin, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, p. 223.

<sup>309</sup> CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “Libertad y participación ciudadana en el republicanismo florentino”, en *Revista Tachireense de Derecho*, pp. 65-67.

Con respecto a la concreta forma de gobierno y en relación con la libertad, la mejor manera de asegurar ese valor es con un tipo mixto de gobierno republicano, y de ahí se sigue que el republicanismo es la mejor forma de gobierno. Este argumento es apoyado por Maquiavelo y por otros herederos intelectuales del Renacimiento como Patrizi quien, en su obra *Las instituciones de una república*, al cuestionarse si es mejor ser gobernado por el mejor de los príncipes o vivir en una ciudad libre, responde que “una república es preferible a un principado”<sup>310</sup>. También es el caso del propio Guicciardini quien en sus *Consideraciones* reconoce que una ciudad es más afortunada bajo un gobierno popular que bajo un príncipe, incluyendo que su preferencia personal irá siempre hacia una forma mixta de gobierno republicano, porque garantiza en mayor medida la libertad<sup>311</sup>.

El *vivere político*, concepto que hace referencia al propio gobierno republicano sin más o aquel con primacía popular, es el régimen que garantiza la libertad y supone un rechazo hacia los gobiernos personales. Así, se excluye la monarquía dado que en ella no hay libertad puesto que el monarca solo trata de atender a su interés personal. En los *Discursos* de Maquiavelo hay una actitud de marcada hostilidad hacia los gobiernos monárquicos. En este sentido, en el Capítulo LVIII, Libro I, afirma que “hubo y hay muchos príncipes, pero buenos y sabios pocos”. También podemos hacer referencia al Capítulo II, Libro I, cuando señala que la tendencia histórica de los príncipes es que no sepan hacer otra cosa que superar a los otros en suntuosidad y lascivia y en cualquier otra calidad de licencia<sup>312</sup>.

Las obras de los teóricos republicanos partidarios del gobierno mixto sirven para justificar con la idea de libertad como autogobierno la actuación de las ciudades-repúblicas del Renacimiento italiano que conceden a sus ciudadanos de pleno derecho (que no eran la mayoría) la participación en la vida política.

A pesar de que esta fórmula de gobierno se puede encontrar en *Las Leyes* de Platón, será Aristóteles quien la desarrolle (de hecho, es inherente a la constitución del pensamiento republicano la restauración de la filosofía práctica de Aristóteles); pero quienes incidirán mayor influencia serán historiadores como Tito Livio o Polibio. Éstos últimos, en calidad de historiadores romanos, señalan como causa de la duración de la República romana su

---

<sup>310</sup> SKINNER, Quentin, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, p. 197.

<sup>311</sup> *Ibidem*, p. 197-198.

<sup>312</sup> *Discursos*, Libro I, II, p. 58. Cfr. CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “Libertad y participación ciudadana en el republicanismo florentino”, en *Revista Tachireense de Derecho*, pp. 68-69.

constitución mixta en la que se asociaba la aristocracia con el Senado, la monarquía con los cónsules, y la democracia con los tribunos de la plebe<sup>313</sup>.

Además del ejemplo antiguo de la República romana, en el Renacimiento el prototipo de gobierno mixto residía en la ciudad-República de Venecia, que se había identificado como centro de las ideas republicanas y leal a los valores de independencia y autogobierno

Así, los principales teóricos del gobierno mixto son aquellos que dedicaron su estudio a la Constitución veneciana, creada en 1297 y cuyo sistema oligárquico estaba conformado por tres elementos principales: el *Consiglio grande*, como organismo encargado del nombramiento de la mayor parte de los funcionarios de la ciudad; el Senado responsable de los asuntos financieros y de exteriores; y el Dux que era el jefe elegido del gobierno. Entre estos autores podemos citar a Pier Paolo Vergerio (1370-1444) y Gasparo Contarini (1483-1542).

Pronto los tratadistas republicanos trataron de ofrecer respuestas al interrogante de cómo habían logrado mantener la estabilidad y libertad política por tan largo tiempo. La respuesta clásica la formuló en primer lugar Pier Paolo Vergerio, por primera vez en una carta al Canciller de Venecia en 1394 y posteriormente en su *Fragmento sobre la República de Venecia*, y consiste en afirmar que la forma de gobierno más segura es aquella que comprende una amalgama de las tres formas puras de gobierno: la monarquía, la aristocracia y la democracia.

Otro autor, Donato Giannotti<sup>314</sup>, a pesar de que no era su opción preferente un gobierno mixto como el de la República de Venecia, en su *Diálogo sobre la república de los venecianos*, afirma que con su Constitución se había logrado el equilibrio entre el gobierno de unos, pocos y muchos, combinando los tres elementos antes expuestos además de un

---

<sup>313</sup> *Ibidem*, p. 70.

<sup>314</sup> Donato Giannotti (1492-1573), amigo de Maquiavelo y ferviente republicano, quien, tras la restauración de la República florentina en 1527 regresó de Venecia a su Florencia natal, donde sirvió como Secretario de Guerra de los Diez, y desempeñó un papel importante como organizador de la milicia cívica durante el largo sitio de la ciudad entre 1529 y 1530. Después del retorno final de los Médici en 1530, sufrió las amarguras del exilio y durante ese periodo compuso su relato de *La república florentina*, la última y nostálgica obra que aborda el tema de la libertad florentina.

elaborado sistema de votación, de tal manera que así se aseguran que cada magistrado sea electo y cada decisión política tomada en aras del bien común.

La virtud del gobierno veneciano reside por tanto en la mezcla entre un gobierno monárquico, aristocrático y democrático, que aparecen representados en el Dux, el Senado y el Gran Consejo, habiendo un equilibrio entre todos ellos.

Pero el ejemplo veneciano no es el defendido por Maquiavelo, ni tampoco, como hemos dicho, por el republicano florentino Donato Giannotti, sino que reclaman un sistema con más elementos democráticos, más próximo a la Roma republicana que al modelo espartano al cual se asociaba Venecia. Se aboga por mayores cotas de libertad, aunque con ello se pierda la estabilidad de la que presumía Venecia.

Además, Maquiavelo era más admirador de las repúblicas de corte expansionista, “una república que quiere construir un imperio”<sup>315</sup>, y no una república que le baste con mantenerse en su Estado, como era el caso de la República de Venecia.

Centrándonos en el caso concreto de Florencia, en 1494, en parte gracias a la invasión francesa, el gobierno despótico de los Médici que imperaba en la ciudad de Florencia experimentó dificultades para resistir a los invasores, dando la posibilidad a sus oponentes para pedir la restauración de las libertades populares<sup>316</sup>.

La experiencia republicana florentina se traduce en dos serios intentos (*coups*) de restablecer las antiguas tradiciones de la libertad republicana: el primero promovido por Girolamo Savonarola que si bien perduró a su ejecución, posteriormente, en 1512, gracias a las tropas españolas fue socavado y depuesto el gobierno Médici; el segundo intento tuvo lugar en 1527, cuando los Médici fueron de nuevo arrojados del poder y se proclamó de nuevo la restauración de la República, pero este régimen republicano finalmente tuvo que capitular en 1530, gracias a una alianza entre el papa Médici Clemente VII con el emperador Carlos V (en 1529), tras lo cual los Médici se posicionaron como señores de Florencia a perpetuidad<sup>317</sup>.

---

<sup>315</sup> *Discursos*, Libro I, V, p. 67

<sup>316</sup> En 1494, las fuerzas armadas de Carlos VIII llegaron al territorio de Florencia y, en consecuencia, el jefe del “despotismo” de los Médici, Piero de Medici, llamado *il fatuo* (el afortunado), no supo gestionar esa crisis, accediendo a las demandas del rey francés, ante lo que el pueblo florentino respondió con una revolución que acabó con la huida y exilio de por vida del joven Médici.

<sup>317</sup> Cfr. SKINNER, Quentin, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, p. 148.

Por tanto, fue Girolamo Savonarola, teórico republicano, el promotor de la primera experiencia republicana florentina entre 1494 y 1498. En los escritos de Savonarola y de sus discípulos, después de 1494, se va a defender la república restaurada en términos escolásticos, pues sus obras políticas, escritas durante ese periodo, implican una reafirmación de los argumentos tomistas del siglo XIV (a semejanza de Tolomeo de Lucca).

A pesar de su conocida visión profética, es erróneo considerar que la clave de su teoría política consiste en un intento de vincular a la ciudadanía florentina con la profecía, porque en realidad derivará a una perspectiva más mundana del pensamiento político dominico que se recoge en su mayor parte en el tratado de 1498 titulado *De la constitución y el gobierno de la ciudad de Florencia*. Defiende que en el caso de la concreta ciudad de Florencia es esencial que se mantenga un régimen republicano, pues Florencia se tiene que preocupar ante todo de conservar sus libertades tradicionales y que solo mediante la forma de gobierno republicana podrá garantizar a los ciudadanos el disfrute de “la verdadera libertad”. Considera que Florencia encarna la tradicional imagen de la república, siendo el exponente de las libertades italianas. Al final de este tratado también hace referencia a las medidas consideradas necesarias para asegurar la libertad, para lo cual, con un carácter plenamente escolástico, es necesario que todo el cuerpo de ciudadanos sea tratado como suprema autoridad en lo que a los asuntos políticos se refiere. Para ello es necesario contar con instituciones eficaces, para lo que considera imprescindible constituir un Consejo en el que toda la población delegue su autoridad en un pequeño número de ciudadanos. En suma está justificando el ya instaurado *Consiglio Grande*<sup>318</sup>.

Por tanto, durante el periodo comprendido entre 1494 y 1498 estará en funcionamiento el Gran Consejo en el que participaban tres mil de los cincuenta mil habitantes de Florencia, fijándose en 1494, a través de una ley, la condición de ciudadanía, la cual era bastante limitada.

El Gran Consejo es el elemento más característico de la República. Para Maquiavelo éste debía contar con unos mil ciudadanos o al menos seiscientos, de ahí que, en el caso del republicanismo florentino, aunque no podemos hablar de un régimen democrático, sí incorpora elementos propios del mismo, dado que defiende la ampliación del *Consiglio Maggiore* o Gran Consejo.

---

<sup>318</sup> *Ibidem*, pp. 282-287.

Asimismo, el gobierno mixto defendido por Maquiavelo aparece restringido por las leyes y la temporalidad en los cargos. En la actividad pública tienen que tener cabida las tres formas clásicas de gobierno, esto es, la monarquía, la aristocracia y la democracia, de manera que cada una suponga un límite para las restantes, en pro de una estabilidad política. Así, Maquiavelo en el Capítulo II, Libro I, de los *Discursos*, señala que las tres formas de gobierno buenas son la monarquía, la aristocracia y la democracia. Ahora bien, también acaba rechazando cada uno de estas tres formas por su brevedad y llega a decir que “los que ordenan prudentemente leyes, han conocido este defecto y huyen de tales formas en sí mismas, eligiendo una que participaba de todas por juzgarla más firme y más estable, en tanto una respeta a la otra, y existiendo así en una misma ciudad el Principado, la Aristocracia y el gobierno popular”<sup>319</sup>. El gobierno mixto es mejor que cada una de las formas buenas por sí sola.

Pero no hay que olvidar que, en el caso de los republicanos florentinos, como Maquiavelo, no se opta por el gobierno mixto por su garantía de larga estabilidad (a pesar de su imperiosa necesidad en una época marcada por la incertidumbre política), sino por su defensa de la libertad. En aras de esta libertad, los romanos al expulsar a los reyes nombraron dos cónsules para ordenar en favor de la libertad<sup>320</sup> y a los Tribunos para la seguridad de la plebe ante los ataques de la nobleza<sup>321</sup>. En virtud del Capítulo V, Libro I, *Discursos*, “en toda república hay hombres poderosos y pueblo”<sup>322</sup>: los nobles tienen “un gran deseo de dominio” y el pueblo “deseo de no ser dominados”<sup>323</sup>. En este sentido se garantizará la libertad cuando ambas facciones vean satisfechos una parte de sus deseos, impidiendo que una de ellas prevalezca sobre la otra.

Volviendo al concreto ejemplo de Florencia, ya hemos hablado del Gran Consejo que se identifica con el elemento popular, pero además se encuentra el Gonfaloniero representante del elemento monárquico, y el Senado que se corresponde con el elemento aristocrático.

---

<sup>319</sup> *Discursos*, Libro I, II, p. 60.

<sup>320</sup> *Ibidem*, p. 61.

<sup>321</sup> Véase *Discursos*, Libro I, III, pp. 62-63.

<sup>322</sup> *Discursos*, Libro I, V, p. 65.

<sup>323</sup> *Ibidem*, p. 66.

Asimismo, y continuando con lo anteriormente señalado, en Maquiavelo el gobierno mixto también viene caracterizado por la limitación de las leyes y la rotación de los cargos.

Con respecto a la primera cuestión, son las leyes las que deben gobernar, leyes que habrán sido elaboradas con la participación de los ciudadanos. Para Maquiavelo las leyes tienen como finalidad garantizar la libertad, porque a los hombres “las leyes los hacen buenos”<sup>324</sup>. Por otra parte, Maquiavelo es un autor profundamente preocupado por la *grandezza* de la ciudad, que solo se logra a través del bien común y la libertad, la cual solo es posible en las repúblicas, aunque a veces se actúe en perjuicio de algún particular<sup>325</sup>. En este sentido, también hay que hacer referencia al Capítulo XLVII, Libro III, titulado “Que un buen ciudadano debe olvidar las ofensas privadas por el amor a la patria”.

Así, las leyes no se elaboran para alcanzar la unidad ciudadana, sino que precisamente de la desunión surgen leyes que garantizan la libertad. En el Capítulo IV, Libro I, *Discursos*, Maquiavelo señala cómo primera causa de la libertad en Roma los tumultos sucedidos entre los nobles y la plebe, dado que a través del entendimiento entre los dos grupos surgen leyes garantes de la libertad, y no leyes que favorezcan a un solo grupo. “Los que condenan los tumultos (...) consideran más los ruidos (...) y no los buenos efectos que ellas producían”, “en toda república hay dos humores distintos, el del pueblo y el de los poderosos, y que todas las leyes a favor de la libertad nacen de su desunión”<sup>326</sup>. Como consecuencia, el gobierno mixto es el único que nos permite distribuir el poder entre estos dos grupos y los conflictos sirven para anular los intereses faccionales, surgiendo así las propuestas que se convertirán en leyes beneficiosas para toda la comunidad.

Por lo que respecta a la segunda cuestión, la duración de los cargos, Maquiavelo dedica el Capítulo XXIV del Libro III de los *Discursos*, donde denuncia que una de las causas de la disolución de la República romana fue prolongar las magistraturas y consiguientemente los cargos militares. Por ello, para Maquiavelo, “se deben considerar la manera con que se da el poder y el tiempo por el cual se confiere. Cuando se ha dado libre autoridad por largo tiempo, llamando tiempo largo a un año o más, siempre será peligroso, y sus efectos serán buenos o malos según sean buenos o malos aquéllos a quienes les fue dada”<sup>327</sup>.

---

<sup>324</sup> *Discursos*, Libro I, III, p. 62.

<sup>325</sup> *Discursos*, Libro II, II, p. 214.

<sup>326</sup> *Discursos*, Libro I, IV, pp. 63-64.

<sup>327</sup> *Discursos*, Libro III, XXIV, p. 141.

Uno de los mayores peligros para el mantenimiento de la libertad era una excesiva búsqueda de la riqueza por parte de los ciudadanos. Lo óptimo en una república para Maquiavelo era que los ciudadanos se mantuvieran pobres, mientras que el tesoro público permaneciera rico; la riqueza sin dignidad será causa de corrupción cívica. La primera vez que alude a este tema es en el Capítulo XXXVII, Libro I, de los *Discursos*, aunque se repetirá en varias ocasiones. En consecuencia, la pobreza no es un impedimento para acceder a los cargos públicos. En Roma “la pobreza no te impedía ascender a algún cargo y honor, sino que se buscaba la virtud en cualquier lugar en que estuviera, y ese modo de vivir volvía poco deseables las riquezas”<sup>328</sup>. En ese mismo capítulo se defiende que las ganancias de la guerra se dejan al erario público porque los ciudadanos viven contentos y les es suficiente con recoger honores en la guerra. Lo que trata de denunciar es la búsqueda de riqueza como finalidad, puesto que lo que se ha de buscar es virtud, honor y gloria.

Aunque pueda parecer que Maquiavelo ignora las inevitables desigualdades económicas e incluso identifica la distribución de la propiedad con la famosa ley agraria como una de las causas de la ruina de Roma, parece ser que más bien denuncia la violencia con la que se vio envuelta esta revuelta<sup>329</sup>. Y esto es así porque para el establecimiento de una república es necesario que haya unas bases de igualdad. Así, en el Capítulo LV, Libro I, de los *Discursos*, afirma que no es posible establecer una república en aquellos lugares donde persiste la hidalguía y los señores de castillos porque no hay igualdad, solo será posible establecer un reino porque las leyes no bastarán para frenar la corrupción<sup>330</sup>. Cuando un grupo de oligarcas se apodera de las instituciones e impide la participación política al resto de la ciudadanía, se genera una desigualdad que contribuye al crecimiento de la corrupción<sup>331</sup>.

Para finalizar, aunque varios autores se posicionaron como defensores del republicanismo florentino y del gobierno mixto, como es el caso de los contemporáneos de Maquiavelo ya citados Guicciardini o Giannotti, y a pesar de que comparten elementos comunes claves como la defensa de la libertad, dentro de la tesis de gobierno mixto existen dos posturas diferenciadas: aquella para la que la defensa de la libertad debe estar protagonizada por la aristocracia (defendida por Guicciardini y otros como Bernardo

---

<sup>328</sup> *Discursos*, Libro III, XV, p. 400.

<sup>329</sup> Véase *Discursos*, Libro I, XXXVII, pp. 144-148.

<sup>330</sup> *Discursos*, Libro I, LV, p. 186.

<sup>331</sup> Véase *Discursos*, Libro I, XVII, pp. 105-107. Cfr. CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “Libertad y participación ciudadana en el republicanismo florentino”, en *Revista Tachireense de Derecho*, pp. 72-75.

Rucellai o Alessandro de' Pazzi); y otra postura que apuesta por la primacía del elemento popular, asignando el predominio al cuerpo de ciudadanos en su conjunto (defendida por Savonarola, Maquiavelo o Giannotti). La diferencia reside en la amplitud del grupo de personas a quienes se confía el poder.

En la postura aristocrática, tanto el elemento monárquico como el elemento popular, encarnado por el *Consiglio Grande*, no debían tener tanta representación, y en consecuencia se había de dar mayor visibilidad a la aristocracia en el Senado; de ahí que ensalzaran en mayor medida la República veneciana y criticaran el modelo florentino.

El más claro defensor de esta postura es Guicciardini, quien ataca a Maquiavelo en sus *Consideraciones sobre los discursos*. Este autor no ve capacitado al cuerpo de ciudadanos para tomar decisiones de importancia, al que achaca su naturaleza imprudente e inconstante; en consecuencia, augura la decadencia de toda república que delegue la decisión en el pueblo. Concluye que el dominio de una república debe estar en manos de hombres idóneos que actuarán con mayor inteligencia y prudencia<sup>332</sup>.

Por otra parte, en el gobierno mixto de corte popular será el pueblo el principal encargado de garantizar la libertad. Se respalda que los fundamentos de la república debían de ser *largo* en lugar de *stretto*, basados en un numeroso *Consiglio Grande*.

Giannotti en uno de los títulos de los capítulos del Libro III de *La república florentina*, argumenta que si una república se inclina a un principado las libertades del cuerpo de ciudadanos se verán destruidas a causa de las ambiciones de los grandes. Concluye que una república “bien ordenada” debe basarse en un numeroso *Consiglio Grande*, que incluya todas las diversas categorías de ciudadanos, incluidos los ordinarios *popolani*<sup>333</sup>, porque, a diferencia del régimen aristocrático, en una ciudad tal es mucho más probable que se alcance la estabilidad y se defienda el valor básico de la libertad<sup>334</sup>.

Por su parte, Maquiavelo defiende esta postura en varios pasajes de los *Discursos*. Así, en el Capítulo XXIX, Libro I, en su parte final llega a la conclusión de que el pueblo utiliza

---

<sup>332</sup> Cfr. SKINNER, Quentín, *Los fundamentos del pensamiento político moderno*, p. 200.

<sup>333</sup> *Ibidem*, p. 118.

<sup>334</sup> *Ibidem*, p. 119.

menos el vicio de la ingratitud que los príncipes<sup>335</sup>; también lo reitera en el Capítulo LVIII, Libro I, donde demuestra que los pueblos son más agradecidos que los príncipes<sup>336</sup>.

La seguridad es uno de los mayores argumentos para su defensa. Maquiavelo, en el Capítulo LVIII, Libro I, de los *Discursos*, apoya el gobierno del pueblo frente al gobierno de los príncipes, pues los pueblos en breve tiempo hacen muchos progresos, y son superiores en bondad y en gloria<sup>337</sup>.

El pueblo también es superior en cuanto a prudencia, juicio y estabilidad, ya que elige siempre la mejor opinión ante dos posturas de idéntica virtud<sup>338</sup>. En este mismo capítulo afirma que el pueblo realiza la elección de los magistrados mucho mejor que un príncipe<sup>339</sup>. Y, en definitiva, “el pueblo comete menos errores que el príncipe y, por ello, se puede confiar más en él que en el príncipe”<sup>340</sup>.

Otro de sus argumentos reside en la fuerza que otorga al Estado un gobierno mixto de carácter popular, como se ha podido comprobar en el ejemplo de Roma, al que hay que seguir si se quiere construir un imperio<sup>341</sup>. En definitiva, se coloca al pueblo como guardián de la libertad porque tendrá menos ganas de abusar de ella, y porque dado “su deseo de no ser dominado”, tiene “mayor voluntad en vivir libre”, cuidará más la libertad<sup>342</sup>.

Por último, Maquiavelo defiende esta forma de gobierno republicana en sus *Discursos* reflexionando sobre la antigua Roma. De la antigua Roma extrae sus “héroes ideales”, sobre todo del Libro III: Junio Bruto, como “padre de las libertades romanas”, será su prototipo de patriota cívico; como dirigente militar resalta a Camilo; y, por último, destaca la virtud cívica de Escipión, quien encarnaría el ejemplo de ciudadano ejemplar. Hay un claro rechazo, al igual que otros humanistas cívicos, a Julio César. Como sabemos, para Maquiavelo una de las mejores formas de adquirir información efectiva sobre los mejores métodos para asegurar

---

<sup>335</sup> *Discursos*, Libro I, XXIX, p. 129.

<sup>336</sup> *Discursos*, Libro I, LVIII, p. 193.

<sup>337</sup> *Ibidem*, p. 195.

<sup>338</sup> *Ibidem*, p. 194.

<sup>339</sup> *Idem*.

<sup>340</sup> *Discursos*, Libro I, LIX, p. 198.

<sup>341</sup> *Discursos*, Libro I, V, p. 67.

<sup>342</sup> *Ibidem*, p. 66.

los ideales tradicionales de independencia y autogobierno es el estudio sistemático de la República romana<sup>343</sup>.

No hay que olvidar que, desde un punto de vista metodológico, la política de Maquiavelo es histórica, es decir, deduce sus fundamentos de la experiencia colectiva, antigua y moderna. De Maquiavelo se ha dicho que, en lugar de tratar de extraer el sentido de los hechos históricos gracias a sus estudios de teoría política, lo que hacía era buscar en la historia ejemplos que apoyaran su pensamiento. En cualquier caso, Maquiavelo deja claro que su saber político se debe a “una larga experiencia de las cosas modernas y una continua lectura de las antiguas”<sup>344</sup>. También podemos citar el Capítulo XXXIX, Libro I, de los *Discursos*, cuando dice que “quien examine con diligencia las cosas pasadas, le resultará fácil prever las futuras”<sup>345</sup>; y en el Proemio del Libro I de los *Discursos*, establece que “en el ordenamiento de las repúblicas, en el mantenimiento de los estados en el gobierno de los reinos (...), no se encuentra príncipe o república que recurra a los ejemplos de los antiguos”<sup>346</sup>.

Para finalizar, hay que decir que el discurrir de la historia de Italia en el siglo XVI hizo que los teóricos republicanos entrarán en una dinámica pesimista ante la sensación de no ser capaces de parar los golpes de la Fortuna. De hecho, los efectos de esta decadencia ya se pueden empezar a observar en Maquiavelo. También, esta lectura republicana de Maquiavelo pronto encontrará a sus detractores, que optarán por la preferencia de un Estado absoluto, como es el caso de Hobbes y Bodino. Ahora bien, la importancia de estos pensadores republicanos ha sido remarcada por autores como Skinner, Viroli o Pocock, valorando su importante influencia en la construcción del pensamiento político posterior<sup>347</sup>.

---

<sup>343</sup> SKINNER, Quentin, *Los fundamentos del pensamiento político moderno. El Renacimiento*, pp. 222-228.

<sup>344</sup> *El Príncipe*, p. 44.

<sup>345</sup> *Discursos*, Libro I, XXXIX, p. 151.

<sup>346</sup> *Discursos*, Libro I, Proemio, p. 50.

<sup>347</sup> Véase CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “Libertad y participación ciudadana en el republicanismo florentino”, en *Revista Tachireense de Derecho*, pp. 78-82.



## 6.- CONCLUSIÓN

Para concluir el presente trabajo, voy a tratar de extraer las principales líneas del mismo.

En primer lugar, conviene tener en cuenta que todo el pensamiento de Maquiavelo obedece en gran parte a la situación de inestabilidad y corrupción política en la que estaba inmersa Italia en el Renacimiento. Las ciudades-Estado Italianas pasaron de sentirse en la cima del panorama científico, artístico y cultural, a ser meras espectadoras de las conquistas y gloria militar de fuerzas extranjeras, con la consecuente división y recelo mutuo dentro de la Península itálica.

Con este escenario de fondo, Maquiavelo con su obra política tratará de exponer cuáles son aquellos factores que influyen en la adquisición o pérdida de poder en un Estado, llevando a cabo un análisis de la dimensión política, tal y como es en la realidad, y no como nos gustaría que fuese.

Asimismo, metodológicamente, su pensamiento procede de la deducción de los principios de la experiencia moderna y antigua, aspecto este último que prueba su amplio conocimiento de la historia y autores antiguos. Se posiciona como claro admirador de la República romana, admiración que, en ciertos momentos, le impedirá apreciar el desarrollo de los tiempos modernos. En consecuencia, se alejará de la imparcialidad propia de la labor de historiador, aunque ello no inutilizará el lugar que ocupa la historia como base de su pensamiento político. Para nuestro autor florentino, la lectura de los antiguos y la sabiduría de ellos extraída será una herramienta más en el desarrollo de sus ideas políticas, en tanto que más que historiador es un hombre político hasta la médula. Por otra parte, la experiencia moderna procede de su labor como secretario de la Segunda Cancillería en el gobierno republicano de Florencia restaurado entre 1498 y que perduró hasta 1512. Esta vivencia afianzará su preferencia por un gobierno de carácter republicano.

Una de sus más originales aportaciones fue identificar la estrecha relación existente entre las instituciones militares y civiles de un Estado. Y en parte ello es así porque Maquiavelo concibe el conflicto como un fenómeno inmanente al mundo natural. La supervivencia y la expansión forma parte de la historia de vida de los Estados. La ferocidad y la astucia son cualidades claves para la supervivencia, y en consecuencia un gobernante debe saber actuar como hombre y como bestia. La guerra sería la más habitual disposición política. En este sentido, Maquiavelo fue capaz de captar la conexión que reinaba entre la crisis política y la crisis militar de Italia, como una relación de causa y efecto.

Aunque con diferente intensidad, el problema militar será abordado en todas sus obras, proponiendo una reforma militar e inherentemente una reforma del sistema político. Su reforma militar tenía como aspecto central la creación de una milicia ciudadana. Así, serán los ciudadanos quienes empuñen las armas, para servir al Estado, y no como profesión, frente al sistema de reclutamiento de tropas mercenarias, el cual se había extendido por toda Italia. Maquiavelo dedica buena parte de sus pensamientos a recalcar todos los inconvenientes que suponía el uso de soldados mercenarios, a los cuales consideraba como principal causa de la ruina de Italia y, más concretamente, de su Florencia natal. Su fe en las bondades de una milicia ciudadana era tal que consiguió hacerla realidad a través de la *Ordinanza*, ley por la que se aprobaba la creación de un cuerpo de ciudadanos armados.

En la misma línea, en su obra *El Arte de la Guerra* lleva a cabo un análisis detallado de cómo debía organizarse el ejército y cómo debía hacerse la guerra, lo que prueba su concienciación a cerca del problema militar. La organización y preparación militar son fundamentales en la educación de ciudadanos-soldados virtuosos, y hacer frente a las adversidades de la Fortuna, que se presenta como una diosa que controla una parte de los acontecimientos, pero que la parte restante dependerá de las acciones humanas.

Para Maquiavelo la guerra se aparece como un suceso inevitable, derivado de la propia naturaleza de los seres humanos, como personas ingratas y volubles, y que obedece a las necesidades políticas. No encontramos en Maquiavelo una justificación de la guerra en términos de justicia o religión, si no que la valora por su funcionalidad para conservar el Estado. La conservación del Estado en Maquiavelo implica también la expansión, porque el mundo se formula como una lucha entre distintas fuerzas, siendo la batalla es el medio idóneo para adoptar rápidas decisiones políticas.

De igual modo, las prácticas aceptables para la guerra son todas aquellas que permitan la consecución de los objetivos. En consecuencia, no cabría hablar en Maquiavelo de *ius in bello*. Todos los medios son válidos en la guerra en tanto que nos permitan alcanzar la victoria. Maquiavelo trata de describir y hallar los mecanismos que nos permiten alcanzar el éxito en la guerra, sin hacer juicios de valor sobre los mismos. El engaño, la disimulación, el incumplimiento de promesas, el secreto, entre otros, forman parte del juego de la guerra y de la política, y su uso eficaz implicará ganar. La paz no es concebida como el fin de la guerra, sino más bien como la preparación para la guerra. La paz no constituye el fin último de un Estado, sino que el mayor anhelo es la conservación del Estado.

Otro aspecto de radical importancia en Maquiavelo es la Razón de Estado, a pesar de no utilizar esta expresión como tal en su obra. La expresión Razón de Estado hace referencia al conflicto entre la política y la moral en la consecución de los fines de un Estado. A Maquiavelo le seguirá una generación de autores antimachiavélicos que construirán su pensamiento mediante el rechazo a su obra, originándose así las tesis machiavélicas. Maquiavelo va a aparecer como promotor de la denostada “falsa Razón de Estado”, en contraposición a la “verdadera Razón de Estado”, defendida por estos autores cristianos. Se va a situar a Maquiavelo como el artífice de la ruptura entre la moral y la política y padre del príncipe machiavélico, figura que habría descrito en su obra *El Príncipe*. De este modo, el poder justifica la utilización de cualquier medio, el uso de la violencia y de la crueldad. A pesar de que en la obra de Maquiavelo sí que podemos encontrar máximas machiavélicas, Maquiavelo no es un autor machiavélico. El pensamiento político de Maquiavelo también está marcado por la moral republicana. Es decir, en mi opinión los postulados de Maquiavelo se tienen que interpretar desde una perspectiva republicana: en virtud de la moral republicana, y para defender el *vivere politico* y garantizar la libertad ciudadana, se permite la utilización de medios que trasgredan la moral convencional, pero estos medios seguirán considerándose malos y no nos permitirán alcanzar la gloria.

Todo el pensamiento de Maquiavelo está abocado a garantizar un gobierno republicano mixto porque es la única forma de gobierno que nos permite garantizar la libertad política, y la participación activa de todos los ciudadanos. Solo a través de un gobierno republicano se tiene libertad de elección. Esta forma de gobierno es la que aparece defendida en los *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, teniendo como prototipo perfecto la República romana. Ahora bien, Maquiavelo considera inviable su aplicación en un periodo y un Estado completamente corrompido y destruido, como es el caso de Italia, y específicamente de Florencia. En este punto es cuando encontramos en Maquiavelo la defensa del gobierno de una sola persona, porque solo a través de medios excepcionales es posible llegar a alcanzar el *vivere politico*. De este modo podemos entender la polaridad entre *El Príncipe* y los *Discursos*, polaridad que no es tal, sino que tiene su razón de ser.

Con todo, pese a las limitaciones de su pensamiento, como por ejemplo no haber sabido captar el desarrollo que estaban teniendo los ejércitos profesionales y las armas de fuego, y haber sido retratado por sus opositores como maestro del mal, la obra de Maquiavelo sigue siendo objeto de estudio y de análisis. Se trata de un pensamiento lleno de matices, de manera que cada vez que te paras a reflexionar sobre sus escritos posiblemente descubras

una nueva idea. El valor de sus hallazgos radica en que aún hoy en nuestros días, cinco siglos después, siguen siendo de utilidad y aplicables a la vida política de los Estados.

## 7.- BIBLIOGRAFÍA.

BARINCOU, Edmond, *Maquiavelo*, Barcelona: Salvat Editores, 1995, pp. 9-21.

CAMPILLO, Antonio, *La fuerza de la razón: guerra, Estado y ciencia en el Renacimiento*, 2ª ed. Murcia: Universidad de Murcia, Servicio de Publicaciones, 2008.

CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “La razón de Estado y la guerra en el pensamiento político español de la Edad Moderna”, en PEÑA, Javier (Coord.), *Poder y Modernidad. Concepciones de la Política en la España Moderna*, Valladolid, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Valladolid, 2000, pp. 65-104.

CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “Libertad y participación ciudadana en el republicanismo florentino”, en *Revista Tachirensis de Derecho*, San Cristóbal: Universidad Católica del Táchira, N° 15/2003, pp. 57-83.

CASTILLO VEGAS, Jesús Luis, “Maquiavelo, el maquiavelismo y la razón de Estado”, *Revista de Filosofía Peri*, v. 8, n. 2, Brasil, 2016, pp. 1-20.

CORRAL DÍAZ, Manuel, “Estudio Preliminar”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, traducción del texto de Félix Gilbert de Santiago Díaz Sepúlveda, Madrid: Editorial Tecnos, 2008, pp. IX-XLV.

DEL ÁGUILA TEJERINA, Rafael, “Modelos y estrategias del poder en Maquiavelo”, en RODRÍGUEZ ARAMAYO, Roberto – VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis (Comps.), *La Herencia de Maquiavelo. Modernidad y voluntad de poder*, Madrid, FCE, 1999, pp. 209-239.

DEL ÁGUILA TEJERINA, Rafael, *La Razón de Estado y sus vínculos con la ética política*, Madrid: Universidad Autónoma de Madrid Agencia Estatal Boletín Oficial del Estado, 1998, pp. 67-86.

GILBERT, Félix, “Estudio de Contextualización”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, traducción del texto de F. Gilbert de Santiago Díaz Sepúlveda, Madrid: Editorial Tecnos, 2008, pp. 251-324.

GONZÁLEZ GARCÍA, Juan María, “Saavedra Fajardo, en los múltiples espejos de la política barroca”, *Res Publica Revista de Filosofía Política*, Murcia, 19, 2008, pp. 177-188.

MAQUIAVELO, Nicolás, *El Arte de la Guerra*, traducción del texto de F. Gilbert de Santiago Díaz Sepúlveda Madrid: Editorial Tecnos, 2008.

MAQUIAVELO, Nicolás, *Epistolario 1512-1527*, 2013, FCE - Fondo de Cultura Económica, [<https://elibro-net.ponton.uva.es/es/lc/uva/titulos/110388>].

MAQUIAVELO, Nicolás, *Escritos políticos breves*, traducción de María Teresa Navarro Salazar, Madrid: Tecnos, 1991.

MAQUIAVELO, Nicolás. *Discursos sobre la primera década de Tito Livio*, Buenos Aires: Editorial Losada, 2003.

MAQUIAVELO, Nicolás. *El Príncipe*, traducción de Miguel Ángel Granada, Madrid: Alianza Editorial, 2019.

NAVARRO SALAZAR, María Teresa, “Estudio Preliminar”, en MAQUIAVELO, Nicolás, *Escritos políticos breves*, traducción de María Teresa Navarro Salazar Madrid: Tecnos, 1991, pp. IX-XLIV.

R. ARAMAYO, Roberto, “De Maquiavelo al maquiavelismo: el divorcio entre la moral y lo político”, en RODRÍGUEZ ARAMAYO, Roberto – VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis (Comps.), *La Herencia de Maquiavelo. Modernidad y voluntad de poder*, Madrid, FCE, 1999, pp. 51-64.

SKINNER, Quentin, *Los fundamentos del pensamiento político moderno. El Renacimiento*, traducido por Juan José Utrilla, México: Fondo de Cultura Económica, 1985, I.

SKINNER, Quentin, *Maquiavelo*, traducción de Manuel Benavides, Madrid: Alianza Editorial, 2019.

TRUYOL, Antonio, “Maquiavelo. (En el centenario de Maquiavelo)”, *Revista de Occidente*, XXVII, n.º 81, 1969, pp. 265-289.

VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis, “Excepcionalidad y modernidad: príncipe nuovo y vivere político”, en RODRÍGUEZ ARAMAYO, Roberto – VILLACAÑAS BERLANGA, José Luis (Comps.), *La Herencia de Maquiavelo. Modernidad y voluntad de poder*, Madrid, FCE, 1999, pp. 15-42.